

MARÍA AL CORAZÓN DE SUS HIJOS

O SEA

UN MES EN LA ESCUELA DE MARÍA INMACULADA

ADVERTENCIA

Todos los siglos son peores: y sin duda el siglo XIX, que luego va a expirar, es el peor de los peores, porque ha recogido la herencia de perversidad de todos los siglos anteriores sobre la propia maldad que lleva ya él en sí.

No obstante, una cosa grandemente consuela en medio de la depravación universal del individuo, de la familia y de la sociedad, y esta es la devoción reciente a María, siempre Virgen Inmaculada. Es verdad que después de la proclamación de la Inmaculada Concepción de María y de la Infalibilidad del Vicario de Jesucristo por el inmortal Pío IX, se ha levantado por el infierno con nuevo y desusado coraje una guerra universal de exterminio contra todo lo más santo y sagrado; pero también es cierto que las generaciones presentes pregonan y claman, con mayor afecto y entusiasmo que los siglos antepasados, que María es la Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, la Reina del cielo y de la tierra, nuestra vida, dulzura y esperanza, y le consagran mayores y más repetidos obsequios. Y esto es un síntoma verdaderamente consolador, de salvación para el pueblo fiel, porque por María hemos recibido siempre y hemos de recibir todas las gracias del cielo.

Fomentar según nuestras débiles luces con nuestro cornadillo ese afecto universal a María, es a lo que se dirige este pequeño trabajo del mes de María, que es como el prólogo de otro más acabado que publicaremos más adelante con el favor de Dios. Porque si todo el cuidado del médico se dirige a promover en el enfermo aquellas operaciones que traen algún pronóstico de salud, así el preferente cuidado de los ministros del Señor debe dirigirse a promover en los fieles cristianos este afecto y devoción a la Virgen Inmaculada, porque de Ella confiadamente podemos esperar la reforma de las costumbres y la formación de un dique invencible contra las avenidas imponentes de tantos males que parece han de sepultar la fe y la patria en el abismo de perdición.

La forma que damos a este librito es la de conversación entre María y sus hijos, porque la experiencia nos ha enseñado que aunque es la menos usada, es la que penetra más en los corazones, y más fruto produce en las almas.

Como las flores si no dan frutos solo deleitan a la vista, a la flor espiritual agregamos todos los días un fruto y una aspiración que sirva para recrear el alma enamorada de María, azucena de pureza y rosa de Jericó, y con esto será completo el provecho que saque de esta hermosa devoción.

Además, como el canto es un apostolado de los más eficaces, y nos gusta sobremanera que todo el pueblo cante las glorias de tan dulce Madre, pues solo con cantarlas se recoge ya un bien inmenso, daremos también la invitación y respuesta en música popular, debida a la lira de uno de los mejores compositores religiosos de nuestra España.

Bendiga tan cariñosa Madre este pequeño trabajo, y acéptelo con todo agrado su bondadoso Corazón, como se lo suplicamos, pues aunque otro mérito no tuviere, siempre lo será el hablar de las alabanzas de tan excelsa Reina y Señora, según la medida de nuestra corta capacidad, aunque no sea según la grandeza de nuestros deseos y de los méritos de tan excelsa Madre.

Enrique de Ossó, Pbro.

Jesús de Tortosa, sábado, 2 del mes de san José, 1895.

DEDICATORIA

A María Inmaculada, concebida sin pecado original, obra maestra del poder del Padre, de la sabiduría del Hijo, y del amor del Espíritu Santo.

A la Aurora de la gracia y del Sol de justicia, Reina de cielos y tierra, prodigio de la naturaleza y de la gracia y asombro de la gloria.

A LA MADRE DE DIOS Y DE LOS HOMBRES; a la principal obra de la redención de Cristo, primera discípula de su escuela, copia la más viva de todas sus virtudes, compañera la más fiel de todos sus trabajos, y corredentora de todo el género humano.

A la Madre de misericordia, toda bondad, toda clemencia, refugio y abogada de pecadores, vida, dulzura y esperanza nuestra:

Ofrece, dedica y consagra con el presente mes de Mayo, rogando por la conversión de todos los pecadores, la perseverancia de todos los justos, y la libertad de todas las almas del purgatorio, todo el amor de su corazón, el mínimo de sus hijos,

Enrique de Ossó, Pbro.

DÍA DE PREPARACIÓN

Se empieza así: Por la señal, etc., y en seguida se canta o reza la siguiente

Invitación de María a sus hijos

Venid, hijos míos, oídme, y os enseñaré el temor del Señor.

Yo soy María Inmaculada, Madre del hermoso amor y de la santa esperanza.

Yo soy flor del campo y lirio de los valles cercado de espinas.

Sostenedme con flores, rodeadme de frutos, porque desfallezco de amor. Mis flores son frutos de honor y de gracia.

Venid a mí, hijitos míos, que os doy a luz de nuevo hasta que se forme Cristo en vosotros.

Venid a mí, y os aliviaré, os consolaré. Aprended de mí, que mansa soy y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.

Después se lee o canta la siguiente

Salutación de los hijos de María

¡Viva María inmaculada, Madre del hermoso amor y de la santa esperanza!

Ave, María purísima, sin pecado concebida; rogad por nos, que acudimos a Vos.

Madre nuestra, que estáis en los cielos, mostrad que sois nuestra Madre.

A Vos clamamos los desterrados hijos de Eva. A Vos suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

Volved, pues, a nosotros siempre esos vuestros ojos tan misericordiosos, oh dulcísima María. Habladnos al corazón, que vuestros hijos escuchan, oh Maestra de la sabiduría, y enseñadnos a hacer en todas las cosas la voluntad santísima de Jesús, vuestro Hijo y Señor Nuestro. Amén.

Oración preparatoria para todos los días

Yo os saludo, Inmaculada Virgen María, obra maestra del poder, sabiduría y amor del Altísimo. Vos sois, oh María, la flor más agraciada del paraíso de Dios, el fruto más precioso del árbol de la Redención, y la obra más grande del brazo del Criador. Prodigio del cielo y el mayor milagro de la tierra sois también, oh María, el abismo inmenso de la gracia, el tesoro de toda santidad, la omnipotencia participada, y la imagen por excelencia del mismo Dios. Oh Madre del hermoso amor y de la santa esperanza, delicias del Corazón de Cristo, y ejemplar perfecto de todas sus virtudes, alcanzadnos, os rogamos, en este delicioso mes de Mayo, que nuestro corazón se despoje de todos sus vicios y se revista de todas vuestras virtudes, en especial de la humildad, pureza, modestia y caridad, para que sea jardín ameno donde se recree vuestro divino Hijo y nuestro Redentor Jesucristo. Amén.

MEDITACIÓN

Necesidad de la protección de María para salvarnos

María a sus hijos. Tienes gran necesidad de mi protección para salvar tu alma, hijo mío. Porque si eres inocente, tu inocencia está siempre en peligro durante tu vida. ¡Cuántas almas inocentes más que tú, hijo mío, cayeron en pecado mortal, y se condenaron eternamente por no invocarme!... Si eres penitente, tu perseverancia es muy dudosa si no me invocas. Pueden renacer tus malos hábitos, puede la tentación otra vez desencadenarse con el recuerdo de tu mala vida pasada; las malas compañías que tuviste, aquellas ocasiones peligrosas pueden volver, y siempre, mientras dura esta vida temporal, corre peligro la eterna... Si eres pecador, necesitas con mayor motivo de mi intercesión para convertirte. Yo soy, hijo mío, la Madre de los pecadores que quieren enmendarse, porque soy la Madre de misericordia... Muchas veces has comenzado o intentado convertirte, y no lo has logrado porque no me invocaste... Si yo

no hubiese orado por ti, ¿dónde estarías tú ahora, hijo mío?... No tendrías ciertamente la dicha de consagrarme este mes. Perdido estarías y para siempre en el infierno, y sin remedio... venid, pues, a mí, niños y niñas inocentes, invocadme, y yo os guardaré vuestra inocencia. Venid a mí, almas penitentes, invocadme, y yo os sostendré en vuestras luchas. Venid a mí, pecadores endurecidos, e invocadme, y yo os romperé vuestras cadenas y os libertaré de la servidumbre ignominiosa de los vicios y de Satanás, y gozaréis de la paz hermosa de los hijos de Dios. Venid, por fin, a mí, todos los que estáis tristes y acongojados, y yo os consolaré. Yo os alentaré, porque soy el auxilio de los cristianos, la consoladora de los afligidos... Soy vuestra Madre, toda dulzura y clemencia, ¿qué teméis?, ¿acaso una buena madre puede olvidarse del hijo de sus entrañas?... Venid, pues, a mí todos, todos mis hijos en este hermoso mes de Mayo, y sostenedme con flores, cercadme de frutos, que desfallezco de amor.

Venid a mi presencia todos los días a oír mis enseñanzas, a meditar mis virtudes, a probarme vuestro amor. Tal vez será el último mes de Mayo..., tal vez a esta práctica esté vinculada vuestra perseverancia... y siempre ciertamente con estos obsequios mereceréis mi protección... Venid, pues, a mí, hijos míos, y oídme, porque bienaventurado es el que oye mi voz y practica mis enseñanzas.

Punto segundo. Para sacar el mayor provecho para vuestras almas, hijos míos, en este mes de Mayo, debéis observar los siguientes avisos: 1º. Apartaos de todo pecado y ocasión de pecar, y si vuestra conciencia os remuerde de pecado grave, confesaos cuanto antes, porque de otro modo no podrían agradarme vuestras flores, ni podríais dar frutos de mérito para el cielo, ni gozaríais de mi gracia y amistad. 2º. Esmeraos en cumplir cada uno vuestros deberes; porque la mejor devoción es cumplir bien la obligación. 3º. Sobrellevad con paciencia y resignación cristiana los trabajos de la vida y el genio o contradicción de vuestros prójimos. 4º. Edificad a todos con vuestra modestia y buen ejemplo, y promoted mi devoción, y sobre todo ganadme algunas almas con vuestra oración e industrias santas, porque es el más grande obsequio que me podéis hacer: salvarme almas. 5º. Entre día reflexionad mis enseñanzas, y haced propósitos de vencer vuestro mal genio, y otros actos de virtudes, de piedad y de caridad. 6º. Repetid a menudo las jaculatorias o aspiraciones del alma, y cantad cánticos en mi loor.

Si ponéis fielmente en práctica estos seis avisos, hijos míos, santificaréis este mes de Mayo del modo más grato a mi corazón y más provechoso para vuestra alma. Formaréis una guirnalda de flores y frutos espirituales que será sobremanera preciosa para mí, y me obligaréis dulcemente a dispensaros cuantas gracias necesitéis para vuestra felicidad temporal y eterna. Meditadlo bien, hijos míos, y resolved poner en práctica lo que os inspire vuestro amor a mí, que soy vuestra Madre, y a vuestra eterna salvación...

Los hijos a su Madre. ¡Oh piadosa y bondadosa Virgen María! verdaderamente sois nuestra Madre, pues tan saludables avisos nos dais para nuestro bien. Os damos gracias por vuestra dignación, y con vuestro auxilio os prometemos cumplir con fidelidad vuestras divinas enseñanzas. Sí, Virgen santa, todo lo haremos por dar gusto a nuestra buena Madre María. Desde este instante detestamos ya nuestros pecados,

porque son ofensa a vuestro Hijo Jesús y vuestra; perdonamos a nuestros enemigos, y queremos reparar todos los daños que hayamos causado a nuestro prójimo, y queremos hacer cuanto antes una buena confesión.

Alcanzadnos ¡oh Madre bondadosa! el que seamos fieles a nuestras promesas. Bendecidnos, sostenednos, alentadnos, salvadnos para venir un día a cantar en vuestra compañía las misericordias del Señor en el cielo. Amén.

Dulce Corazón de María, salvad el alma mía

300 días de indulgencia.

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que ni uno solo de cuantos han acudido a vuestro amparo, implorado vuestra protección y reclamado vuestro auxilio, haya sido abandonado de Vos. Animado con esta confianza, a Vos también yo acudo, oh Madre Virgen de las vírgenes y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados, me postro ante vuestra presencia para pedir os perdón.

No desechéis mis súplicas, oh Madre del Verbo, antes bien oídlas y acogedlas benignamente. Amén.

300 días de indulgencia cada vez. (*Pío IX, 11 diciembre 1876*).

Pidamos con toda confianza al Corazón maternal de María las gracias que deseamos alcanzar por su intercesión.

Para más obligaros, oh Madre querida, saludo vuestro dulcísimo nombre con las siguientes deprecaciones y *Ave Marías*:

Madre mía amantísima, en todos los instantes de mi vida, acordaos de mí, vuestro hijo, miserable pecador. *Ave María*.

Acueducto de las divinas gracias, concededme abundancia de lágrimas para llorar amargamente todos mis pecados. *Ave María*.

Reina de cielos y tierra, sed mi amparo y defensa en las tentaciones de mis enemigos. *Ave María*.

Inmaculada hija de Joaquín y Ana, alcanzadme de Jesús, vuestro Santísimo Hijo, las gracias que necesito para mi salvación. *Ave María*.

Abogada y refugio de los pecadores, asistidme en la hora de mi muerte, y abridme las puertas del cielo. *Ave María*.

Para mañana

Flor espiritual. Oh María Inmaculada y Madre mía, deseo alabaros dignamente todos los instantes de mi vida.

Fruto. Di tres veces ante la imagen de María: *Refugio y abogada de los pecadores, rogad por nosotros.* Y si la conciencia te remuerde, anda y confiésate cuanto antes: hoy mismo.

Aspiración. Vida, dulzura, esperanza y Madre nuestra sois Vos, oh María. Dios os salve.

EJEMPLO

No puede ofrecerse un ejemplo más digno de imitación a todos los fieles al tratarse de promover la devoción a la Virgen santísima, que el que nos da su unigénito Hijo Nuestro Señor Jesucristo. Porque María había de ser su Madre, la predestinó ante toda criatura, la preservó del pecado original, y conservó con un milagro su perpetua virginidad. Adornola de todas las gracias que pueden caber en una pura criatura, llamándola toda hermosa y Madre suya.

Jesucristo estuvo sujeto hasta los treinta años a María; por los ruegos de María hizo el primer milagro en las bodas de Caná de Galilea; a María nos recomendó al morir nombrándola nuestra Madre, y a María se apareció primero que a todos después de resucitado; a María encomendó su Iglesia al subirse a los cielos; a María confió el tesoro de sus gracias y la dispensación de su misericordia a favor de todos los hombres; y a María, en fin, ha dado Jesús todo poder en los cielos y en la tierra y en los abismos, sublimándola en la gloria en trono de inmensa Majestad cabe sí sobre todos los ángeles y santos, constituyéndola Reina de cielos y tierra, no teniendo más superior que a Dios, y siendo todas las criaturas inferiores a María. ¿Quién, pues, temerá excederse en honrar a María inmaculada, viendo cómo la honró el mismo Hijo de Dios, esto es, más que a todos los ángeles y hombres? Aprendamos, pues, de Jesucristo a honrar y amar a María, y por su intercesión alcanzaremos todas las gracias y virtudes y después la eterna gloria.

Oración final para todos los días

¡Oh Inmaculada Virgen María, emperatriz del universo, Reina de la gracia y Madre del rey de la gloria! la más amable, más amada y más amante del criador y de todas las criaturas... Vos sois el trono de la caridad, de la misericordia y del amor. Vuestro Corazón maternal ha sentido todas nuestras miserias, ha sufrido por todas nuestras ingratitudes, nos ha amado y ama con inmensa ternura, y sin cesar se afana por nuestra felicidad. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce y amabilísima Virgen María! Mostrad que sois nuestra Madre auxiliándonos en toda necesidad, consolándonos en todas nuestras aflicciones, fortaleciéndonos en nuestras tentaciones, socorriéndonos en todos los peligros, y protegiéndonos en vida y en muerte. Yo os ofrezco, en este día, las humildes florecillas y frutos de mi pobre corazón... Pobrecillos son, oh gran Señora... Mas aceptadlos... y como Vos sois dispensadora de todas las gracias, y como Reina acostumbráis a dar más de lo que se os ofrece y se os pide, yo os ruego en cambio me miréis siempre con amorosos ojos, y después de este destierro me deis el fruto bendito de vuestro vientre, mi Jesús, vuestro Hijo Santísimo, para gozarle con Vos en las delicias del paraíso de la eterna gloria. Amén.

Guardadnos, oh María, como a la niña de vuestros ojos, y bajo la sombra de vuestras alas protegédnos.

DÍA PRIMERO

Por la señal, etc., como en el día de preparación, *pág.*

La Madre de Dios es mi Madre

María a sus hijos. ¡Cuánto os ama, hijos míos, vuestro buen Dios! No contento con llamarse Él mismo vuestro Padre, para más moveros a confianza y amor quiso que yo, su Madre, fuese también vuestra Madre. Antes de morir, en aquella hora, la más solemne de su vida, cuando estaba agonizando clavado en la cruz, me dirigió aquellas tiernas palabras: “Mujer, he ahí a tu hijo”, señalándome al apóstol san Juan, a quien dijo también: “He ahí a tu Madre”, y desde aquella hora fui constituida Madre de todos los hombres, porque la palabra de Cristo es eficaz. Soy, pues, tu buena Madre, hijo mío, que nunca te puede olvidar, ni faltar, ni abandonar, porque ¿qué madre verdadera puede hallarse que se olvide del hijo de sus entrañas?... Gózate, hijo mío, con esta dignación de mi Hijo Jesucristo, y dale infinitas gracias por esta fineza de su amor... Yo puedo socorrerte en todas tus necesidades, porque soy todopoderosa; y quiero socorrerte, porque soy buena y te amo con inmenso amor... Ten, pues, en mí tu mejor Madre, hijo mío, toda tu confianza, invócame con todo tu afecto, y no dudes que serás socorrido en todo peligro y necesidad... En tus alegrías y pesares, en tus dudas y peligros, en tus tentaciones y caídas, en salud y enfermedad, en vida y en muerte ven a mí, y clama de corazón con la confianza de ser oído: “María, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón, soy vuestro hijo, socorredme, salvadme”, y no dudes que experimentarás mi protección... Pon en mí toda tu confianza, y no te olvides sobre todo de invocarme, hijo mío, en todas tus necesidades, y no temas, no perecerás jamás... Ya sabes que la devoción, o sea el amor y la confianza en la Madre de Dios, es señal de salvación, es señal de predestinación... Acuérdate que en el cielo tienes una madre toda amor, toda ternura, clemencia y misericordia; acuérdate que la Madre de Dios es tu Madre, Madre de tu alma, madre de tu corazón. Invócala con confianza, y saldrás vencedor de todos tus enemigos. ¿Qué puede desear, hijo mío, una buena madre, que es felicísima, sino hacer partícipes de su felicidad a todos sus hijos? Vosotros sois mi gozo y mi corona, porque nada da más contento a mi alma que el veros alrededor de mis imágenes, o postrados a mis plantas alabándome, pidiéndome, obsequiándome y amándome; y nada deseo tanto como el poder ver que ese ensayo de la tierra sea perpetuado con toda perfección en mi compañía en el gozo eterno del cielo. Por vuestra salud el Señor me ha exaltado en la gloria, y no cese un momento de interceder por todos y cada uno de vosotros. Para los pequeñuelos y parvulitas, para todos los inocentes pido a mi Hijo Jesús os guarde siempre buenos en ese estado el más feliz; para los pecadores negocio la conversión; para los justos la perseverancia, y para todos tengo un recuerdo, una súplica, una sonrisa, un afecto de amor, porque llevo escritos vuestros nombres en las palmas de mis manos, en las telas de mi Corazón maternal. Gozaos, pues, hijos míos, en el Señor, porque os ha dado a su Madre por vuestra Madre; dadle gracias, y aprovechaos de esta fineza de su inmenso amor.

Yo amo a los que me aman, y los que obran en mí no pecarán.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. La Madre de Dios es mi Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón... Luego soy hijo de María, hermano de Jesucristo, heredero de su gloria. ¿Puedo apetecer mayor dicha, mayor honor, más encumbrada dignidad? ¡Oh cuán feliz seré si sé aprovecharme de ella, y llevar con honra con mi conducta cristiana títulos tan divinos! ¡Oh María! mostrad que sois mi Madre, que yo quiero mostrarme verdadero hijo vuestro por mi humildad, pureza, modestia y caridad... ¡La Madre de Dios es mi Madre!... ¡Qué motivo de confianza para mi corazón! Cuando algo, pues, me falte para mi felicidad temporal o eterna, iré a Vos que sois mi Madre, oh Virgen María, con la confianza y sencillez de hijo, y os diré: Mostrad que sois mi Madre; me falta pan, trabajo, consuelo, fortaleza, virtudes... dádme. Estáis acostumbrada a experimentar necesidades y a socorrerlas, porque fuiste también pobrecita... ¡Qué gozo y esfuerzo dará a mi alma en la tentación el recordar que la Madre de Jesús Hombre-Dios, es mi Madre!... ¡Qué consuelo y celestial dulcedumbre derramará en mi corazón al verme afligido el poder exclamar: La Madre de Dios es mi Madre! ¡Qué confianza renacerá en mi pecho al invocar en mis dudas y pesares a la Madre de Dios por mi Madre!... Gracias infinitas os doy, Jesús mío, porque al morir me distéis a vuestra Madre por mi Madre. Yo la acepto por mía, y os pido me deis gracia para honrarla, obedecerla, amarla y obsequiarla dignamente, como Vos me distéis ejemplo. Y Vos, oh dulcísima María, aceptadme por hijo predilecto, y guardadme y defendedme como cosa y posesión vuestra. Por esto os repito con todo mi corazón: Madre, aquí tenéis a vuestro hijo. En Vos, Madre mía dulcísima, pongo toda mi confianza, no seré jamás confundido. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Propongo ser vuestro hijo menor, oh María.

Fruto. Veré qué hay en mí o en mi casa de libros, estampas o cosas que no agraden a mi Madre María, y las destruiré.

Aspiración. La Madre de Dios es mi Madre, Madre mía de mi alma, Madre mía de mi corazón, oh María.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Una de las almas que mejor experimentó el patrocinio de María, Madre de Dios y de los hombres, fue sin duda la incomparable heroína española santa Teresa de Jesús. Con la leche de su cristiana madre que le enseñaba a rezar el santo Rosario, bebió la Santa la devoción a la Santísima Virgen. Oigamos como ella lo escribe: "Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fuime a una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi Madre, con muchas lágrimas".

"Páreceme que aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a Ella, y en fin, me ha tornado a sí". En la obra grandiosa de la Reforma del Carmen es donde más experimentó la gran Santa el patrocinio de tan dulce Madre, apareciéndosele al cantar la *Salve* con sus monjas en Ávila, y agradeciéndole el que hubiese

colocado su imagen en el lugar de la priora, y que le entregase las llaves del convento. La Virgen vistiola una vez una ropa de mucha blancura y claridad, dándole a entender que estaba ya limpia de sus pecados. Echole al cuello además un collar de oro muy hermoso, asida a él una cruz de mucho valor, certificándole de su protección en sus santas empresas con su Hijo Jesús y san José. Por fin, mereció la Santa bendita verse asistida en la muerte por tan buena Madre, y acompañada a la gloria, donde canta eternamente las misericordias del Señor y de su Madre Santísima. Imitemos tan santo ejemplo, y experimentaremos como santa Teresa de Jesús las bondades de la Madre de Dios y Madre nuestra María Inmaculada.

Oración final para todos los días, pág.

DÍA SEGUNDO

Se empieza como en la pág.

Preciosidad del alma

María a sus hijos. Considera, hijo mío, que después de Dios no hay cosa más preciosa que tu alma. Llámase alma lo que en ti recuerda, piensa, discurre, compara, ama, aborrece, teme, espera... ¿De dónde salió tu alma, hijo mío? Del Corazón de Dios: es un suspiro del mismo Dios... ¿A imagen de quién está hecha tu alma? A imagen y semejanza de Dios está hecha tu alma, hijo mío. ¡Oh cuánto la debes apreciar por la nobleza de su origen, por lo primoroso de la copia! Si tuvieses el mejor cuadro del mejor pintor del mundo, ¿no es verdad que lo estimarías en mucho, y lo guardarías con exquisito cuidado? Mas ¿qué son las mejores pinturas comparadas con la pintura de la imagen de Dios? ¿Y tú, hijo mío, olvidarás tu nobleza para hacerte imagen del asqueroso negrillo del pecado?

Considera, hijo mío, además, cuán preciosa es tu alma por el precio que pagó el mismo Dios por su rescate o compra. Esta imagen de Dios pasó por el pecado a ser propiedad del demonio, y queriendo otra vez comprarla Dios Nuestro Señor, no dio oro, ni plata, ni piedras preciosas; esto era poco para rescatarla, porque vale tu alma infinitamente más que todo el oro y preciosidades de todo el mundo. Dio nada menos, hijo mío, que la vida y sangre de su amadísimo y unigénito Hijo y mío Jesucristo, que tiene un valor infinito. ¡Oh cuánto vales, hijo mío! ¿Y te atreverás, una cosa tan preciosa, una vida que tanto cuesta a Dios perderla por la satisfacción de un capricho, de un gusto de un momento, de una nadería? Menester sería no tener juicio. Pondera, por fin, cuán preciosa es tu alma por la alteza de su destino, por la sublimidad de su último fin.

Tú eres, hijo mío, un hijo del monarca supremo del cielo y tierra destinado a sentarte junto a su trono, a comer en su misma mesa, a vivir en su mismo palacio, a reinar eternamente con Él, y gozar de su misma felicidad. Ahora bien, hijo mío, un príncipe de sangre real que debe suceder al rey, ¿no es verdad que se guarda con sumo cuidado, que se educa con todo esmero en la corte de su padre? Pues reflexiona sobre tu conducta, hijo mío, y mira cómo has cuidado de tu alma, hija de Dios y heredera del paraíso... ¿Cómo está tu alma, hijo mío? ¿Está en gracia de Dios, o tal vez yace en medio del fango de las pasiones como un inmundo animal?... ¿No te avergüenzas?...

¿No temes ser desheredado por Dios?... Aprecia tu alma, hijo mío, y dale honor según su mérito, y serás feliz en el reino de la gloria. Aprecia tu alma, hijo mío, que es lo que Dios más ama de todas las criaturas, y no la afees por el pecado: primero morir que pecar; primero morir que pecar.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Madre mía de mi alma, dulcísima Virgen María, con vuestras palabras habéis conmovido profundamente mi corazón. En vuestras manos pongo mi inocencia, mi penitencia, mi conversión, mi alma, mi perseverancia en el camino del cielo. ¿Qué puedo yo sin vuestra ayuda, Madre mía? ¡Ay! bien me lo enseña una dolorosísima experiencia. Si hubiese acudido a vuestra protección e implorado vuestro socorro, ni hubiera perdido mi inocencia, ni hubiera aflojado en la penitencia, ni diferido mi conversión a Dios... Por esto, Madre querida, vengo en este día a Vos, y deseo consagraros este mes de Mayo, y ofreceros cada día con mis cánticos y flores y frutos una súplica de mi corazón, un himno de alabanza, y un acto de imitación de vuestras virtudes... ¿Cómo he podido vivir alejado de vuestro maternal regazo, Madre mía? ¿Cómo he podido existir sin conoceros, oh respiración del alma cristiana? ¡Cuánto os he injuriado con mis desatenciones, dulcísima Madre mía! ¡Cuánto he amargado vuestro amoroso Corazón con mis pecados!... ¡Mas ahora, como otro hijo pródigo, vuelvo a Vos, y os ruego volváis a mí esos vuestros ojos tan hermosos y tan piadosos, y me admitáis en el número de vuestros hijos y devotos; y purificados mi corazón y mis labios, me hagáis digno de alabaros, serviros y obsequiaros todos los días de mi vida, y en especial en este mes de Mayo consagrado a Vos, oh María Madre mía! Quiero hacer bien este mes, porque tal vez será el último que os consagro... Tal vez será la última de las gracias; y porque Vos lo merecéis y puedo, haciéndolo bien, merecer vuestra bendición y asegurar mi salvación y atesorar grandes bienes para la vida eterna.

Por ello os ofrezco mi alma, mi vida, mi corazón: todo cuanto tengo y valgo lo pongo en vuestras benditas manos, y quiero ocuparme todo en vuestro servicio, pues sé que con esto agradaré a vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo, y aseguraré mi eterna salvación, y por fin, salvaré mi alma, la cosa más preciosa, porque ningún devoto vuestro, oh María, se condena...

Para mañana

Flor espiritual. Quisiera amaros como Jesús os ama, Madre mía.

Fruto. Postrado, reza tres *Padre nuestros* a la Beatísima Trinidad, por todas las gracias que te ha dispensado por manos de María.

Aspiración. ¡Oh Corazón de María, volcán de amor divino que siempre ardes, abrázame!

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

El Pilar

Nada habría de mover tanto a todos los que somos españoles a honrar cordialmente a María santísima, como la memoria de aquella que vino personalmente a hacernos una visita a Zaragoza cuando aún vivía en carne mortal. Por este motivo parece muy oportuno en este mes de María referir un hecho que tan glorioso es para nosotros, y que al paso que nos hará conocer cuánto se ha interesado María en nuestro favor, nos animará en gran manera en las actuales tribulaciones, inspirándonos al mismo tiempo la confianza de que no se acabará en nuestra España la religión católica, apostólica, romana, que Ella misma se dignó implantar, propagándola después por medio del apóstol Santiago. Este hecho, que consta en documentos respetables que se conservan de tiempo inmemorial en la capital de Aragón, y sobre todo, confirmado con mil y mil prodigios obrados en el Pilar, es sustancialmente como sigue:

Al tiempo que los apóstoles iban a comenzar la obra de la predicación evangélica por todo el mundo, Santiago el mayor, hermano de san Juan e hijo del Zebedeo, recibió por revelación del Espíritu Santo la orden de pasar a España; pero antes de emprender el viaje fue a despedirse de la Virgen Santísima, la cual le bendijo, diciéndole: “Ve, hijo mío, ejecuta lo que te ha mandado tu soberano Maestro, y por Él te pido que en aquella ciudad de España en que conviertas mayor número de hombres, edifiques una capilla en mi memoria y del modo que yo a su tiempo te manifestaré”. El bienaventurado apóstol, saliendo de Jerusalén vino directamente a España, y pasando por Asturias, convirtió un hombre a la fe de Jesucristo en la ciudad de Oviedo. Luego de haber recorrido varias ciudades de España, que entonces se llamaba *mayor*, pasó en seguida a la España *menor*, en aquel país llamado Celtiberia, en donde se halla situada la ciudad de Zaragoza, a la orilla del río Ebro. Habiendo predicado el apóstol en aquella ciudad algunos días, logró convertir ocho hombres a la fe de Jesucristo, y con ellos estaba continuamente tratando de las cosas del cielo. Una noche, que se hallaban reunidos a la orilla del río descansando de sus fatigas, mientras los ocho convertidos estaban dormidos, el glorioso Santiago oyó a media noche un coro de ángeles, que con gran melodía cantaban: *Ave, María, gratia plena*, y postrándose luego de rodillas en tierra, vio a la Virgen Santísima, en medio de dos coros de ángeles, sentada sobre un pilar de mármol. Después de un largo rato en que el apóstol estaba escuchando los cantos angélicos, María Santísima, dirigiéndose a él, con un rostro que respiraba alegría y pureza, le dijo: “Este es, hijo mío Santiago, el lugar señalado y destinado a mi honor, en el cual con tu industria has de edificar una iglesia en memoria mía. Mira bien este pilar en que estoy sentada; pues mi Hijo Santísimo lo ha enviado desde el cielo por manos de ángeles, y te servirá para poner en el altar de mi iglesia. En este lugar la virtud del Altísimo obrará grandes prodigios y maravillas por intercesión mía en todos aquellos que en sus necesidades imploren mi patrocinio, y este Pilar continuará en este lugar hasta el fin del mundo, y nunca faltarán en esta ciudad cristianos verdaderos”.

Entonces el Apóstol, lleno de una alegría que no puede explicarse, dio gracias a Jesucristo y a su Madre santísima; mientras que los ángeles, volviendo a tomar a su celestial Reina, la trasladaron a la ciudad de Jerusalén, en su aposento ordinario. Luego trató de edificar una capilla en honra de María Santísima, dándole el título del Pilar, el mismo que trajo la Virgen María, y esta es la primera del mundo en que se empezó a dar culto público a la Madre de Dios.

Oración final, pág.

DÍA TERCERO

Se empieza como en la pág.

Preciosidad de la divina gracia

María a sus hijos. Es la gracia divina, hijo mío, un don sobrenatural que infunde Dios en el alma, por el cual eres hijo de Dios y heredero de su gloria. Es de todos los dones de Dios el más precioso, porque sin él es imposible agradar a Dios y alcanzar el cielo. Es

un don merecido por Jesucristo al derramar su sangre y morir por ti en la cruz. Es la única moneda que tiene precio y pase y cambio en el reino del cielo. Todos los bienes del cielo y de la tierra comparados con la mínima partecilla de la gracia son de ningún valor delante de Dios. La gracia no solo es don gratuito de Dios, sino además hermosea el alma y la hace templo del Espíritu Santo, paraíso de las delicias de todo un Dios, morada predilecta de toda la Santísima Trinidad... Sin la gracia, hijo mío, nada valen delante de Dios ni la vida, ni las riquezas, ni los honores, ni la sabiduría, ni los más preclaros talentos... Con ella, en cambio, el rústico y el pobrecito son sabios y grandes y muy amados de Dios. Ni todos los ángeles, ni todos los hombres pueden por sí solos merecer esta gracia, porque es don gracioso de Dios.

La plenitud de la gracia, hijo mío, mora en el Corazón de mi Hijo Jesús, y de su plenitud todos hemos recibido, y sobre todos mi alma, que no opuso ninguna resistencia a las avenidas de este don del cielo... Por esto el ángel me saludó *llena de gracia*, como prenda y privilegio singular, por el que me distinguió de todas las criaturas... Si Jesús es la fuente de toda gracia, yo soy, hijo mío, el canal o acueducto por donde descienden al corazón de todos los mortales... Por eso me invocáis y me llamáis vida, dulzura y esperanza vuestra... Por esto me llamáis puerta del cielo, porque por mí entran todos los fieles al reino de la gracia y de la gloria... Porque por mí el mundo ha recibido a Jesucristo Hijo de Dios y Redentor del hombre; y por mí fue mostrado este fruto de mis entrañas a todos los hijos de Adán prevaricador. No vayas nunca a Jesús, hijo mío, sin mí, que soy María, su Madre, porque sin mi compañía te expones a no hallarle jamás. Ama, hijo mío, sobre todos los otros dones del cielo y de la tierra esta preciosísima margarita de la divina gracia, y prefiere perderlo todo: honores, riquezas, comodidades y hasta la propia vida antes que perder la gracia y amistad de Dios.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Cuán necio e inconsiderado he sido, Madre mía de mi alma! ¡Siempre temo perder la gracia y amistad de los hombres, y por no perderla no escaseo sacrificios y hasta humillaciones; y para conservar la gracia y amistad de Dios apenas hago cosa alguna! ¡Procuró evitar el ensuciar mis vestidos, mi rostro, y apenas puedo sufrir que nadie me tilde de desaseado o sucio; y no pongo ningún cuidado en conservar la belleza de mi alma, la limpieza de mi conciencia, que es el único aseo que tiene valor delante de Dios!... ¡Oh Madre de la divina gracia!... ¿Dónde está mi fe?... Oh abismo de los tesoros del cielo, ¿dónde está mi amor a las cosas celestiales y eternas?... Danos fe viva, Madre de la divina gracia, para que prefiramos perder mil veces las riquezas, la honra y la vida antes que perder la gracia y amistad de Dios, porque solo con ella puedo entrar a la posesión del reino de la gloria eterna... ¡Necios de nosotros! todo el cuidado se nos va en el engaste y grosería del cuerpo, y la pobrecita alma, que es la reina y señora, la perla de más valor de todas las cosas criadas, la tenemos olvidada, arrinconada, casi siempre sucia por el pecado, por la pérdida de la divina gracia... Si perdemos una joya, la salud del cuerpo, o cualquier menudencia que amamos, luego perdemos la quietud, y no paramos hasta ver si por todas las vías, aunque nos sean costosas, podemos recuperarla. Mas, ¡ay dolor! perdemos la salud del alma, su vida sobrenatural, que es la gracia de Dios, por el pecado, y no hacemos caso, y comemos y dormimos, y nos divertimos como si no nos hubiera acontecido la mayor de las desgracias. ¡Oh abismo de la divina gracia! Ya que Vos, oh María, estáis tan llena de ella, que tenéis para repartir a todos los mortales,

derramad os ruego tal abundancia de gracia en mi alma, y tan fuerte y eficaz, que quede sobremanera agraciada a los ojos de Dios, toda pura y hermosa, y que jamás la pierda por el pecado. Sea mi divisa santa: primero morir que pecar; primero morir que manchar mi alma; primero morir que perder la gracia y amistad de mi Dios, porque vale más que todos los tesoros del mundo...

Para mañana

Flor espiritual. Os pido, oh María, que mi alma sea siempre toda hermosa y pura a los ojos de Dios.

Fruto. Haré cada día antes de acostarme examen de conciencia y acto fervoroso de contrición, para limpiar mi alma de toda mancha de pecado.

Aspiración. ¡Oh María, Madre de la divina gracia! toda hermosa sois, y mancha no hubo jamás en Vos.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Loreto

El día 10 de diciembre celebra la Iglesia la traslación de la Santa Casa de Nazaret, verificada el año 1294 por ministerio de los ángeles, y llamada comúnmente *Nuestra Señora de Loreto*. En ella se verificó el inefable misterio de la Anunciación, y allí fue donde la Virgen santísima vivió tantos años en compañía de Jesús y del glorioso patriarca san José. Dios Nuestro Señor no quiso que aquella casa estuviese en poder de los infieles, así es, que cuando estos se apoderaron definitivamente de la Palestina, quiso que fuese trasladada, primeramente a Tersato, en Dalmacia, y luego después a un lugar de la Marca de Ancona, en los Estados Pontificios, llamado Loreto. Tan milagrosa traslación extendió luego la devoción entre los pueblos de la cristiandad, y en ocasión de visitar el santuario, se obraron grandes y extraordinarios prodigios. Entre los cuales es digno de notarse lo que sucedió el año 1513 con un sacerdote de Dalmacia, que había caído prisionero en poder de los turcos. Trataban estos de hacerle renegar de la fe, y a este objeto, emplearon primeramente las promesas y luego después las amenazas, sin que pudiesen lograr su malvado deseo. El buen sacerdote, agobiado de pena y espantado con las amenazas de sus bárbaros enemigos, no cesaba de invocar en alta voz el dulcísimo nombre de María, hasta que uno de los moros le preguntó descaradamente, por qué repetía con tanta frecuencia aquel nombre. “Yo, contestó el esforzado sacerdote, tengo a María en mis labios, porque la tengo impresa en mi corazón”. A ver, continuaron entonces aquellos bárbaros, a ver si dices verdad o mentira; y diciendo esto, le abrieron cruelmente el pecho con intención de arrancarle el corazón. Al mismo tiempo, él, con el mayor valor, hizo en alta voz un voto de ir a visitar la Santa Casa de Loreto si lograba escapar de las manos de sus enemigos. Los moros, que habían oído las palabras de su desgraciado prisionero, después de haberle arrancado el corazón y las entrañas, pensando que moriría dentro de pocos instantes, *marcha*, le dijeron en tono de burla, *ya estás en libertad, ya puedes ir a Loreto*, y lo dejaron libre. ¡Admirable protección de María! El sacerdote tomó en sus manos su propio corazón y entrañas, fue a Loreto, que distaba dos jornadas, visitó con el mayor fervor a María santísima, y después de haber confesado, murió tranquilamente en el mismo Santuario. Su corazón y entrañas estuvieron por mucho tiempo depositadas en la santa capilla, y posteriormente se pintó en un hermoso cuadro la historia de un hecho tan extraordinario. Al visitar el año pasado y celebrar Misa en tan santo templo, pudimos cerciorarnos de este y otros milagros estupendos obrados por intercesión de la Virgen María en su venerable Casita de Nazaret. ¿Quién no confiará en el patrocinio de tan poderosa Madre?

*Oración final, **pág.***

DÍA CUARTO

Se empieza como en la pág.

Preciosidad del tiempo

María a sus hijos. El tiempo es oro, más precioso que el oro, porque en cada instante de tiempo, hijo mío, puedes perder o ganar el paraíso, puedes ganar o perder a Dios... Pasa, hijo mío, la brevedad de la vida, y pasas tú también como viajero que has tomado asiento en el tren *expres* que corre a la estación de la eternidad sin parar un instante. Todo se pasa, hijo mío, y tú con todas las cosas. Diez, veinte, cuarenta o más años de tu vida pasaron ya para no volver, porque el tiempo perdido no vuelve. ¿Cuántos te restan de vida, hijo mío?... No lo sabes; pero sabes que son pocos, porque el tiempo es breve. Tu vida, hijo mío, se compara a una flor que a la mañana aparece y por la tarde se marchita; tu vida se compara a un pequeño vapor, a un relámpago que aparece y al momento desaparece. ¿Qué es tu vida pasada? Un sueño, nada. ¿Qué es tu vida presente? Un momento que no puedes detener. ¿Qué es tu vida venidera? Es nada, hasta que la tengas presente... Solo, pues, tienes en tu poder, hijo mío, el instante presente que se pasa sin parar. ¿Cuántos años, cuántos días o momentos te restan de vida?... Solo Dios lo sabe, hijo mío. Pero son pocos, son nada, comparados con la eternidad. El tiempo presente es tiempo de misericordia, y por eso es tiempo precioso, porque en cada instante de tiempo puedes adquirir una felicidad eterna. Cada instante de tiempo puedes ganar un grado más de mérito en la tierra y un grado más de gloria en el paraíso... Un momento de tiempo puede salvar tu alma... Un poco de tiempo, un cuarto de hora de oración cada día puede asegurar tu salvación eterna. ¡Tiempo precioso y tiempo temeroso, hijo mío, porque en cada instante puedes pecar, puedes morir y puedes condenarte! ¡Oh hijo mío! Con el tiempo pasado bien empleado, podías ser un santo, ¿y qué eres ahora sino un pecador?... Medita, hijo mío, cómo has empleado el tiempo precioso que Dios te ha dado para salvar tu alma y hacerte santo, y te confundirás y te llenarás de terror y espanto. Dime, hijo mío, de todos los años de tu vida ¿cuántos has empleado en tu salvación y santificación? Una gran parte de tu vida la has pasado en dormir, o divertirme; otra gran parte en el ocio, en pasatiempos inútiles; tal vez la otra parte, la mayor quizás, la has pasado en pecado, en estado de no poder ganar nada para la vida eterna. ¡Qué desgracia! ¡Cuán poco tiempo has pasado en la oración, en el servicio de tu Dios, y aun este poco tiempo con cuántas distracciones, con cuánta negligencia! ¿Cuándo piensas, pues, hijo mío, emplear bien el tiempo atendiendo seriamente al negocio de tu salvación eterna? teme, hijo mío, que si no procuras de hoy en adelante pasar mejor el tiempo que mi Hijo en su misericordia por mis súplicas te concede, teme, digo, no venga para ti un día en que pidas una hora de tiempo, y esta hora no te sea concedida. Y esta sería tu mayor desgracia. Medita mi vida, hijo mío, y verás que no perdí ni malgasté un solo instante de tiempo. Todo lo empleé desde el primer instante hasta el último de mi vida en amar, servir, agradecer a Dios mi Padre. Por esto atesoré un caudal de gracias y de gloria, que después de la de mi Hijo Jesucristo no se puede calcular mayor.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Verdaderamente, Madre querida, no hay cosa de más valor y que menos aprecie que el don del tiempo que se me da para salvar mi alma, para labrarme una corona de gloria inmortal, para fabricarme mi habitación eternamente feliz. Si a cada momento de tiempo lo cargase con una buena obra, todas las encontraría después reunidas en la casa de mi eternidad. ¡Oh Señor y Dios mío! Si sois tan largo y tan mirado en galardonar lo que se hace por Vos, que por un vaso de agua fría dado por Vos prometéis el cielo; que un alzar los ojos, un suspiro no dejaréis sin paga, ¿cuánto hubiera podido merecer no malversando tantos millares de millares de instantes de tiempo que Vos en vuestra infinita misericordia me habéis concedido tan liberalmente? Desde hoy, oh Jesús y María, yo os prometo emplear bien el tiempo que os dignéis concederme, trabajando con todo ahínco en mi propia salvación y la de mi prójimo, según la medida de la gracia que me diereis.

Ya sé, Madre mía, que el tiempo perdido no vuelve; pero también sé que si tengo voluntad perfecta de emplear bien el tiempo presente, y lo hago en la medida que puedo, me tomaréis en cuenta mis buenos deseos como si fueran obras, y multiplicaré mis tiempos, y resarciré los momentos perdidos. A este fin hago un pacto con Vos de no estar un momento ocioso, de no malgastar un solo instante de tiempo; todo quiero y deseo emplearlo en lo que haya de proporcionarme mayor aumento de méritos para mi vida eterna.

¡Oh dadores de todos mis bienes, amantísimos Jesús y María! Ya que he de vivir y morir, quiero vivir y morir para vosotros y solamente por vosotros, porque sois quienes me habéis de premiar lo que piense, diga, trabaje, obre, padezca por vuestro servicio y amor. Solo os pido la gracia de no salir yo de este mundo, o del tiempo, hasta que haya recogido un caudal inmenso de méritos para la eternidad, pues allí no se puede merecer, porque el tiempo es para trabajar y merecer, y la eternidad para holgar y descansar...

Para mañana

Flor espiritual. Hago firme propósito de no desperdiciar un instante de tiempo.

Fruto. Haré cada cosa en su tiempo, con todo ahínco y bien, diciéndome: Haz lo que haces por Jesús y María.

Aspiración. ¡Oh momento del que pende mi eternidad feliz o desgraciada!

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Junto a Hita, lugar de Castilla la Nueva, se eleva un santuario de Nuestra Señora, erigido en memoria de la conversión que obró en un príncipe sarraceno. Alí Almenón, hijo del rey de Toledo, invadía aquella comarca pasándola a sangre y fuego, y estaba repartiendo con los suyos el botín y los cautivos, cuando cegó a los moros un resplandor extraordinario, y libres los cristianos con la invocación de la Virgen se apoderaron de sus opresores. Sintiose trocado Alí, y ciego como estaba, pidió que le acercaran al árbol donde había visto aparecerse a la divina Señora. “María, dijo, Madre de los cristianos, ¿qué quieres de

mí? –Que ceses de perseguir a mis hijos, le respondió; que te instruyas en la fe y que te bautices. –Pero, ¿quién hará conmigo todo esto? –Yo misma” Y tomándole de la mano, como asegura la tradición, le condujo la benigna Virgen hasta una fuente, y vertió Ella misma el agua regeneradora sobre la cabeza del príncipe, devolviendo la vista a sus ojos, y abriéndole los del alma a la luz sobrenatural. Allí cambiando su nombre en Pedro, trató de volverse a Toledo para convertir a su hermana Casilda; pero la Virgen no lo consintió para no exponer la fe del neófito y prometió cuidar de su hermana. Y en efecto, Casilda se convirtió también, en premio de la caridad con que socorría a los cautivos cristianos en la corte de su padre. Después de una peregrinación a Roma, edificó Pedro un santuario en el sitio de su dichoso bautismo, y moró allí hasta su muerte. ¡Cuán buena es María para los pecadores! Invoquémosla con toda confianza y seguridad de alcanzar el perdón de nuestros pecados.

Oración final, pág.

DÍA QUINTO

Se empieza como en la pág.

La única cosa o el único negocio necesario

María a sus hijos. ¡Oh hijo mío! El único negocio necesario, la única gracia que me has de pedir en este mes de Mayo y todos los días de tu vida es salvar tu alma, venir al cielo a alabar a Dios y gozar de Él en mi compañía. ¿Qué felicidad será para mi Corazón de Madre el verme rodeada de todos mis hijos, amando y alabando a Dios, siendo mi gozo y mi corona por toda la eternidad?... Fíjate bien en esta verdad, hijo mío: tú estás en el mundo exclusivamente para salvar tu alma. Este es tu último fin. Alma salvada, todo salvado; alma perdida, todo perdido. Tú no has venido al mundo para comer, gozar, divertirse, y mucho menos para pecar; tú has sido criado para salvarte. ¿De qué te aprovecharía ganar todo el mundo, nadar en riquezas, honores y placeres, si al fin perdieces tu alma?... ¿De qué les aprovechó a los reyes y sabios y potentados toda su gloria mundana, si ahora padecen en el infierno?... Pondéralo bien, hijo mío: todo lo que ha hecho Dios y ha padecido mi Hijo Jesús, todo ha sido para que el hombre se salve. Todas las gracias, hijo mío de mi corazón, que dispenso yo a los hombres, es para que alcancen su salvación eterna: aquí van, hijo mío, mis deseos, mis votos, mis peticiones: que todos mis hijos se salven eternamente. Mas ¡ay dolor! que no todos se salvan, porque no quieren de veras, no quieren de todas veras salvarse; porque es difícil por haber sido concebidos en pecado y nacidos con inclinación al mal. La ignorancia, la concupiscencia, la debilidad y todas las miserias del alma y del cuerpo, que son la herencia de nuestros primeros padres; los escándalos, pecados, desórdenes y peligros arrastran a la perdición, y hasta de los mismos remedios que mi Hijo en su misericordia os preparó, abusáis para perderos muchas veces... para salvarte no necesitas oro ni plata, sino buena voluntad, hacerte violencia, vencerte; para salvarte no basta haber sido santo e inocente, sino es necesario perseverar hasta la muerte. ¡Ay!, ¡un solo pecado de pensamiento basta para perderte!, ¡cómo no tiembles, hijo mío!... ¿No es por ventura tu vida pasada una historia de caídas y recaídas en el pecado? ¿Por qué presumes salvarte? ¿Qué es tu estado presente? Tu vida futura, ¿qué será?... Es, por fin, hijo mío, este negocio irreparable. Si pierdes un pleito, si pierdes la salud, puedes recuperarla... mas, si te condenas, ¡oh! estás perdido, hijo

mío, por toda la eternidad. Si pierdes un ojo, un pie, una mano, te queda otro; pero el alma es una sola; y sola se salva o sola se condena. ¡Oh, qué terrible es, hijo mío, aquel momento último del que depende tu felicidad o desdicha eterna!... Vives tranquilo; mas dime: Si ahora murieses, ¿sabes si te salvarías?... Propón la enmienda de tu vida, invócame con confianza, porque ningún devoto mío se condena. Yo soy tu Madre, hijo mío, ámame, invócame, hónrame, y yo te ayudaré, yo te salvaré eternamente.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Madre mía de mi alma, las verdades que acabáis de recordarme han llenado de temor y espanto mi corazón. Solo el pensamiento de que es posible que me condene y no os vea ni alabe con Vos, mi Madre, en el cielo a mi Padre y Señor Jesucristo, me estremece y abate. ¿Es posible, oh hermoso cielo, que te pierda, y con esta pérdida toda mi felicidad eterna?... Es posible, sí, Madre mía, si miro a mi miseria, a mi inconstancia y flaqueza, pero no lo será si miro a vuestra bondad y poder. ¡Vida, dulzura y esperanza mía, Reina y Madre de misericordia! Desde ahora para entonces ya os invoco, Madre mía María, para que me asistáis en el último momento de mi vida, del que depende mi salvación. Ya clamo de corazón: Santa María, Madre de Dios y mía, ruega por mí, pecador, ahora y en la hora de mi muerte... ¡Y cuán consolado moriré y veré llegar este momento sabiendo que tengo a mi lado a una Madre tan bondadosa que me ama tanto como Vos, oh María! ¡Con cuánta seguridad y felicidad confío llegar a las playas eternas guiado por Vos, pasar de este valle de miserias y de lágrimas al paraíso de delicias, a la vida bienaventurada!... Vos sois mi Madre, oh María, que Dios me ha dado para que me asistáis en vida y me defendáis en la muerte. ¿Por ventura, Madre querida, me abandonaréis en el tiempo de mayor necesidad?... ¿De qué me serviría vuestra protección en toda mi vida, si dejabais de protegerme en el último momento de mayor necesidad? ¿Qué haría vuestro buen Hijo Jesús del cielo, si no lo daba a sus pobrecitas criaturas que somos vuestros hijos?... ¡Oh Madre de clemencia! Acordaos que jamás se ha oído decir, que ninguno de los que han acudido a vuestra protección y reclamado vuestro auxilio haya sido desatendido... ¿Seré yo por ventura el primero en desmentir con mi desgracia tan consoladora verdad para vuestros hijos y tan honrosa para Vos?... ¡Oh! no es posible. Yo pongo mi suerte eterna en vuestras manos; yo pongo mi causa y mi salvación en vuestro patrocinio de Madre de misericordia, y suspirando, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas y de miserias, digo que quiero salvarme, quiero de veras salvarme, quiero de todas veras salvarme, porque quiero veros y amaros y daros gracias en el cielo por vuestras bondades, y alabar en vuestra compañía a mi Dios y vuestro Dios. Vida, dulzura, esperanza y fortaleza nuestra, Madre mía María, salvadme, salvadme, salvadme eternamente...

Para mañana

Flor espiritual. Espero alcanzar la vida eterna con la gracia de Dios y mis buenas obras.

Fruto. ¡María, Madre mía! en todos los instantes de mi vida, os pido y os pediré la perseverancia y el aumento en el divino amor.

Aspiración. ¿De qué me aprovechará ganar todo el mundo si pierdo mi alma?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Ya no asombran los innumerables y prodigiosos cambios obrados por la intervención de María, desde que acaeció en nuestros días la conversión de Alfonso de Ratisbonne.

Viajaba por recreo este rico joven de Estrasburgo, a quien las esperanzas de su fortuna y los afectos de su corazón retenían en el judaísmo, si bien inclinado por sus costumbres a la indiferencia religiosa; pero las impresiones recibidas en Roma, que visitó de paso, casi a pesar suyo, avivaron todo su encono contra el catolicismo. Un piadoso caballero, recién convertido también, le suplicó que llevara colgada de su cuello una medalla de la Virgen *milagrosa*, y que rezara el *Memorare* de san Bernardo; condescendió el joven no sin burlarse, y su corazón continuó durante tres días empedernido y disipado. En 20 de enero de 1842 entró en la iglesia de san Andrés, para aguardar a su nuevo amigo; un cuarto de hora duró la ausencia de este, y al volver encontró a Ratisbonne bañado en lágrimas y fuera de sí. Postrado a los pies de un sacerdote, no pudo sino decir: “A poco rato de estar en la iglesia sobrecogiome una turbación inexplicable, desapareció a mis ojos el edificio, y en el fondo de una capilla aparecióseme cercada de resplandor la Virgen Madre, de pie sobre el altar, llena de majestad y dulzura, tal cual está en mi medalla: una fuerza irresistible me impelió hacia Ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase; Ella no me ha hablado, pero todo lo he comprendido”. En efecto, Ratisbonne se halló de improviso tan instruido y arraigado en la fe, que a los diez días pudo recibir el Bautismo, tomando el nombre de su celestial protectora; y renunciándolo todo entró poco después en la Compañía de Jesús.

*Oración final, **pág.***

DÍA SEXTO

Se empieza como en la *pág.*

La única cosa temible

María a sus hijos. Así como la cosa más preciosa para el hombre es la gracia de Dios, porque con ella es su amigo y heredero de su gloria eterna, así, hijo mío, no hay cosa más temible que el pecado, sobre todo el pecado mortal. He ahí, hijo mío, el monstruo más horrible que devora y destruye todo el bien del alma, y la hace infeliz en este mundo y en la eternidad. El pecado, sí, hijo mío, es el verdadero mal, el sumo mal, el único mal para ti; por esto es la única cosa que has de temer en este mundo... por desgracia, ¿has pecado alguna vez, hijo mío?... Pues sábetelo que en aquel momento intentaste destruir a Dios, tu mejor Padre, Criador y bienhechor; pisoteaste la sangre del Hijo de Dios y de nuevo le crucificaste; y con orgullo satánico le dijiste: “No quiero serviros, no quiero obedeceros”. Y ¿qué fruto sacaste de tus pecados, hijo mío?... Pecando perdiste la gracia y amistad de Dios, perdiste todo el mérito de tus buenas obras, perdiste el derecho a la herencia del cielo, quedaste esclavo de Satanás, y en peligro continuo de caer en el infierno. ¿Puede haber mayor desgracia y mayor mal?

Si estás en pecado, hijo mío, tienes por enemigo al mismo Dios, eres hijo del diablo, no puedes tener paz en tu conciencia. Si estás en pecado laceras, hijo mío, mi Corazón de Madre, lo traspasas con una espada de inmenso dolor... ¿Qué mal te ha hecho mi inocentísimo Hijo Jesús para que así le maltrates?... ¿Qué mal te he hecho yo, refugio

de pecadores, para que así me hieras con tus pecados?... ¡Pobrecito pecador, hijo de mis dolores! ¿Por qué no te conviertes y vives vida de gracia, vida del cielo, vida feliz?... ¿Qué temes?... ¿No soy yo la abogada de los pecadores?... Yo te defenderé en el tribunal de mi Hijo si te arrepientes. No peques más y serás feliz... Confiésate de todos tus pecados, que con esto darás un gran gozo a los ángeles del cielo y al Corazón de Jesús mi Hijo, y a mí que soy tu Madre que tanto te ama... No retardes en darme este gozo con tu sincera conversión. Conviértete, hijo mío: es para tu bien y felicidad... ten compasión de tu alma... Sal de tu mal estado, detesta tus culpas, y haz una buena confesión, y serás feliz... Mas si no estás en pecado, hijo mío, da gracias a Dios, pero sábetelo que estás en peligro de pecar siempre. Una violenta tentación, una ocasión peligrosa pueden hacerte pecar... Los ángeles pecaron en el cielo, Adán en el paraíso, Judas y Pedro en la compañía de mi Jesús... Vigilancia, pues, y oración continua debes tener, hijo mío, para que de un ángel, de un inocente, de un apóstol no vengas a parar a ser un demonio. Recuérdalo a menudo y tiembla, y repito, vigila y ora siempre para evitar el único mal, el sumo mal, el verdadero mal, la única cosa temible que es el pecado mortal.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Verdaderamente he de temblar, Madre mía, porque aunque por la misericordia del Señor y vuestra intercesión no esté en pecado grave, puedo a cada instante caer y perderme. Por eso los santos deseaban tanto salir de este destierro para no tener ocasión de pecar y perder a Dios. Por esto la seráfica Doctora santa Teresa de Jesús que moría porque no moría en deseos de ver a Dios, tenía gran consuelo al oír el reloj, porque era pasada una hora más de vida, y por lo mismo un tiempo en que ya no podía ofender a Dios. Mas ¡ay! Madre querida, que está tan muerta nuestra fe, tan relajada nuestra conciencia, tan perdidas las costumbres y tan olvidado el santo temor de Dios, que nos bebemos la maldad como el agua, y apenas hay día que no demos algún grave disgusto a vuestro Corazón maternal... ¡Cuántas murmuraciones!... ¡Cuántas irreverencias con Dios! ¡Qué olvido de la oración y de las verdades eternas! ¡Qué pocos deseos de los bienes eternos! ¡Cuánta codicia de los bienes terrenos! ¡Cómo nos desvivimos por los honores y placeres de la carne!

Familiarizados ya con esta vida medio pagana y medio o nada cristiana, oímos el nombre del pecado y nos reímos. Muchas veces hasta lo condenamos como escrúpulos de espíritus débiles... ¡Oh Virgen, concebida sin pecado, que magullaste la cabeza del dragón infernal, y siempre fuiste pura, inmaculada y sin mancha! inspira tal horror a mi alma a la vista del pecado, que me cause su sombra tan solo más temor, y huya con más prontitud de él que de la vista de la serpiente venenosa. ¡Oh!, ¡tener a mi Dios, mi Padre celestial y a Vos, mi santísima Madre, disgustados, es la mayor pena para mi corazón!... Antes prefiero todos los tormentos de esta vida y aun del infierno que cometer un solo pecado. Vos me lo enseñáis con vuestro ejemplo, Madre purísima, porque dispuesto estaba vuestro Corazón y hubiera preferido renunciar a la dignidad incomparable de Madre de Dios, que al privilegio de ser inmaculada o concebida sin pecado.

Por esto entre Vos y la serpiente infernal hubo siempre enemistades, porque jamás cometiste un solo pecado, ni original, ni actual, ni mortal, ni venial. Alcanzadme, pues,

a lo menos esta gracia, Madre querida, y es que de aquí en adelante no cometa jamás pecado alguno, a lo menos con advertencia, ni chico ni grande, porque siempre es cosa grande disgustar a tan buenos padres como sois Vos, Jesús y María, padres del alma mía. Sí, primero morir que pecar, primero perderlo todo que cometer una ofensa contra Dios...

Para mañana

Flor espiritual. Húndase el mundo antes que ofender a Jesucristo y a Vos, Madre querida.

Fruto. Haré cada día el cuarto de hora de oración por no caer en pecado. Rezaré cinco *Padre nuestros* a las llagas de Cristo, para que su sangre aproveche a los pecadores.

Aspiración. ¡Oh Virgen la más pura y la más hermosa sobre todos los coros de ángeles exaltada!... Yo os felicito.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Un hombre abrumado de crímenes y encenagado en los vicios entró en un templo para visitar a Nuestra Señora, a quien por recomendación de su piadosa mujer honraba con algunas prácticas, sin variar por esto de conducta. Mientras que sus labios rezaban el *Ave María*, maquinando en su interior un nuevo delito, representósele bañado en sangre el Niño que la santa efigie tenía en los brazos, y preguntando atónito quién era el autor de tamaña crueldad, le pareció oír esta respuesta: “Vosotros los pecadores, más inhumanos que sus verdugos”. -¡Oh Madre de misericordia! exclamó el pecador sollozando, y la Virgen repuso: “Llamadme más bien Madre de dolor y tristeza, por la que me causasteis con vuestras culpas”. Encomendósele con más fervor el penitente, y percibió entonces el misterioso coloquio que pasaba entre el Hijo y la Madre. Tres veces rogó esta a Jesús, y le respondió: “También Yo rogué en Getsemaní, y no fui escuchado por mi Padre”. Al fin María depone a su hijo sobre el altar, hace ademán de arrodillarse, y Jesús levantándola en sus brazos le otorga el perdón del pecador, que temblando aguardaba el éxito. “Acércate, le dijo; por amor de mi Madre te perdono, y en señal de amistad besa las llagas que me abriste”, y conforme las besaba iban cerrándose. Desapareció la visión, y el pecador salió santificado con el más penetrante arrepentimiento.

Ya que le hemos imitado en el pecado, imitémosle en el arrepentimiento, y consolaremos al Corazón de María.

Oración final, pag.

DÍA SÉPTIMO

Se empieza como en la *pág.*

La única cosa deseable

María a sus hijos. Una sola cosa, hijo mío, debe y puede tan solo apetecer tu corazón, y esta es el ser feliz para siempre, porque tu corazón ha sido criado para la felicidad.

Mas esta felicidad no puede hallarse en ese mundo donde los bienes están mezclados de males, donde todo se muda, donde nada dura mucho tiempo. Tú buscas ser feliz, hijo mío, en todas tus cosas, pero atiende bien, y considera que esta felicidad está solo en Dios que no se muda, en Dios que posee todos los bienes sin mezcla alguna de mal, en Dios que es eterno y ha criado tu corazón para descansar en Él. Ver, pues, a Dios, amar a Dios, gozar de Dios y alabar a Dios sin medida y sin reserva: he ahí, hijo mío, el único bien que desea y puede desear tu corazón. Y este sumo Bien en el cielo solo está su posesión. En la tierra solo puede haber un ensayo de esta perfecta felicidad que se halla en el servir, amar y padecer por Jesús; pero en el cielo se goza perfectamente, porque Dios se deja ver en la plenitud de su gloria. Todo lo que te gusta, hijo mío, está acá en el cielo. Día sin noche, luz sin tinieblas, música sin cansancio, compañía sin enojo, libertad sin limitación, salud sin enfermedad, sabiduría sin mezcla alguna de error, hermosura sin lunar, paz sin turbación, posesión de Dios perfecta, eterna; serán saciados, hijo mío, únicamente los senos inmensos de tu corazón, cuando apareciere sin velo la gloria de Dios. Cuidado, pues, hijo mío, que te apegues a cosa alguna de la tierra: arriba tu corazón, al cielo, al cielo. Aquí está tu patria, aquí tu palacio, aquí tu trono, tu palma, tu cetro, tu corona de gloria eterna. Aquí están tus padres y tus hermanos los ángeles y santos. Aquí estoy yo, tu Madre, que deseo darte un abrazo eterno y presentarte al eterno Padre para que corone y ciña tus sienes con diadema de gloria inmortal... Todo se pasa, hijo mío. Mira cuán presto se mudan las criaturas, y cuán poco hay que fiar de ellas, y así asirte bien de Dios que no se muda. Peregrino eres en ese mundo, desterrado estás en ese valle de lágrimas, rodeado te hallas de enemigos y de miserias, que todo son espinas que te punzan para obligarte a levantar tus ojos al cielo, y desapegar tu afecto de todo lo baladí y deleznable. Donde está tu tesoro debe estar tu corazón. Y Jesús y María son los únicos tesoros de tu alma, porque son y deben ser los amores supremos de tu corazón... Arriba, pues, hijo mío, al cielo tu corazón con Jesús, pensando, suspirando, pidiendo la felicidad perfecta que allí te aguarda... Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta al Dios de tu corazón y al Corazón de Dios. Exclama muy a menudo mirando al cielo: ¡Oh hermoso cielo, cuándo te poseeré con mi Jesús, María y José! Y empieza a vivir en la tierra la vida que has de vivir para siempre en el cielo; viendo a Dios por la fe, amándole, adorándole y alabándole con todo tu corazón y en todas tus obras. Amén.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Yo deseo ir al cielo, Madre querida, porque en el cielo estáis Vos con vuestro Hijo Jesús, que es la vida eterna de mi alma, y la felicidad perfecta de mis sentidos. Yo quiero ver a mi Dios, amarle, gozarle y alabarle eternamente, porque solo con la vista clara de la suma Verdad, y con el amor perfecto de la suma Bondad puede mi alma tener paz cumplida. ¡Oh Dios mío! ver sin enigma ni reserva a Vos, suma Verdad; amar con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas a Vos, infinita Bondad; alabar, ensalzar y glorificar a Vos, suprema Majestad, y esto eternamente..., y en compañía de mis más queridos amigos y hermanos, los ángeles y santos, y en compañía de Vos, Madre mía amabilísima, es la suma felicidad... Cosas gloriosas me han dicho de Ti, Ciudad de Dios, Paraíso del cielo, Jerusalén celestial, y mi alma desfallece al pensar en Ti, lugar de todas las delicias, donde he de poseer todos los bienes que puedo desear con exclusión perfecta del más mínimo de los males que puedo temer... ¡Oh cielo!, ¡oh hermoso cielo! única cosa deseable para mi corazón, ¿cuándo te poseeré? Permite que desde este destierro te

envíe un saludo, oh patria querida, un desterrado hijo de Eva, y que ha de ser luego tu habitante, porque soy hijo de María, hijo de Dios... Yo te saludo, palacio de Dios, donde ostenta con toda su magnificencia las grandezas y los resplandores de su infinita gloria. Bienaventurados tus poseedores, los que se hallan en ti. ¡Oh felices amadores de mi Dios, que os saciáis con la hartura de su gloria, coged agua para los que acá, pobres peregrinos, estamos muriendo de sed! Y en tanto dure este largo destierro, cantares de desterrado cantará mi corazón, saludando mi patria celestial diciéndole: Sácame de aquesta muerte, -mi Dios, y dame la vida, -no me tengas impedida – en este lazo tan fuerte. –Mira que muero por verte – y vivir sin ti no puedo. –Que muero porque no muero. Y en tanto llega ese día deseable, avivaré mi fe, y andaré en la presencia amorosa de mi Dios. Amaré a Dios en la persona de sus ministros, de los pobres, del prójimo. Adoraré a Dios escondido en el Santísimo Sacramento de nuestros altares. Alabaré su providencia en sus obras, en todo lo próspero o adverso que me envíe, y haré aquí de este destierro una antesala del cielo; un ensayo de *aquella vida de arriba, que es la vida verdadera*. Oh María, Madre mía, Reina de los cielos, ayudadme, sostenedme, alentadme en estos santos propósitos, y alcanzadme la perseverancia final...

Para mañana

Flor espiritual. ¡Oh cielo, hermoso cielo, patria querida, deseo pronto gozarte!

Fruto. Ya que en el cielo no puede entrar cosa manchada, pondré todos mis desvelos en evitar el pecado.

Aspiración. Aquella vida de arriba – es la vida verdadera. -¡Oh mi Dios!, ¿cuándo será, cuando yo diga de vero –Que muero porque no muero?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Por los años 1350 vivía en el convento de santo Domingo de la ciudad de Mallorca un novicio todavía niño, a quien se vistió el hábito lo mismo que a otros niños para reparar los vacíos que abriera en la comunidad una terrible pestilencia.

Con infantil candor aficionose a una imagen de la Virgen, y compadecido del tierno Jesús a quien nunca veía aplicar los labios al pecho de su madre, guardaba para él y le ofrecía a ocultas la mejor porción de su alimento. Animábase la estatua para premiar la ardiente fe del novicio, y Jesús desasiéndose de los maternos brazos, más de una vez aceptó visiblemente la sencilla ofrenda. Un día le habló ofreciéndose a devolverle el convite y a llevarle a la mesa de su Padre. Reservose el niño pedir licencia a su maestro, que oyendo el caso y penetrando los designios del cielo, le respondió: “Di al Hijo de la Virgen, que los novicios no acostumbran a salir del convento sin la compañía de su maestro. –Di, pues, a tu maestro, replicó Jesús al novicio que comunicó la respuesta, que se prepare para el próximo domingo, porque ambos seréis llamados a mi casa”. Y aquel domingo murieron juntamente el maestro y el novicio, cándida azucena trasplantada al cielo antes de empañar su gracia bautismal.

*Oración final, *pág.**

DÍA OCTAVO

Se empieza como en la pág.

¿Vendrás al cielo, hijo mío?

María a sus hijos. ¿Vendrás al cielo, hijo mío? O mejor, ¿quieres venir al cielo? Porque el venir al cielo depende, hijo mío, de tu voluntad principalmente, porque así como Dios Nuestro Señor no echa al infierno sino a los que quieren ir, así también en el cielo solo admite a los que quieren venir. Atiende bien, hijo mío, que solo hay dos caminos que conduzcan al cielo: el de la inocencia, o el de la penitencia. Para entrar en la Jerusalén celestial, hijo mío, es de absoluta necesidad presentarse con el vestido de etiqueta señalado por Dios; esto es, con el vestido blanco de la inocencia, o con el vestido rígido de la penitencia. ¿Dónde está tu inocencia, hijo mío?... ¡Ay dolor! Tal vez la has perdido sin conocerla, sin llorarla, y no contento con esto la has hecho perder a otros... ¡pobre inocencia! ¡La flor más admirable perdida para siempre, perdida por nada, perdida tan presto!... El camino de la inocencia está cerrado por ti, hijo mío, y solo te resta el de la penitencia para entrar en el cielo. “Si no hicieréis penitencia, te advierte mi Hijo Jesucristo, todos pereceréis”. ¿Has hecho penitencia de tus pecados, hijo mío? ¿Te has confesado bien de todos ellos? ¿Cuántos ayunos y mortificaciones has hecho para satisfacer a la divina Justicia?... ¿Amas las comodidades y regalos de la carne? ¿Huyes de la cruz y de los trabajos que el Señor te envía para purificarte, o los sufres con impaciencia?... Haz, hijo mío, de la necesidad virtud, créeme, pues mientras vives en este destierro, por necesidad has de padecer por más que resistas o huyas de la cruz. ¿Quieres tú entrar en el cielo, hijo mío?... Por el camino de la inocencia no puedes, porque la perdiste; por el camino de la penitencia no quieres, porque huyes de ella. ¿Cómo, pues, podrás entrar en el cielo, si no hay otro camino?... ¿En qué piensas?, ¿qué haces?, ¿qué resuelves hacer, hijo mío?... Toma mi consejo, hijo mío, consejo de una Madre, que sabes te ama con todo su corazón, y se interesa sobremanera por tu felicidad. En tanto que tienes tiempo, anda por el camino del cielo propio tuyo, cual es el de la penitencia. No importa hayas cometido los más horrendos pecados, arrepíentete, y yo, que soy el refugio de pecadores, te ayudaré, te confortaré... No desmayes... El pecar es de hombres; el no arrepentirse del pecado es de demonios... De todas las partes del mundo ¡oh cuánto te animarías si lo vieras como yo!, de todas las partes del mundo acuden a mí los más grandes pecadores, por mi intercesión se convierten, hacen penitencia y arrebatan el reino de los cielos, y muchos que se creen puestos en él, son excluidos fuera. San Agustín, María Magdalena, Egipciaca, Margarita de Cortona y cien mil otros fueron pecadores como tú, tal vez más que tú. Mas lloraron sus pecados, hicieron penitencia, y gozan hoy en mi compañía del reino de Dios... Conviértete, no lo retardes, date prisa, y da este gozo a mi Corazón, hijo mío, porque más gozo hay acá en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos. ¡Quién sabe cuán poco te resta de vida!

No desmayes por lo largo del padecer. Tal vez sin que hagas grande penitencia el Señor se satisfará de tu deseo. Y con esta poca penitencia ¿no querrás comprar el reino de los cielos?... Pues ¿por qué no lo haces? Si algún día te has de convertir y hacer penitencia, ¿por qué no ahora en este mes de Mayo, en este día?... Oh, hijo mío, da

este gozo a mi Corazón de Madre. Yo soy la Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza vuestra. Invócame con confianza, y yo te salvaré.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. He de confesar con dolor y rubor mi pecado, oh Madre querida, en vuestra presencia, por más que repugne a mi amor propio. Digo siempre que quiero ir al cielo, pero este querer no es verdadero. Es el querer del perezoso, que quiere, y no quiere si le ha de costar algún sacrificio. ¡Qué desatino! ¿Por ventura el cielo no es el mayor premio que puede alcanzar el hombre con todos sus desvelos? Pues ¿cómo quiero alcanzar yo el mejor premio sin grandes trabajos?, ¿sin querer de todas veras?... Mas, ¡ay de mí! el demonio y mi amor propio me han engañado, me han fascinado y me han adormecido en una falsa seguridad. Me han hecho creer que esta veleidad mía para salvarme era una verdadera voluntad; y venida la ocasión he descubierto que no era verdad. Porque el que quiere el fin, quiere los medios para alcanzarlo, y en la firmeza en aplicar los medios se conoce la verdad del querer de la voluntad. ¿Quieres ir al cielo, irás al cielo, me preguntáis con interés, Madre mía? Yo os digo que sí, que quiero ir al cielo, pero no os fiéis de mi voluntad enferma, flaca e inconstante, pues demasiadas veces os he engañado, y venida la prueba habéis podido comprender que se puede fiar muy poco o nada de mi miseria y flaqueza. No me dejéis, pues, Señora y Madre mía, María todopoderosa, porque si me dejáis en las manos de mi debilidad y de mi querer me perderé, y no llegaré a ir al cielo. Yo, Madre querida, en verdad, digo lo que siento; no quiero dejaros, sino crecer cada día más en vuestro amor, ¡pero soy tan poco firme en mis propósitos! ¡Mi voluntad es tan poco decidida y eficaz!... ¡Soy tan mudable y por ende tan miserable!... ¿Qué haré, pues, por fin, Madre mía? ¡Ah! dejar en vuestras manos mi suerte eterna, y suplicaros noche y día que tengáis piedad de mí, pobrecillo, desventurado y miserable pecador... Prefiero no presumir cosa alguna de mis fuerzas y arrojarme en los brazos de vuestra clemencia y pidiros no me dejéis hasta introducirme en el cielo, que no hacer grandes propósitos que después desvanece el viento de la contradicción. Conocéis, Madre mía, mi hechura y mi condición y mi miseria mejor que yo os lo pueda declarar; y pues, Madre eres, basta para con Vos el ver mi desamparo para que me remediéis. ¡Oh María! En Vos he puesto toda mi confianza de salvarme, espero que no seré jamás confundido... Amén.

Para mañana

Flor espiritual. ¿Cuándo os veré en el cielo, robadora de corazones?

Fruto. Rezaré doce *Ave Marías* para alcanzar la dicha de ver en el cielo a mi dulce Madre, María.

Aspiración. Vida, dulzura, esperanza mía sois, oh María. ¿Qué puedo temer?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

San Juan de la Cruz, modelo de recogimiento y de contemplación la más sublime, experimentó desde su infancia la milagrosa protección de María. Empleado a la edad de trece años en el servicio de un

hospital, cayó inadvertidamente en un pozo muy profundo; y mientras las gentes que acudieron lamentaban su desgracia creyéndole muerto, las tranquilizó la voz del muchacho bien clara y apacible, pidiéndoles una sogá para subir. Apareció Juan sin lesión alguna, y refirió que en el momento de caer, una bellísima Señora le hizo almohada de su vestido, y que bajando hasta el fondo del pozo, le mantuvo con la mano suspendido sobre el agua todo el tiempo que tardaron en socorrerle. Cobró afición al favorecido de la Virgen un caballero que le hizo cursar los estudios; y aquella vida tan portentosamente preservada fue un prodigio de austeridad y perfección, y gloria de la Orden Carmelita. En Teresa de Jesús encontró el Santo otra alma del temple de la suya, y ambos se aplicaron a la reforma de su Instituto, participando de igual espíritu, de una misma gloria y de unas mismas persecuciones. Durísimas las sufrió san Juan de la Cruz; pero las calumnias, las prisiones, los cuidados de su empresa no turbaron un instante el sosiego y la concentración de su espíritu, que en sus tratados místicos se revela tan dulce como elevado. La oración era su ejercicio más continuo, y María el objeto predilecto de su devoción, su auxilio en las necesidades, su consuelo en el desmayo, y el tema constante de sus predicaciones.

Oración final, pág.

DÍA NOVENO

Se empieza como en la pág.

La mayor desgracia

María a sus hijos. Si no sigues, hijo mío, el camino de la penitencia para llegar al cielo, ya que perdiste la inocencia, no te queda otro recurso que ir a parar en la mayor de las desgracias que es el infierno. Sí, hijo mío, si no te arrepientes y haces penitencia de tus pecados, no te queda otro recurso que la perdición eterna. ¿Ves aquel fuego devorador, encendido por la ira de Dios, sostenido por la leña de los pecados de los réprobos, atizado por el odio de las furias infernales?... ¿Ves aquel oscuro calabozo, lleno de fuego y de humo sempiterno, con todos los tormentos, todas las penas que la justicia de Dios preparó para castigo de los demonios?... Pues está preparado para ti si no te arrepientes y haces penitencia, pobrecito pecador. Tú que no puedes sufrir el calor de la llama de una vela, ¿cómo podrás habitar entre aquellos ardores sempiternos? Pues si no te enmiendas esa será tu habitación por toda la eternidad... Mas no es el fuego sempiterno, ni el suplicio eterno lo que constituye propiamente el infierno, hijo mío, y lo que lo hace espantable y el peor de los lugares, sino porque es el lugar único donde los que están en él no solo no aman a Dios, sino que no le pueden amar jamás.

No amar a Dios es la mayor desgracia de este mundo; no poder amar a Dios es la mayor desgracia de la eternidad, porque los tormentos del infierno, si en medio de ellos se pudiese amar a Dios, ya no serían tormentos del infierno.

Así lo dijo, hijo mío, el mismo demonio al preguntarle un alma santa quién era: *Yo soy, repuso, aquel infeliz que no puedo amar a Dios.* ¡Oh hijo mío! pondera seriamente esta palabra: yo, si voy al infierno, jamás podré amar a Dios, esto es, no solo no amaré a la suma Bondad, sino que ya no podré amarla jamás, y siendo creado para amar a Dios que es el centro de mis deseos, mi suma y única felicidad, jamás podré amarle... Este será el gusano que roerá sin cesar las entrañas del condenado: yo soy aquel infeliz que

no solo no amaré jamás a Dios, mi suma Bondad, sino que no podré ya amarle jamás. Infeliz de mí, preguntará, ¿dónde está mi Dios, mi bien, mi descanso, mi única felicidad?... Llamará a la muerte, y la muerte huirá de él, y rabiará, y se desesperará y penará para siempre, siempre, siempre. Pasarán millares de millones de años y aun habrá de empezar entonces la eternidad... Mientras Dios sea Dios no podrá amarle, porque no quiso aprovecharse de aquellas inspiraciones, de aquel sermón, de aquellas gracias, de este mes de Mayo... Y en tanto que el réprobo estará penando, sus compañeros, sus amigos, sus allegados estarán gozando de Dios en el cielo... y mientras el réprobo maldecirá de Dios y de sus santos, le alabarán en el cielo sus amigos y compañeros que se arrepintieron con tiempo... Mas ¿no tendrá un momento de reposo el réprobo en sus penas? No, jamás. ¿No podrá cerrar sus ojos por un cuarto de hora? ¿No podrá saborear una gota de agua para calmar su sed abrasadora? No, jamás, jamás, jamás... ¡Oh fuego!, ¡oh infierno!, ¡oh eternidad donde no se puede amar a Dios!... ¿Quién no te temerá? El que piensa seriamente estas verdades, hijo mío, y no se enmienda de vida y no teme, o no tiene fe o no tiene corazón. Trabaja con todo ahínco, hijo mío, para evitar la mayor desgracia. Mira que no puede haber bastante seguridad, donde peligre la feliz eternidad.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Qué pensamiento tan aterrador, Madre querida! ¿Es posible, es probable que yo no os ame, más aun, que no pueda amaros por toda la eternidad?... ¿Es posible que estos mis ojos no puedan ver la hermosura de vuestro rostro, ni mis oídos oír la dulzura de vuestra voz, ni mi boca pronunciar vuestras alabanzas, ni mis labios besar vuestras benditísimas manos, y dar gracias, formando coro con Vos, a la Beatísima Trinidad eternamente?... ¿Es posible que gima para siempre bajo el yugo despótico de Satanás, yo que he sido criado para gozar de las delicias de la libertad de los hijos de Dios en la gloria? ¿Es posible que aborrezca, maldiga, blasfeme por toda la eternidad, Madre querida, de Vos y de vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo?... Sí, alma mía, es posible por desgarrador que sea este pensamiento, porque es posible que mueras en pecado y te condenes eternamente, y experimentes esta tu mayor desgracia... No te forjes ilusiones con tu santidad pasada, ni con tu virtud presente, ni con los méritos de tus muchas buenas obras, alma mía, porque a cada instante puedes pecar, y otros mejores que tú se perdieron; y porque nadie sabe si es digno de amor o de odio... ¿Qué haré, pues, Madre mía, pues yo quiero a toda costa evitar mi mayor desgracia, mi única y verdadera desgracia cual es la condenación eterna?... Ya sé lo que he de hacer, y con vuestra gracia espero alcanzarlo...

Cerraré las puertas del abismo, la boca del infierno, y así no podré entrar ni caer en él. El pecado mortal y la ocasión de pecar, mi pasión mal mortificada, el dejar la oración y no acordarme de invocaros a Vos, oh María, en las tentaciones y peligros, he ahí, oh alma mía, lo que te puede condenar; pues por esto sobre todo yo quiero pedir sin cesar la santa perseverancia y el divino amor. Porque sé que vuestro Hijo Jesús, verdad infalible, me asegura que todo lo que le pida en su nombre me lo dará, con más razón y eficacia he de lograrlo pidiendo estas gracias acompañada de Vos, porque Vos sois, oh María, la omnipotencia suplicante, y no consentirá jamás la bondad de vuestro Hijo santísimo que sean desatendidas vuestras súplicas, que tienen fuerza de mandatos para su Corazón clementísimo. Solo deseo, pues, y os pido y os suplico que roguéis a

Jesús por mí, oh Madre de misericordia y abogada de pecadores, pues sabiendo que Vos rogáis por mí estaré tranquilo, porque puedo estar cierto de que evitaré mi mayor desgracia, y vendré a alabar y bendecir y cantar eternamente las misericordias del Señor en vuestra compañía en el cielo... Oh María, Madre de misericordia, rogad a Jesús por mí, vuestro hijo, pobrecito y miserable pecador.

Para mañana

Flor espiritual. Cuando venga vuestro Hijo Jesús a juzgarme no quiera condenarme, oh María.

Fruto. Cantaré el *Te Deum* al borde del abismo del infierno, porque por la misericordia del Señor y súplicas de María no estoy allí.

Aspiración. Yo siempre os amaré, Vos siempre me amaréis, Jesús, María y José.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

En exhortación a las madres, para que pongan a sus hijos en manos de María y les enseñen a ser fervorosos devotos suyos, el siguiente ejemplo les podrá servir mucho, excitándolas a que así lo practiquen especialmente en el mes a María consagrado. —Había una señora noble, si bien reducida a escasa fortuna, muy celosa en educar a dos hijas que tenía en el cumplimiento de sus deberes religiosos y en una tierna devoción a la Santísima Virgen. Oprimida y desconsolada un día por la pobreza en que se hallaba, tomó a sus dos hijas, y conduciéndolas a una iglesia delante de un altar de María, le dijo: “Reina de los Ángeles y Señora de los afligidos, aquí os traigo estas dos hijas mías vírgenes y puras, pues yo no tengo con qué sustentarlas. Todo el derecho que como madre suya poseo sobre ellas, os le doy, y así de hoy más han de correr por vuestra cuenta”. Dicho esto, tomó las manos de las doncellas y las juntó con las de la imagen de la Santísima Virgen en señal de donación. Volviéronse a su casa llenas de confianza madre e hijas, y apenas hubieron llegado, cuando se les presentó un mancebo que las venía a pagar una deuda considerable que desde muchos años tenía con el difunto jefe de aquella familia. Con tan inesperado socorro pudo la buena madre salir del ahogo en que se hallaba con sus hijas. Sin embargo, vino a amargar su placer una nueva tribulación. No faltaron algunos que sospecharon siniestramente al ver que había mejorado de suerte aquella familia. Su maledicencia llegó a oídos de la devota madre, que poniendo toda su confianza en quien ya la había socorrido una vez, enteró a sus hijas de lo que pasaba, añadiéndolas: “Hijas mías, id a vuestra Madre la Santísima Virgen; decidle lo que pasa, y suplicadle os libre de esta infamia”. Hiciéronlo así las fervorosas doncellas y efectivamente María volvió por su honra. Era un día en que estaba todo el pueblo reunido en la plaza con motivo de una fiesta que dedicaban a María, hallándose también allí la madre con sus dos hijas. De repente, viéndolo todos, se apareció un joven desconocido y en cuyo aire revelaba algo de sobrehumano, llevando en sus manos dos cestillas de rosas blancas. Acercose a las doncellas, y en alta voz les dijo: “Estas canastillas os envía la Virgen, vuestra Madre, en prenda de vuestra virginidad”. Dicho esto, desapareció. Atónito quedó el pueblo, y a voz en grito proclamó la milagrosa fineza de María.

Oración final, pág.

DÍA DÉCIMO

Se empieza como en la *pág.*

Peores que los demonios

María a sus hijos. Si, hijo mío, peores que los demonios son los escandalosos, porque son sus agentes de perdición de las almas, más activos, más eficaces, más universales. Son peores que los mismos demonios, porque no contentos con perderse a sí propios arrastran a la perdición eterna a innumerables almas. Pondera, hijo mío, cuánto cuesta un alma a mi Hijo Jesús, con cuántos trabajos y dolores la compró, con su sangre y su vida la redimió. Pues el escandaloso roba esta alma a Cristo, y hace inútil su Pasión y muerte, y amarga su corazón como por risa... Peor que el demonio, que es homicida de las almas desde el principio, es el escandaloso en todo tiempo y en todas sus cosas: miradas, acciones, palabras, chanzas, risas, todo son armas en sus manos para matar a traición a las pobres almas. ¡Qué iniquidad!, ¡qué malicia!, ¡qué perversidad!... Mas, no para aquí el abismo insondable de maldad del escandaloso. Si por desgracia, hijo mío, cometiste algún pecado de escándalo, el pecado que hiciste cometer a otro es tuyo: y todos los pecados que esta persona comete después y que tienen por origen tu mal consejo o ejemplo, son tuyos también... Mas, no para aquí: esta persona que escandalizaste viene a ser maestra del mismo pecado con otras, y estas con otras también. Pues bien, toda esta cadena de pecados, y de escándalos sin cuento, que tal vez se perpetuará hasta el fin del mundo con una espantosa ruina de innumerables almas, todos son pecados tuyos; de todos serás culpable ante el tribunal de Dios, porque todos reconocen por su principio tus escándalos. ¡Oh qué gran responsabilidad de pecados!... ¿has cometido por desgracia algún pecado de escándalo, hijo mío? Pues sábetete que tienes contraída una deuda inmensa para con Dios, mi Hijo Jesucristo... Si todos los tesoros del mundo hubieses robado a mi Hijo Jesús, ¿cómo podrías devolvérselos?... Pues sábetete que vale inmensamente más una alma que con tus escándalos le robaste; porque vale el precio infinito de su sangre. Y no una sola alma, sino muchas, innumerables le robaste, oh escandaloso, con tus pecados, y las arrancaste de su Corazón, y las entregaste a su enemigo el demonio... ¡Qué pena tan inmensa causaste con tu pecado al Corazón de Cristo Jesús mi Hijo!... ¡Qué gusto tan grande diste al demonio!... Me preguntarás asombrado: ¿qué remedio hay para mis pecados de escándalo? ¿Qué remedio? solo uno, hijo mío. ¿Has robado a Cristo Jesús alguna alma? pues procura ganarle otras. ¿Has empleado tu lengua, tus consejos para matar alguna alma? Debes emplearlos para darle la vida. Tus malos ejemplos fueron la causa de la ruina de alguna alma. Pues tus buenos ejemplos deben ser una retractación de tu pecado y la causa de edificación de tu prójimo. Y sobre todo debes orar por la conversión de los pecadores por obligación, no solo de caridad, sino de justicia... Debes orar por los escandalosos, por los que arrebatan más almas a Cristo; y a la oración unir tus sacrificios, hasta el de tu vida si necesario fuere... Si así lo haces, puedes, hijo mío, tener confianza de alcanzar perdón de tus enormes pecados de escándalo. Conviértete, y teme sobre todo pecado este pecado, porque es el que más almas arrebató a mi Hijo Jesús y las pierde eternamente. ¡Ay del mundo por los escándalos!... Más le valiera al escandaloso que le atasen una muela de molino al cuello y lo arrojasen en lo profundo del mar.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Nunca creí, Madre querida, fuese tan grave el pecado de escándalo y tantas almas arrastrase a la perdición eterna. ¡Cuántos

pecados habré hecho en mi juventud y en el cumplimiento de mis obligaciones que habrán escandalizado a mi prójimo y le habrán causado su ruina espiritual!... Con mis miradas, con mis palabras, con mis risas, con mi modo de vestir, con mis obras... ¡oh Madre querida! ahora lo considero y comprendo, he sido uno de los agentes de Satanás más activos. Alma mía, ¿no te bastaban tus pecados que intentaste multiplicarlos con los de tus prójimos? ¡A cuántas almas inocentes abrí los ojos a la maldad y pervertí! ¡Cuántas tal vez están ya ardiendo en el infierno por mis pecados y ya no tendrán remedio en su ruina!... Madre mía, ¡qué he hecho!, ¡tanto que ha costado a vuestro Hijo Jesús y a Vos salvar las almas, y tan poco que me ha costado a mí con mis escándalos perderlas! ¡Qué pena tan inmensa he derramado en vuestro maternal Corazón!... Y ¿qué provecho he sacado yo de la ruina espiritual de tantas almas? ¡Ay! he formado coro con Satanás, y peor que él, sí, he sido; pues más almas os he arrebatado yo con mis malos ejemplos que no él con todas sus sugerencias. Si la sangre de estas almas clama venganza ante el trono de la divina justicia; si vuestro Hijo justísimo ha de pedirme cuenta de su sangre; si ha de exigirme según la ley del talión alma por alma, ¿qué remedio hay para mí, Madre de clemencia?... Solo puedo invocar su misericordia y arrojarme a vuestra clemencia, oh abogada y refugio de pecadores, rogándoos con las lágrimas del corazón que detengáis la ira divina justamente irritada por mis escándalos, y me dé tiempo para hacer penitencia de mis enormes pecados, y gracia eficaz para ganar miles de almas por cada una que le perdí... Desesperado es mi estado, Virgen benditísima, pero también sé que Vos sois la abogada de las causas desesperadas, y que en las cosas más dificultosas es donde brilla mejor vuestro inmenso poder y clemencia... Hacedme santo, ejemplar en todo, Madre querida, para que donde abundó el delito sobreabunde la gracia, y sea mi conversión un monumento el más glorioso de vuestra inefable misericordia... Madre de misericordia, rogad a Jesús por mí para que me perdone y me salve, salvándole infinitas almas. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Deseo Jesús mío, salvaros infinitas almas con mi vida.

Fruto. Guardaré las reglas de modestia con todo cuidado, y rezaré el *Via Crucis* por la conversión de los escandalosos.

Aspiración. ¡Oh Madre del Salvador! salvad al escandaloso pecador.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

La dignidad de Madre de Dios concedida a una pura criatura pareció una cosa tan sublime, que muchos herejes tuvieron la osadía de negársela a la Santísima Virgen. El primero que se declaró enemigo del título glorioso de la Maternidad divina fue Nestorio: muy pronto veremos cómo fue castigado por su impiedad. La primera vez que los fieles oyeron predicar en la iglesia de Constantinopla que María no era Madre de Dios, huyeron indignados contra el que profería semejante blasfemia. Este error se esparció por todas partes, y por todas partes llevó la alarma. San Celestino, Sumo Pontífice, tuvo muy pronto noticia de todo. ¿Qué hará este supremo jefe de la Iglesia viendo atacada la gloria de María? Él sabe que María es, después de Jesucristo, la columna de la Iglesia, de la cual Él es el primer Pastor; también comprende fácilmente cuánto importa destruir en su principio un error tan pernicioso; sin pérdida de tiempo convoca un Concilio en Efeso para juzgar la causa de Nestorio. Los obispos se reúnen allí de

todas partes; se da al Concilio toda la celebridad que parece exigir el privilegio de Madre de Dios que se defiende.

En medio de la iglesia, sobre un elevado trono, son puestos los Santos Evangelios. Ellos representan la asistencia del Espíritu Santo. Los obispos, en número de doscientos, se colocan a los dos costados, según la dignidad de sus Sillas. Como Nestorio no quiso comparecer, se examinó su doctrina en sus escritos. Después de haberla leído, gritaron todos. “¡Anatema, anatema a este error impío!” Y el Concilio declaró solemnemente, que María es en realidad Madre de Dios. Era un espectáculo digno de admiración ver en qué estado se hallaba la ciudad de Efeso, mientras se deliberaba sobre la causa de María. Los fieles, casi todos en oración, pedían a Dios fuese el protector de una causa tan justa: todos aguardaban con una santa impaciencia la decisión del Concilio. En el momento que oyeron que el Concilio había declarado que María es verdaderamente Madre de Dios, y que debe ser llamada así por todos los cristianos, entonaron mil cánticos de alegría, con los que hicieron resonar los aires; las ventanas de las casas fueron iluminadas con un prodigioso número de luces, en señal de regocijo: cada cual se apresuraba a postrarse delante de los Padres para felicitarles, y muchos, con incensarios en las manos, les ofrecían incienso: no sabían cómo bendecir a estos gloriosos Pontífices. Unidos a ellos, y con la más viva alegría, cantan el *Te Deum laudamus*, para dar gracias a Dios por la victoria que María acaba de conseguir de su enemigo. Estos santos obispos, deseando que todo el mundo quedase instruido de su decisión a favor de la Maternidad divina, añadieron a la salutación del Ángel estas palabras: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis, peccatoribus, nunc et in hora mortis nostrae. Amen*. Ved cómo Dios hizo que este error sirviese para la gloria de María. Por un miserable que tuvo la osadía de negar a María el glorioso privilegio de Madre de Dios, hay todos los días millares de personas que, postradas a sus pies con humildad, le dan este glorioso título, diciéndole con delicias inefables: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte: *Sancta Maria, Mater Dei*, etc.

En cuanto a Nestorio, fue tratado como mereció. No queriendo de modo alguno abjurar sus errores, fue desterrado al desierto de Osais, en donde comenzó a padecer los tormentos del infierno; porque su lengua, que había blasfemado contra la Madre de Dios, se pudrió dentro de su boca, y fue comida por los gusanos, viviendo todavía: sirva este castigo para darnos una idea del odio implacable que Dios tiene a los enemigos de María que con sus doctrinas escandalosas quieren arrastrar las almas a la perdición eterna.

Oración final, pág.

DÍA UNDÉCIMO

Se empieza como en la pág.

El mejor consejero

María a sus hijos. El mejor consejero de toda la vida, fiel e incorruptible, hijo mío, es el recuerdo de la muerte. Dios amenazó a Adán con la muerte si comía del fruto prohibido. Lo comió, y murió él y toda su descendencia. Morirás tú, hijo mío: que quieras, que no quieras, que seas viejo o joven, rico o pobre, sabio o ignorante, robusto o débil, que cuides o descuides tu salud, morirás por fin... Mi Hijo Jesús, Dios y hombre verdadero, murió; yo, María, su Madre, concebida sin pecado, morí también, y tú y todos moriréis: es esta una verdad que no necesita de la fe para creerse, porque cada uno la ve por sus propios ojos. La muerte es una pena, es un castigo del pecado, y es a la vez un remedio contra todos los males del alma, esto es, el pecado, y es la mejor consejera para la juventud, para no pecar jamás. Si cuando vas a hacer alguna cosa piensas en la muerte, de seguro que no pecarás... La muerte os separa de todas

las cosas del mundo. Nudos vinisteis al mundo, nudos saldréis de él. La muerte os separa de amigos, de parientes, de padres: os separa el alma de su mismo cuerpo, y os arroja al mar de la eternidad. El cuerpo habitará en el sepulcro con los gusanos, el alma irá a la casa de su eternidad... Mas, ¿dónde morirás tú, hijo mío?, ¿en casa, en el campo, en la calle, en el lecho? ¿Cómo morirás?, ¿de desgracia, de fiebre lenta, de repente, en pecado o en gracia? ¿Cuándo morirás? ¿Hoy, mañana, en este mes, año, o dentro de algunos años?... todo esto te es incierto, hijo mío: solo sabes, porque mi Hijo te lo asegura, que la muerte vendrá como ladrón, cuando menos lo pienses, para que con esta incertidumbre siempre vivas bien preparado.

La muerte es el eco de la vida; el árbol cae siempre a la parte que se inclina. Dime con sinceridad, hijo mío de mi alma, ¿si ahora murieses, entregarías tu alma en manos de tu Dios que la ha creado, o en manos del demonio que te ha seducido?... ¿Serás en tu muerte consolado con la memoria de tus buenas obras, o desesperado por el recuerdo de tus pecados?... ¿Pronunciarás con devoción los nombres dulcísimos de Jesús, María y José, o maldecirás de sus bondades?

Esta incertidumbre, hijo mío, es lo que hace más espantable el paso de la muerte. Toma, pues, mi consejo, hijo mío. Acostúmbrate a pensar en la muerte, y vive como si a cada instante hubieses de morir. Desapega tu corazón de todo afecto desordenado. Pregúntate cuando quieras hacer alguna cosa: ¿Pensaría esto, diría o haría esto si luego hubiese de morir? Haz ahora lo que quisieras haber hecho cuando mueras. Toma, hijo mío, consejo de la muerte en todas tus obras; acuérdate de ella y nunca jamás pecarás, y tu muerte será feliz en mis brazos. Es la mejor consejera que nunca engaña, ni adula, ni miente. Óyela siempre.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. He de morir: ¡qué noticia tan fausta y alegre para los que están en gracia y amistad de Dios! ¡Qué anuncio tan triste y terrible para los que están en pecado, o no tienen bien preparada su cuenta de conciencia!... Verdaderamente, Madre querida, no ha de haber cosa más dulce y suave en esta vida que morir en vuestros brazos, en los brazos de tan tierna y bondadosa madre, e invocando los nombres de Jesús, María y José... Yo he visto morir a personas buenas, hijas muy devotas vuestras, y verdaderamente era envidiable su muerte. En paz con Dios, con su conciencia y con su prójimo, nada les apenaba en aquellos últimos momentos, ni el recuerdo de su pasado que habían llorado ya y satisfecho a la divina justicia con sus penitencias, ni el estado presente porque nada les remordía la conciencia, ni lo porvenir que deseaban con ansia para entrar en el gozo de su Señor. Venga ya la dulce muerte, cantaban, venga el morir muy ligero, -que muero porque no muero... Mas ¡ay! las almas pecadoras ¡qué tristes, qué inquietas, que despavoridas se las veía en aquella hora! Parecía empezaban a gustar las amargas de los réprobos... ¡Oh Madre de la eterna vida! muera yo la muerte de los justos; esta es la única cosa deseable de este destierro miserable; esta es la gracia que os pido con más insistencia y fervor. ¡Oh qué dicha dormirme en los brazos de vuestra misericordia, Madre mía, para despertar en la gloria, recibiendo un eterno abrazo de mi Padre celestial, que es Dios!... Bien merece esta gracia, corona de todas las gracias, que yo trabaje y padezca, y no descanse en esta vida para alcanzarla, pues lo que mucho vale mucho ha de costar... Oh dulcísima María, Madre mía muy amada, quiero mudar de vida, quiero

cumplir con toda fidelidad con mis deberes para con Dios, con el prójimo y conmigo mismo. Quiero con mi vida santa más bien desear la muerte que temerla. Ante todo pongo toda mi esperanza en la divina sangre de Jesucristo, y después en vuestra intercesión poderosa, porque sé que ningún devoto vuestro puede tener mala muerte... Ea, pues, Madre querida, llegue en paz la hora en que yo muera, para que pueda veros con vuestro Hijo Jesús, fruto bendito de vuestro vientre virginal.

Para mañana

Flor espiritual. Muerte do el vivir se alcanza. –No te tardes que te espero, -que muero porque no muero.

Fruto. Rezaré el Santo rosario repitiendo con especial devoción: Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

Aspiración. Oh Madre de la eterna vida, ¿cuándo viviré con Vos y mi Dios en aquella vida de arriba, que es la vida verdadera?

Acordaos, etc., pág.

EJEMPLO

El hecho siguiente demostrará cuánto gusto tiene María en recompensar las cosas más pequeñas que se hacen por su amor. En el año 1604 se hallaban en una ciudad de Flandes dos estudiantes; los cuales en vez de aplicarse al cumplimiento de sus deberes, no se ocupaban sino en placeres y desórdenes. Una tarde que habían ido juntos a comer en casa de una persona de mala vida, el uno de ellos, llamado Ricardo, se levantó de la mesa, y dejando allá a su compañero, se volvió a su casa. Estando ya desnudo para acostarse, le vino a la memoria que había olvidado rezar algunas *Ave Marías*, que acostumbraba decir todos los días: como estaba turbado del sueño, sentía repugnancia en cumplir esta práctica; sin embargo, haciéndose violencia, rezó sus *Ave Marías*, aunque sin devoción y medio dormido, y se acostó. Después del primer sueño se despertó sobresaltado por sentir fuertes golpes a la puerta de su habitación: de repente se abrió la puerta por sí misma, y se vio entrar... ¿a quién? a su compañero, pero desfigurado, pálido y de un aspecto tan horrible, que no podía mirarle sin estremecerse. “Ricardo, le dijo la visión, ¿no me conoces? -¡Qué!, respondió Ricardo, ¿eres tú?, ¿mas cómo te veo mudado? tú pareces un demonio. -¡Desgraciado de mí! exclamó este infeliz; ¡yo estoy condenado! Al salir del infame lugar donde había cenado contigo, un demonio se acercó a mí, y me ha quitado la vida: mi cuerpo muerto está tendido en medio de la calle, y mi alma está sepultada en el fuego del infierno. Sabe, añadió, que tenías preparado el mismo castigo; pero la bienaventurada Virgen María te libró por aquellas *Ave Marías* que dijiste antes de acostarte: ¡dichoso si sabes aprovechar la advertencia que te da por mi boca!”. Diciendo estas palabras, el condenado entreabrió sus vestidos, dejó ver las llamas que le consumían y las serpientes que le devoraban; después de lo cual desapareció. Entonces Ricardo, todo despavorido e hiriéndose el pecho, se postró con el rostro pegado a la tierra, para dar gracias a María, su libertadora; y mientras reflexionaba sobre lo que debía hacer para mudar de vida, oyó tocar a *Maitines* en el convento de san Francisco. “Allá es, dijo, a donde Dios me llama”. Se levantó al momento, y fue a golpear la puerta del monasterio, en donde pidió ser admitido. Los padres que le conocían, pusieron desde luego alguna dificultad. Ricardo les cuenta la aparición; y dos religiosos son enviados a asegurarse del hecho, y efectivamente hallan en el lugar indicado el cadáver del compañero de este joven, tendido en tierra y negro como un carbón. Ricardo fue al punto admitido, y llegó a ser un modelo de todas las virtudes. Después pasó a las Indias para llevar allá la fe, de allí al Japón, y en este país tuvo la dicha de terminar su vida por un glorioso martirio. Este ejemplo nos enseña con cuánta fidelidad debemos cumplir las prácticas de devoción a que nos hemos obligado para honrar a María.

Oración final, pág.

DÍA DUODÉCIMO

Se empieza como en la pág.

Vanidad del mundo. Todo se pasa.

María a sus hijos. Todas las criaturas, hijo mío, las ha hecho mi Hijo Jesús para tu servicio, utilidad o regalo: tú eres el rey de la creación, y todas las cosas te están sujetas, hasta tus apetitos, para que los domines, y te sirvas de todas las cosas como de ayuda o escalones para subir a Dios y elevar tu alma... No consientas, pues, hijo mío, en manera alguna que sea esclava de nadie tu voluntad, sino de mi Jesús, que la compró con su sangre... Tú eres el rey de la creación, has nacido para reinar y sujetar bajo tus pies todas las cosas criadas y muy en particular tus desordenadas pasiones... ¡Oh qué cosa tan fea y repugnante es ver a un rey destronado y sujeto a los caprichos de un esclavo por haber perdido su dignidad y su mando! Por eso no apegues tu corazón a cosa alguna; porque no son dignas de tu amor, sino en cuanto te ayuden para salvarte: todo es vanidad lo que no sirve para la eternidad... Vanidad de vanidades y aflicción de espíritu son todas las cosas de este mundo, hijo mío, menos el servir y amar a Dios solo... Dime, hijo mío, ¿qué fruto has sacado de todas las cosas criadas que has amado con desordenado afecto? ¿Qué recuerdo te queda de todos los días pasados lejos de la casa y servicio de tu Padre celestial, sino el remordimiento, la pena, el vacío del corazón?... Tu alma inmortal, hijo mío, es un suspiro del Corazón de Dios, y como la paloma de Noé, solo en la mansión del arca de este Corazón divino puede hallar descanso y lugar seguro y apacible... Aunque otra vanidad no tuvieran todas las criaturas, que el mudarse continuamente, sería ya una de las mayores... ¿No ves cómo todo te advierte y te clama: que todo se pasa? Pasaron ya los años de tu vida más preciosos, pasó tu edad florida, y solo te resta el sepulcro. Pasaron los días alegres y los días tristes, los placeres y los trabajos, y te queda solo de todo lo de este mundo un recuerdo alegre, si empleaste bien el tiempo; un recuerdo triste, desgarrador, si lo empleaste mal. Todo se pasa, hijo mío, todo se pasa... ¿Qué cosa más alegre que este florido mes de Mayo, que la piedad de los fieles me ha consagrado a mí, como Reina del hermoso amor? Pues también pasa, hijo mío, y luego solo te quedará un recuerdo dulcísimo, si lo pasaste con provecho, o un remordimiento cruel, si no te aprovechaste bien... Y tras el florido Mayo vendrá el ardoroso estío y el helado invierno, y hasta la naturaleza perderá sus más ricas galas para recordarte la caducidad y mutabilidad de las cosas criadas, la vanidad del mundo, la rigidez de la muerte. Todo se pasa, y tú pasas también con todas las cosas criadas, y te vas acercando al sepulcro, a la entrada de la casa de tu eternidad. Feliz tú, hijo mío, si sabes ganarte la verdadera vida con el desprecio de las vanidades mundanales... Todo es vanidad lo que no sirve para la eternidad... Todo se pasa, menos el mérito de las obras buenas, con las cuales has de alcanzar la posesión eterna de Dios, que no pasa jamás ni se muda. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Qué verdad tan consoladora es, Madre querida, la que acabáis de recordarme: todo se pasa, todo es vanidad, nada

merece mi aprecio sino lo que me ayuda a alcanzar la eternidad feliz!... Mas yo, a pesar que veo por vista de ojos esta verdad de continuo, nunca me desengañó, y me apegó a todas las criaturas como si fuesen mi último fin, o pudiesen labrar mi felicidad; y al ver que solo me dan desengaños, mi voluntad se queja y se fastidia del trato de los hombres, de la inconstancia de las cosas criadas. Me olvido con harta frecuencia que soy peregrino en este valle de lágrimas, que estoy desterrado en este mundo, y que mi patria es la eternidad de la gloria; que no tengo acá ciudad permanente, sino que voy en busca de la que está por venir. Por esto todo me cansa, todo me fatiga, todo me atormenta; no hay descanso que no me canse, porque me veo ausente del verdadero descanso, que es mi Dios... Ahora reconozco, Madre mía, que todos mis defectos y el apego que tengo a los bienes terrenos provienen de la falta de fe; porque si creyese yo vivamente que pronto ha de venir un día en que todo lo hemos de dejar de grado o por fuerza, conocería que todas las grandezas terrenas no son más que humo, y vanidad y engaño que no merecen el aprecio de un alma inmortal. Mas ahora, peores que niños, nos dejamos ilusionar por los juegos presentes, y nos olvidamos de la eternidad, como si siempre hubiésemos de vivir y nunca hubiésemos de morir... ¡Oh Madre de la eterna sabiduría! ya que un día he de dejar por fuerza todas las cosas de este mundo y hasta mi mismo cuerpo, quiero ahora dejarlo todo con el afecto, para que entonces me sea de mérito esta terrible e inevitable separación, y no me sea tan costosa cuando haya de dejarla en el efecto. No quiero ser esclavo de las cosas de las que debo ser amo y señor. En mi alma y en mis afectos nadie ha de mandar más que Dios. Por esto digo ahora ya como protesta de la vanidad del mundo: Solo Dios basta. ¡Dios mío y todas las cosas!... Se acaba la vida del hombre, y la gloria del mundo es como la flor del heno. No quiero servir a señores ni a cosas que se puedan acabar. ¡Oh deleite mío, Señor de todo lo criado y Dios mío! ¿Hasta cuándo esperaré vuestra presencia? ¿Qué remedio dais a quien tan poco tiene de la tierra para tener algún descanso fuera de Vos? ¡Oh vida larga!, ¡oh vida penosa!, ¡oh vida que no se vive!, ¡oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio!... ¿Qué puede consolarte, alma mía, en este tempestuoso mar? Deja hacerse la voluntad de Dios: vive y espera en su misericordia, que remediará tu pena: no quieras gozar ni padecer, sino hacer la voluntad de Dios en todo. Sírvaos yo siempre, Jesús y María, y haced de mí lo que quisiéredes.

Para mañana

Flor espiritual. Todo es vanidad lo que no sirve para la eternidad.

Fruto. Repetiré tres veces: Oh Jesús, oh María, ame solo por Vos todas las cosas el alma mía.

Aspiración. ¡Jesús mío y todas las cosas! o amarte o morir.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

En las crónicas de los Padres Capuchinos se refiere que en Venecia había un célebre abogado, el cual con fraudes y malas artes se había enriquecido, por lo que vivía en mal estado. No practicaba tal vez otra obra buena sino rezar cada día cierta oración a la Santísima Virgen. Y realmente esta leve devoción le valió para librarse de la muerte eterna por la misericordia de María. He aquí como sucedió: por fortuna

contrajo amistad este abogado con el P. Fr. Mateo de Baso, y tanto le instó para que un día fuese el padre a comer a su casa, que finalmente este le complació. Luego de haber llegado a ella le dijo el abogado: “Ahora, padre, quiero enseñar a usted una cosa que jamás habrá visto. Tengo una mona admirable que me sirve como un criado: lava los vasos, pone la mesa y abre la puerta. –Cuidado, respondió el padre, no sea esto más que mona: hágala usted venir acá”. Llamaron a la mona, vuelven a llamarla, la buscan por todas partes y ella no aparecía. Finalmente la encuentran escondida bajo de una cama en un rincón de la casa; pero el animal no quería salir de allí. “Ea, pues, dijo entonces el religioso, vamos nosotros a buscarla”; y llegando juntamente con el abogado a donde la mona estaba: “Bestia infernal, dijo, sal fuera, y de parte de Dios te mando que manifiestes quién eres”. Y he aquí que la mona responde que era el demonio, y que estaba esperando que aquel pecador hubiese dejado de decir algún día su acostumbrada oración a la Madre de Dios, porque a la primera vez que hubiese dejado de rezarla, él tenía licencia de Dios para ahogarle y llevárselo al infierno. Al oír tal aviso, el pobre abogado se arrojó a los pies del siervo de Dios, pidiéndole auxilio, y este le animó, y mandó al demonio que saliese de aquella casa sin hacer daño. “Solo te doy licencia, le dijo, para que en señal de haber salido, rompas una pared de este edificio”. Apenas había pronunciado estas palabras, apareció con súbito estruendo una hendidura en la pared que, aunque tapiada a cal y canto repetidas veces, quiso Dios quedase descubierta por mucho tiempo, hasta que por consejo del siervo de Dios se colocó en ella un mármol con la figura de un ángel. El abogado se convirtió, y confiamos que de allí en adelante perseverase en la mudanza de vida hasta la muerte.

Oración final, pág

DÍA DECIMOTERCERO

Se empieza como en la pág.

Alerta, hijo mío.

María a sus hijos. Una de las voces que se os ha de dar con más frecuencia a todos los hijos de Adán es la voz de alerta, porque sois tan necios y presumidos, que no os paráis, ni os persuadís que estáis cercados de enemigos poderosos, astutos y rabiosos, que, como león rugiente, andan de día y de noche a vuestro alrededor sin parar para devoraros. No acabáis de creer ni de persuadiros que esa vida no es la verdadera vida; que ese mundo no es vuestra patria, sino que es un valle de lágrimas, un destierro; que sois peregrinos, viajeros que os encamináis a vuestra casa de la eternidad cercados por todas partes de ladrones que quieren perderos. No os penetráis bien, hijo mío, que el mundo es un impostor, que todo está puesto en el maligno, y que está todo lleno de lazos, de redes, de cadenas, de armas para aprisionar, herir y matar a la pobrecita alma; y que a los encantos fascinadores del mundo le presta mayor fuerza vuestra inclinación al mal, la yesca de pecado que tenéis en vosotros por el pecado de Adán, y la malicia y astucia del demonio que de todo se vale, hasta de lo más santo y sagrado, para perderos eternamente... Medita, pues, hijo mío, estas verdades, y prepara tu alma para la tentación, porque el demonio y el mundo, así que te reconozcan por verdadero devoto mío, moverán todo el infierno y toda la tierra para hacerte retroceder de tu santa empresa. La vida del cristiano sobre la tierra, hijo mío, es una continua guerra... El reino de los cielos padece violencia, y solo los que se la hacen lo arrebatan... Nadie será coronado sino aquel que legítimamente peleara... El cielo es un reino, un trono, una corona, una palma... que a nadie se da sino al que se la gana con sus buenas obras... Es menester, pues, luchar, hijo mío, vencerse, y vencer siempre a

los enemigos de vuestra alma; es menester pelear varonilmente para alcanzar el reino de los cielos, que no se da a los poltrones, ni a los malos... Para vencerte a ti mismo, hijo mío, que eres el principal enemigo de tu bien eterno, y para ser vencedor de tus encarnizados enemigos el mundo y el demonio, es de todo punto indispensable vigilar y orar. “Vigilad y orad, repetía mi Hijo Jesús a todos, vigilad y orad para no caer en la tentación...” Lo mismo te repito, hijo mío, si no quieres perderte: Alerta: vigilancia y oración, vigilancia y oración para salir victorioso de todos tus enemigos... Vigila sobre todo tu corazón: haz examen de previsión por la mañana, y pregúntate: ¿Qué he de hacer hoy; cómo lo debo hacer?... Al dar las horas y en cada obra examina tu conciencia, invócame, y yo te ayudaré. Trae examen particular de conciencia acerca de tu pasión dominante, y examínate al mediodía y noche para ver cómo has cumplido tus propósitos; da gracias a Dios si te enmendaste, o pídele perdón si recaíste, y haz una ligera penitencia... Quien tiene enemigos no duerme. Evita no solo el pecado, sino todas las ocasiones peligrosas de pecar; y si a esta vigilancia unes la oración de petición perseverante, ¡oh! no lo dudes, cantarás por fin victoria completa de todos tus enemigos, y te salvarás eternamente, porque alma que tiene con perseverancia oración está salvada; aunque tenga caídas y reciba muchas heridas por fin llegará al puerto de salvación con toda seguridad... Alerta, pues, hijo mío, vigila y ora, y vendrás a verme en el cielo, y cantarás en mi compañía las misericordias del Señor...

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Verdaderamente sois Madre mía de mi alma, Virgen purísima, pues así me probáis vuestro fino amor, avisándome y previniéndome de los infinitos peligros que me cercan, descubriéndome a mis enemigos y sus infernales maquinaciones. Ciertamente necesitamos que de continuo se nos dé la voz de alerta y se nos haga comprender y se nos recuerde que estamos cercados de enemigos poderosos y pésimos, y que quien tiene enemigos no debe dormir, sino que debe vigilar y orar para no perecer... ¡Oh si hubiese seguido siempre tan santos avisos! No hubiera caído en pecado, o a lo menos no hubieran sido tantas y tan grandes mis recaídas... Auxilio de los cristianos sois, Madre mía María, y debo confesar y confieso reconocido que sin Vos y sin vuestra ayuda hubiera sido prisionero perpetuo y juguete de mis enemigos. Quiero, pues, vigilar y orar, porque la vigilancia sin oración hace presumidos, y la oración sin la vigilancia no salva del peligro. Vigilaré, pues, oh Madre querida, todos mis pasos, todas mis obras, y más que todo mis pensamientos y los deseos de mi corazón, porque allí está el origen y raíz de todo mi bien y de todo mi mal... Examinaré en cada hora y en cada obra mi conciencia, y no me fiaré de mí mismo, porque soy falso, soy miserable, débil y traidor; sino que después de haber puesto centinelas de vista a la viña de mi corazón, acudiré a Vos para que oréis conmigo a vuestro Hijo Jesús, Pastor vigilante de las almas, a fin de que la guarde como cosa y posesión vuestra, y no permita que jamás se apoderen de ella sus enemigos el mundo, demonio y carne... Yo creo y confieso, oh Reina de la gloria y Nuestra Señora de las Victorias, que en vano vigilan los guardias de la ciudad si el Señor no la guarda, porque todo don precioso y toda victoria viene de Dios, que es el Señor de los ejércitos. Vigilaré, pues, y oraré sin intermisión, porque la vigilancia me hará ver donde debo poner mis pasos, y la oración me alcanzará gracias para no caer y para andar con seguridad por el camino del cielo... Por eso a Ti acudo, Dios mío y Padre mío omnipotente, que me mandas que vigile y ore para no caer en la tentación. Yo te ruego con tu Madre benditísima que me des lo que me mandas, y me mandes lo que

quieras. Porque si Tú me ayudas y me proteges y me iluminas y me sostienes, ¿a quién temeré?, ¿quién podrá dañarme? nada ni nadie del mundo ni del infierno, porque Tú solo eres Santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo... dame, pues, Señor, lo que me mandas, y mándame lo que quieras. Ámete y sírvate, Señor, con mi Madre la Virgen María, y haz de mí lo que quisieres, pues ya sé que está todo mi bien y mi único bien en contentaros.

Para mañana

Flor espiritual. No quiero tener una falsa seguridad donde pelagra la eternidad.

Fruto. Cada día haré mi examen de previsión y particular, y para no caer en la tentación haré a lo menos el cuarto de hora de oración.

Aspiración. María, auxilio de los cristianos, ven, Madre querida, en mi socorro, que los enemigos me combaten.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

El venerable Tomás de Kempis profesó desde muy niño una devoción especial a la Virgen Santísima. Se había impuesto para honrarla ciertas devociones cotidianas que cumplía exactamente. Pero enfrióse su amor durante los estudios, y dejó estas prácticas por un día, luego dos y tres, y por último las omitió del todo. En tal estado de tibieza tuvo un sueño, que no pudo menos de mirar como un aviso de la Reina del cielo. Le pareció encontrarse en el aula, y que la Madre de Dios, bajando entre las nubes, vestida con gracia y mirando con semblante risueño, seguía el aposento. Mientras la Virgen dirigía palabras de consuelo a cada uno de los religiosos, Tomás, sentado en su puesto, aguardaba a que llegado su turno recibiría también igual favor. Su pecho latía de esperanza, y al mismo tiempo de temor por su frialdad; y dirigiendo a María sus ardientes miradas, parecía como que por los ojos se escapara el deseo de su corazón. Pero bien presto se cambió en temblor toda su alegría, porque llegada a él la Señora, le dijo con semblante airado: “En vano esperas de mí una señal de ternura, tú que con una culpable negligencia y por la sugestión del enemigo has dejado de pagarme el tributo de tus oraciones. Dime: ¿qué se han hecho aquellos ejercicios de piedad?, ¿dónde están tus oficios y rosarios fervorosos? todo lo has dejado; y como si nada tuvieras ahora de qué acusarte, aún tienes la vanidad de que te manifieste mi amor cuando tendría que mostrarte mi resentimiento. Apártate, pues, de mí, porque no eres digno de mi ternura”. Dicho esto desapareció dejándole sumido en la mayor tristeza. Despertó Tomás, y reconociendo en este sueño una corrección amorosa de Dios, emprendió sus devociones con mayor fervor aún que antes, y no las dejó ni un solo día hasta el último de su vida. (*Vida del Venerable Tomás de Kempis*).

Oración final, pag.

DÍA DECIMOCUARTO

Se empieza como en la *pág.*

El mundo y el demonio te llaman: no los oigas, hijo mío.

La Virgen María a sus hijos. Contra la voz de Jesús, que te llama a ser feliz y santo, se levanta la voz del mundo y del demonio que te incitan y te tiran al mal... Esta voz del mundo se llama respetos humanos, el qué dirán, tirano y verdugo que lanza miles de almas todos los días a la perdición eterna. Justo castigo del pecador que se atreve a levantarse orgulloso contra Dios para resistir a los mandamientos de su voluntad omnipotente y santísima, es el verse sujeto vilmente, cobardemente a las pretensiones injustas e irracionales de los mundanos, esto es, de la gente más vil y despreciable... Y tú, hijo mío, tal vez sin sentirlo ni creerlo estás esclavizado con esta ridícula atención del respeto humano. Si no dime por tu alma: ¿No es verdad que quieres convertirte?... ¿No es verdad que quieres volver, hijo pródigo, otra vez a la casa de tu amoroso Padre celestial porque te encuentras muy mal?... Mas ¿por qué no lo haces? ¿No es por ventura por un vil respeto humano?... Porque si rompes aquella amistad, o aquellas diversiones, o abandonas aquellas conversaciones escandalosas, si huyes de aquellos lazos de perdición temes el respeto humano, temes que dirán de ti que te has vuelto beato, loco, melancólico, estúpido, escrupuloso... y por temor de estos dichos no te conviertes, desprecias la voz de Dios y sigues la voz de perdición del mundo, del demonio. ¡Qué debilidad!... ¡qué cobardía!... ¡qué vileza!... Jesús, mi Hijo, te invita a ser santo, perfecto. Mas ¿por qué desoyes su voz?... Por un respeto humano. Temes que si vas a la iglesia, si confiesas o comulgas a menudo, si te inscribes en asociaciones católicas, luego dirán de ti los mundanos que te has vuelto rústico y huraño... Si dejas los espectáculos públicos y vistes modestamente, si visitas los pobres y haces obras de misericordia, dirán los mundanos que eres un hipócrita... Y por estos respetos no sigues la voz de Dios, pierdes la corona de santo, la gloria de buen católico en el mundo y en el paraíso. ¡Qué necedad!, ¡qué insensatez!, ¡qué locura despreciar la voz santa de Dios, y tener tanta cuenta de las garrulerías del mundo perverso!... Pero teme, hijo mío, teme grandemente que si tú te avergüenzas de confesar a Jesucristo, si te avergüenzas de su doctrina y de tus deberes sagrados, esto es, de ser y de parecer cristiano, teme, digo, que se avergüence también de ti mi Hijo Jesús delante de su Padre celestial... Tú le dirás en el día del juicio: ¡Oh Señor mío Jesucristo!, ¿no me conocéis? soy cristiano, y he profesado vuestra ley y doctrina santa, soy vuestro discípulo... No, no te conozco, te responderá mi Hijo, no te conozco por cristiano. Te has avergonzado de confesar mi nombre al verle blasfemado, de hacer la señal de la cruz, de arrodillarte en la iglesia, de defender mis ministros y mi doctrina al verla ridiculizada, y ¿tienes la poca vergüenza de llamarte cristiano?... Anda allá, apártate de mí, maldito: vete con los escandalosos, impíos y libertinos, vete con el demonio: esos te conocen y han de ser tus compañeros eternos en el infierno, ya que lo fueron en el mundo... ¡Oh, hijo mío! para evitar esta vergüenza y castigo, el mayor que te puede acontecer, desprecia los respetos humanos, los dichos y juicios del mundo, y sigue a Jesús, pobre, humilde y despreciado para reinar con Él después en el reino eterno de su gloria. Breve penar, eterno gozar... Padece con Cristo Jesús un poquito para reinar después eternamente con Él. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. No hay, Madre querida, en nuestros días tiranos y verdugos que derramen la sangre de los cristianos y los atormenten dándoles muerte violenta, pero hay otros verdugos y tiranos tal vez más terribles que echan cada día miles de almas a la perdición eterna. Y son más temibles, porque no se conocen o no se tienen por tales, pues como hijos del demonio se transforman, como

su padre, en ángeles de luz. Y como no espantan a las gentes, hacen mayores estragos sin que nadie les ataje el paso. ¡Oh! morir en manos de los verdugos derramando la sangre y confesando el nombre de nuestro Señor Jesucristo, es una muerte gloriosa y meritoria; pero morir cobardemente y vilmente en manos de una lengua de áspid, que ridiculiza todo lo santo y laudable, y morir sin gloria y sin provecho, es la más ignominiosa de las muertes... ¡Y cuántos, por desgracia, mueren de esta desastrosa muerte! ¿Cuántos se mostraron invencibles a los halagos del mundo seductor, a los fieros asaltos y tentaciones del demonio, y sucumbieron como el esforzado Pedro a la débil voz de una mujercilla, a los respetos humanos, al qué dirán?... ¿Cuántas veces, Madre mía, he sido yo víctima de estos dardos del qué dirán? ¿Cuántas buenas obras he dejado por hacer, y cuántas cosas malas he hecho por el temor injusto de desagradar a los hombres, que muchas veces han sido de lo más perdido y criminal?... Perdonadme, Reina de los cielos... En justo castigo se hallan más sujetos a la ignominiosa servidumbre del respeto humano los que alardean de mayor fortaleza e independencia para ir contra Dios y contra su ley santa. Por lo que uno peca por lo mismo es castigado; esta es sentencia del Señor que todos los días se cumple. En mí también se ha cumplido este castigo, Madre de clemencia, pues cuando he querido aparentar ser más despreocupado y más valiente contra Dios y las cosas santas, me he visto más bajamente sujeto y esclavo de los hombres, y del mundo y demonio perversos... ¿Cómo te has podido fiar, alma mía, de estos perversos enemigos de tu alma el mundo y el demonio? ¿Cómo has dado oídos a su voz traidora sabiendo que no buscan ni anhelan otra cosa más que tu perdición eterna?... Necio y duro de corazón he sido, Reina y Señora mía, pues he desoído vuestra dulcísima voz, y la voz divina de vuestro Hijo Jesucristo que me llamabais para hacerme eternamente feliz, por seguir la del mundo y la del pecado que siempre traman mi eterna condenación. Mas desde ahora ya digo con todo mi corazón: Atrás mundo, atrás demonio y sus secuaces, porque soy todo de Jesús y de María, y en su compañía quiero siempre vivir y morir, porque vale más un día pasado en su servicio y amor que mil años en los tabernáculos de los pecadores... Servir a Jesús y María es reinar. Servir al mundo y al demonio es esclavitud, tiranía: la desgracia mayor que se puede padecer... Atrás mundo, atrás demonio... No os quiero servir. Soy de Jesús y María.

Para mañana

Flor espiritual. Oh María Inmaculada, deseo oír vuestra voz para seguirla siempre con fidelidad.

Fruto. Rezaré la Coronilla de las doce estrellas para merecer seguir siempre la voz de Jesús.

Aspiración. Cuando desfalleciere mi ánimo, Virgen poderosa, rogad a Jesús por mí.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Una historia, de que nadie puede tener duda, es la de Theófilo, referida por Eustaquio, patriarca de Constantinopla, testigo ocular del suceso, y confirmada además por san Pedro Damián, san Bernardo,

san Buenaventura y otros muchos. Era Theófilo arcediano de una ciudad de Cilicia. Gentes de mala índole llevaron a su obispo contra él una acusación muy grave, el cual, dando crédito a la calumnia, le depuso de su dignidad.

Theófilo, ciego de cólera por la indignación de haber perdido su reputación y buen nombre, fue a buscar un judío mágico, el cual le puso en trato con el demonio, para ser socorrido en su desgracia: el maligno espíritu le prometió restablecer su honor, con la condición de que renunciase a Jesús y a María y que le diese por escrito un testimonio auténtico. El desgraciado Theófilo consintió en ello, y firmó este pacto horrendo. El día siguiente, instruido el obispo, sin saber por qué medio, de la injusticia que había hecho al Arcediano, le pidió perdón de su yerro, y le restableció en sus funciones. Theófilo, despedazado del remordimiento, hería su pecho y lloraba amargamente su pecado. Marchó a una iglesia a postrarse ante una imagen de María, y le dirigió esta súplica: “¡Oh madre del Señor! yo no quiero entregarme a la desesperación, porque Vos sois mi refugio, y porque vuestra clemencia es igual a vuestro poder”.

Cuarenta días permaneció llorando y gimiendo; al cabo de este tiempo se le apareció María y le dijo: “¡Oh Theófilo!, ¿qué has hecho? tú has renunciado mi amistad y la de mi Hijo, y has dado la escritura a tu enemigo y mío. -¡Oh misericordiosa María! respondió Theófilo, he pecado, mas a Vos toca perdonarme y obtenerme la reconciliación con vuestro Hijo”. María, viendo su confianza, le replicó: “Ten ánimo, yo rogaré por ti”. Theófilo, esforzado con estas palabras, redobló sus lágrimas y sus plegarias a María. Algunos días después le apareció de nuevo esta tierna Madre, y con un rostro sereno le dijo: “Regocíjate ¡oh Theófilo! Yo he presentado a mi Hijo tus lágrimas y tus oraciones, y yo he conseguido tu perdón. -Esto no es bastante para asegurarme ¡oh María! respondió Theófilo; el demonio tiene en su poder la escritura infame por la cual renuncié a vuestro Hijo y a Vos misma, y mientras no sea devuelta, no tendré un momento de reposo”.

María no le hizo esperar mucho tiempo: Ella mandó al demonio entregar el papel que Theófilo había firmado; y tres días después, al despertarse Theófilo, lo halló sobre su pecho. Al día siguiente, habiendo venido a la iglesia el obispo, Theófilo se arrojó a sus pies; le contó, en presencia de todo el pueblo reunido, lo que acababa de suceder, y al concluir su historia, que interrumpió continuamente con sollozos, le entregó el papel; el obispo hizo que se quemara delante de todo el pueblo, y los circunstantes ensalzaron a porfía y con emulación la bondad de Dios y la misericordia de María. Theófilo continuó postrado a los pies de la Santísima Virgen los tres días siguientes, después de los cuales murió santamente, bendiciendo a Jesucristo y a María, su Madre Santísima.

Oración final, pág.

DÍA DECIMOQUINTO

Se empieza como en la pág.

El Sacramento de misericordia.

María a sus hijos. Ha pasado ya, hijo mío, la mitad del mes de las flores y de los frutos, la Cuaresma de María, y no me has dado tú todavía el primer fruto de la devoción de este mes, que yo más deseo de ti, y confío no retardarás ya más días en ofrecérmelo. ¿Cuál es este primer fruto de la devoción del mes de Mayo, me preguntarás?... Es, hijo mío, la santa Confesión. Sí, confiéstate de todos tus pecados por graves y enormes que sean, y todos, todos te serán perdonados... Si tú estás enfermo, ¿no es verdad, hijo mío, que tu primer cuidado es poner todos los medios para recobrar la salud? Si estás manchado o sucio, ¿no es verdad que tu primer cuidado es lavarte y limpiarte antes de presentarte delante de las gentes? ¿Por ventura amas tú más la salud de tu cuerpo que

la de tu alma?... Pues date prisa en confesarte, pues ya sabes que el sacramento de la Penitencia es la probática piscina del alma que la cura de todas sus dolencias... Date prisa en confesarte, porque el sacramento de la Penitencia es el baño divino que limpia al alma de la lepra del pecado, y la deja pura y hermosa a los ojos de Dios... ¡Ay de ti, hijo mío, si murieses esta noche teniendo en la conciencia algún pecado grave! tu morada sempiterna sería el fuego devorador del infierno, porque no hay medio: o confesión, pudiendo hacerla, de todos y cada uno de los pecados graves, o condenación... No lo olvides, porque a muchos engaña el demonio haciéndoles ver que no tienen necesidad de confesar sus pecados graves para salvarse. No es verdad, hijo mío: o confesión, repito, pudiendo hacerla, de todos tus pecados graves, o condenación eterna; no hay otro remedio... Además, hijo mío, mientras no te confiesas, el pecado echa profundas raíces en tu corazón, viene a hacerse hábito o como una segunda naturaleza, y entonces, ¡oh cuánto más difícil será el arrancarlo!... Aunque no fuesen graves tus pecados debes confesarte con frecuencia, no solo por no privarte de muchas gracias y de cortar de tu alma el peligro de caer en pecados graves, sino también para tener un guía, un buen consejero en todas tus dudas y cosas. Los santos así lo hacían, hijo mío, y por este medio crecieron en perfección y pureza de su alma... La confesión, hijo mío, es un medio efficacísimo para desarraigar vicios y crecer en virtudes... Por eso los mundanos y el demonio le han declarado guerra a este Sacramento de reconciliación con Dios, y por esto, hijo mío, tú debes amarlo y recibirlo a menudo.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Siempre, Madre querida, ha de ser verdad que amamos más las cosas temporales que las eternas, que cuidamos más de la grosería de nuestros cuerpos que de la preciosidad de nuestras almas. No puedo sufrir una mancha en mi rostro ni en mis vestidos; y estoy días y más días sin lavar las manchas del pecado que tanto afean a mi alma. No puedo sentir un dolorcillo ni tener un malecillo sin que vaya en seguida en busca de medios y remedios, de médicos y de medicinas para curarme; y está enferma mi alma días, y meses, y tal vez años, y no me alarma su dolencia gravísima que puede acarrearle tormentos eternos. ¿Dónde está mi cordura y mi juicio?... ¿Dónde está mi fe, Madre querida?... Si cosa difícil, si remedio amargo y costoso nos hubiera prescrito el médico de las almas, vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo, deberíamos obedecerle para recobrar tan preciosa salud: ¿cuánto más siendo tan fácil, tan suave y tan sencillo? Mas ¡ay desgracia! Nuestro orgullo y amor propio se resisten a tomar esta medicina de salud; el mundo y el demonio le hacen cruda guerra, y muchas almas pierden todos los días la salud eterna teniendo a la mano este remedio de salud, por no querer usarlo o usar mal de él convirtiendo la triaca en veneno. Yo también, por desgracia, Madre querida, me he olvidado con frecuencia de este remedio de salud; he huido de la santa Confesión; he tenido horror al tribunal de la penitencia, y por esto los vicios se han arraigado en mi alma, y la pobrecilla se ha visto enferma de enfermedad mortal... No quiero ya despreciar más tan precioso remedio, que vuestro Hijo con su sangre me ha preparado con infinito amor y dolor por mi salud. Quiero daros contento, Madre de la divina gracia, quiero ofreceros el fruto primero de este mes de las flores, el fruto más amado de vuestro Corazón. Quiero confesarme bien, con examen diligente, con humilde confesión de todos mis pecados y con verdadero dolor de haberlos cometido y con eficaz propósito de la enmienda, y con esto consolar a vuestro Corazón maternal... Sois

mi Madre, oh María, y a una Madre tan buena como Vos, y que tanto me ama y se desvive por mi felicidad temporal y eterna, nada se le puede negar... Alcanzadme, pues, de vuestro Hijo Jesús la gracia de hacer una buena confesión para volver a su amor y amistad y gozar de la paz y felicidad de los hijos de Dios; paz que se halla en el testimonio de la buena conciencia. Me confesaré hoy de todos mis pecados, y daré gusto a vuestro Corazón...

Para mañana

Flor espiritual. El sacramento de la Confesión es mi salud. Quiero recibirle a menudo y bien.

Fruto. No pasaré este día, o a lo menos esta semana, sin confesarme bien.

Aspiración. Yo quiero, Madre querida, que la sangre de vuestro Hijo me aproveche lavándome en el Sacramento de la misericordia.

Acordaos, etc., pág.

EJEMPLO

Refiere el P. Antonio Ruíz en el libro de la conquista espiritual del Paraguay, que había allí un hombre muy solícito en inculcar a dos hijas que tenía, la una de cinco años y la otra de tres, la devoción a la Reina de los cielos, haciéndolas rezar entre día algunas devociones, en especial el Rosario. La mayor de las niñas tomó tan a pechos el repetir muchas veces el *Ave María*, que casi todo el día se ponía de rodillas para rezar la salutación angélica. Hallábanse un día juntas a la puerta de la casa las dos hermanas, y mientras estaban rezando, por haber invitado la aficionadísima de María a la otra que así lo hiciesen, se acercó a ellas una Señora muy ricamente vestida y hermosa sobremanera, y que llevaba en sus brazos un Niño de mucha belleza. Tomó de la mano a la devota niña, y llevándosela, dijo a la menor que no temiese, que se la volvería. Espantada la que quedaba, por haberse llevado a su hermana una Señora desconocida, corrió presurosa a notificar a su madre lo que había sucedido. Comunicó ella el caso a su marido, y los demás empezaron a hacer diligencias para encontrar a su hija. Fue en vano, pues que nadie sabía darles razón de lo que pedían, y su hija menor, por más que le preguntasen, no sabía contestar sino que la Señora que se la llevó era muy hermosa y llevaba un hermoso Niño. Estaban los buenos padres perplejos, no atinando qué es lo que podían hacer, cuando vieron entrar a su hija saltando de gozo y contento. Preguntáronla qué es lo que había sido, y ella, con toda la sencillez de su candor y de su edad, les contó que una Señora de extraordinaria belleza se la había llevado a un ameno jardín, donde la había hecho entretener con un Niño muy gracioso, con quien había comido unos frutos tan sabrosísimos, que no sabía cómo explicarlo; y que al mismo tiempo la había amonestado que en adelante en lugar de la gargantilla que llevaba se pusiese un rosario, y que no permitiese que la engalanasen. Añadió que aquella Señora le había enseñado un canto que se llamaba el *Magnificat*; y al decir esto se lo puso a cantar en un tono tan melodioso, que sus padres quedaron extasiados. “Padres míos, proseguía la candorosa niña, ¡es tan hermosa aquella Señora!, ¡es tan agraciado aquel Niño, que si lo vieseis quedaríais embelesados! No, ellos no hablan como nosotros, ni como nosotros visten; sus palabras son más dulces que el panal, y sus vestidos son más brillantes que mil soles. ¡Ah! yo no sé por qué me volví de donde estaba: ¡ahora no tengo mi amable Niño!” Atónitos y al mismo tiempo llenos de satisfacción quedaron los padres de la dichosa niña, y mucho más cuando al darle alguna cosa para comer, apenas la hubo probado, la rehusó, diciendo que aquello no valía nada respecto del delicioso manjar que había comido, dado por dicha Señora. Al día siguiente los virtuosos esposos llevaron a su hija a la iglesia, y apenas entró ella en una capilla de la Virgen, gritó toda alborozada: “Esta, esta Señora es la que ayer me regaló tanto”. Llegó a conocimiento de todo el pueblo lo que había acontecido, y se quedaron edificadas, y la niña perseveró siempre en su fervor para con la Santísima Virgen.

DÍA DECIMOSEXTO

Se empieza como en la pág.

¿Quién es Jesús?

María a sus hijos. ¿Quieres, hijo mío, gozar ya en ese mundo de la vida eterna en lo posible? Pues trabaja con todo ahínco por conocer a mi Jesús y amarle y servirle. Un día un joven fogoso perseguía de muerte a los cristianos, y apareciéndosele mi Jesús le derrocó del caballo y le convirtió, diciéndole: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Otro día querían los enemigos de mi Jesús prenderle, y presentándose delante de ellos armados, y diciéndoles: “Yo soy Jesús”, cayeron en tierra desvanecidos, y no pudieron prenderle hasta que les dio permiso. ¿Quién es, pues, este mi Jesús y tu Jesús tan poderoso? Es Jesús, hijo mío, Dios y Hombre verdadero: Hijo Unigénito del Eterno Padre en cuanto Dios, e Hijo Unigénito de mis entrañas virginales en cuanto hombre... Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, que con el Padre y el Espíritu vive y reina en unidad de gloria y de poder eternamente, quiso hacerse hombre para redimir al hombre, y fue concebido por obra del Espíritu Santo, en mi seno, y nació pobrecito en un establo de Belén, y fue circuncidado al octavo día, y huyó a Egipto, y vivió pobre en el oficio de carpintero en Nazaret, y a los treinta años salió a predicar por el mundo, y pasó por él haciendo bien a todos y curando toda clase de dolencias, y todo lo hizo bien y a nadie hizo mal..., pero los hombres malvados le persiguieron, calumniaron, le prendieron, azotaron, coronaron de espinas, y después de saciarle de oprobios le crucificaron y dieron muerte la más cruel e ignominiosa en Jerusalén... Y Jesús todos estos trabajos los padeció por ti, por tu amor, por tu salvación... Pero Jesús resucitó al tercer día, como había predicho a sus apóstoles, a los que se apareció por cuarenta días, les instruyó en lo relativo a su Iglesia, y después de haber fundado su Iglesia santa, y dejándonos su cuerpo y sangre por alimento, y prometido su asistencia hasta la consumación de los siglos, se subió por su propia virtud a los cielos, a la vista de sus apóstoles, y allí está sentado a la diestra del Padre en un trono de inmensa gloria y majestad siempre vivo y glorioso, Rey inmortal y de todos los siglos, interpellando de continuo por vosotros... Y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y dará por fin a cada uno el premio o castigo de sus obras eternamente... Este es tu Jesús y mi Jesús, hijo mío, digno de ser conocido, amado, adorado y servido por todos los hombres con todo el corazón, alma, potencias y sentidos... Este es tu Jesús, mi adorado Jesús, infinitamente sabio, poderoso, bueno, justo, santo... Este es tu Jesús y mi Jesús, de un Corazón compasivo, indulgente, misericordioso, dulcísimo y suavísimo, tu mejor Padre, tu más fiel amigo, tu Redentor y Salvador y glorificador único... Ámale, pues, hijo mío, a tu Jesús y a mi Jesús con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, porque nadie es tan bueno como Él, ni te ama tanto, ni te ha hecho tanto bien... Si no te basta tu corazón, yo te prestaré los ardores y amores del mío, pues nada deseo tanto como ver conocido y amado a mi queridísimo Jesús, todo amable, todo deseable, porque es Dios y hombre verdadero... Si no le amas a tu Jesús, hijo mío, porque es Dios, a lo menos ámale porque es tuyo;

pues es tu Redentor, tu Salvador, tu Maestro, tu alimento y camino, verdad y vida de tu alma... Si no le amas porque es Jesús, a lo menos ámale porque es tuyo. Sí, tuyos son sus méritos, su cuerpo... alma... y divinidad. ¡Oh mi Jesús y tu Jesús y todas las cosas! Ámale con todo tu corazón... No le regatees tu amor, y solo así serás feliz.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Me ha conmovido profundamente, Madre mía de mi alma, el ver vuestro empeño y vuestro interés en que conozca y ame a Jesús. Casi iba a decir que me extrañaba vuestro empeño; pero no, Madre querida, basta recordar que sois Vos aquella feliz Madre, de la cual nació Jesús, que Jesús además de ser Hijo de Dios es fruto bendito de vuestro vientre virginal, Hijo Unigénito que concebisteis por obra del Espíritu Santo. ¿Qué madre hay ni puede haber que no ame a su hijo?... Y aunque pudiese haberla tan desnaturalizada, no puede acontecer en Vos, que sois Santísima, y amáis a Jesús no solo como a vuestro Hijo, sino como a vuestro Dios. ¡Los dos amores más fuertes, el de la divinidad y el de la maternidad se juntan en uno, se armonizan y enaltecen únicamente en vuestro purísimo Corazón!... Por eso nadie mejor que Vos, oh María, podéis decirnos quien es Jesús, vuestro Hijo muy amado, en quien tenéis con el Eterno Padre todas vuestras complacencias. Mas ¿por qué no las tenemos nosotros también? ¿Por qué no amamos a Jesucristo o le amamos tan poco?... ¿Qué más podía hacer este divino Redentor para hacerse amar de nosotros que nacer pobre, vivir con estrechez y trabajos, dárseos en alimento, prometérsenos en premio, después de haber muerto en un mar de desprecios y dolores en el patíbulo de la cruz?... ¿Cuánto, Madre queridísima, cuánto ha costado a vuestro Jesús el hacernos comprender que nos amaba mucho! ¡Y nosotros le hemos correspondido con ingratitudes!... ¡Infelices de nosotros, que no amamos a Dios que tanto nos amó!... ¿Para quién, y para qué queremos nuestro amor, si no amamos al Amor de los amores? Vuestro Hijo, Madre mía, no me ha negado ni su sangre ni su vida, ¿y yo le podré negar algún afecto de mi pobre corazón?... Vuestro Hijo Jesús se ha entregado todo por mí, ¿cómo puedo yo escasearle, regatearle mi amor?... Oh, no: si una fibra reconociese en mi corazón que no fuese de Jesús, que no amase a Jesús, que no clamase viva Jesús, yo la arrancaría, aunque con ella tuviese que sufrir la muerte, pues no hay muerte que se iguale a la vida de un corazón que no ama a su Redentor y su Dios... ¿Quién es Jesús? ¿Quién es mi Jesús? ¿Qué es para mí Jesús?... He ahí tres preguntas que me repetiré todos los días para adelantar en el conocimiento y amor de Jesús. Porque conocer y amar a Jesús es la vida eterna, es la felicidad temporal y eterna de mi alma... ¿Y quién, y qué soy yo para mi Jesús y vuestro Jesús, Madre mía? ¡Ay dolor! ¡Ay de mí! por ventura soy cruz, y espinas, y azotes, y clavos, y dolor, y amargura, porque tan poco le conozco y amo... Pero desde hoy con vuestra ayuda, Madre de Jesús y mía, María, será Jesús para mí el único objeto de mi amor y dolor, hacecillo de mirra para mi corazón, paz y hartura de los deseos de mi alma: y yo para Jesús seré agradecido, fiel, celoso de su amor y acrecentador de su reino... Ayudadme, Jesús y María, en esta empresa, la más santa y divina. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. ¿Quién es Jesús? Jesús es Dios y Hombre verdadero, mi amor y mi gozo.

Fruto. Todo lo haré por Jesús. En mis penas y contradicciones, y en mis obras y trabajos repetiré: Todo por Jesús, todo por Jesús.

Aspiración. Donde estás Tú, mi Jesús, allí está el cielo; y donde no estás Tú, allí imperan la muerte y el infierno.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Guadalupe

Apenas había diez años que los españoles, acaudillados por Cortés, habían conquistado el reino de Méjico, cuando la Reina de los cielos, que los había guiado siempre a la victoria, se dignó darle en aquel mismo país una nueva prueba de su amor. El día 9 de diciembre de 1531, un indio llamado Juan Diego salía de su casa para ir a oír Misa en la iglesia de san Jaime, que estaba a alguna distancia de su pueblo. Al llegar al pie de la cuesta del Tepeyacac, cerca del lago de Méjico, oyó de repente una música sumamente armoniosa, y, al levantar los ojos para ver quién podía hacerla, vio una nube muy blanca y resplandeciente que estaba detenida sobre el monte. Poseído de un deseo grande de saber aquello en qué consistía, subió precipitadamente la cuesta, y al llegar arriba, quedó tan sorprendido como confuso al oír a una hermosísima Señora que se dejaba ver muy resplandeciente por entre la nube, que con semblante apacible y cariñoso le decía: “Hijo mío, Juan Diego, a quien yo amo con la mejor ternura, ¿a dónde vas? —A Méjico, contestó el afortunado Juan, a oír la Misa que dicen los ministros de Dios”. Entonces aquella Señora, que no era otra que la Virgen Santísima, le manifestó sus intenciones diciéndole: “Has de saber, hijo mío, que yo soy la siempre Virgen María, Madre de Dios verdadero... Y es mi deseo que se edifique en este lugar una iglesia, en donde, como a Madre piadosa tuya y de tus prójimos, mostraré mi clemencia a favor de los naturales de este país y de todos los que imploraran mi protección y me invocaran en sus aflicciones. Para que se cumpla esta mi voluntad irás tú mismo a Méjico, y te presentarás al señor obispo diciéndole que yo te envío, y le harás una relación de todo cuanto has visto y oído”. El pobre indio, que era de costumbres tan sencillas como inocentes, entre confuso y admirado, se postró humildemente a los pies de la celestial Señora, y con las palabras que le dictó su candor, se ofreció a cumplir las divinas disposiciones. Voló efectivamente a presentarse al obispo, pero, no habiendo tenido efecto su primera entrevista, porque los familiares del prelado lo despreciaron como a iluso o embaucador, la Virgen Santísima se le volvió a aparecer por dos veces distintas, y, a pesar de las excusas con que se resistía el sencillo y piadoso Juan, le fue preciso volverse a presentar al obispo por declarararle la verdad de la aparición. Pero como al Virgen santísima, queriendo darle una señal para acreditarla, le hubiese mandado que el día siguiente, que era 12 de diciembre, volviese al mismo lugar, y él no pudiese verificarlo, por motivo de una grave novedad sobrevenida a un tío suyo, entró en temor de que la Virgen Santísima le reprendería fuertemente, y preocupado de semejante idea, varió de camino, pensando que así escaparía de la Virgen santísima, no obstante de que pensaba volver a visitarla tan pronto como pudiese. Mas la Reina celestial frustró su sencilla estratagema, volviéndosele a aparecer en medio del camino, con gran confusión del sencillo Diego, y entonces fue cuando le dijo que subiese la cuesta, y que arriba hallaría muchas rosas, que las recogiese en su manta y que fuese a presentarlas al obispo, pues con semejante señal sería desde luego creído. Así lo hizo Juan, sin que tuviese duda alguna acerca de lo que la santísima Virgen le decía, no obstante de que era naturalmente imposible de que en aquel momento hubiese rosas. Pero encontrando una multitud de tan frescas, que conservaban aún la escarcha, las recogió con gran cuidado en su manta y las presentó al obispo, diciéndole todo lo que María Santísima le había ordenado. El prudente prelado, que estaba ya bastante prevenido a favor de Juan, pues con las preguntas que le había anteriormente hecho había conocido su sencillez y veracidad, quedó lleno de admiración al ver las frescas rosas que le presentaba Juan; pero mucho más aún al reparar una hermosísima imagen de María Santísima pintada milagrosamente en la tilma o manta en que las tenía puestas. Desde entonces no dudó que aquel hecho era del todo sobrenatural, y que la aparición era igualmente verdadera, así es que se determinó a subir al lugar en donde se había verificado, mientras que un nuevo milagro confirmaba la relación que por encargo de María Santísima había hecho el candoroso Juan. Desde aquel momento la prodigiosa imagen fue mirada con la mayor veneración; dentro de poco tiempo se edificó una magnífica iglesia en el mismo

lugar en donde se había aparecido, y finalmente el Sumo Pontífice autorizó a los españoles de uno y otro continente celebrar con oficio propio la memoria de un suceso tan extraordinario.

Oración final, pág.

DÍA DECIMOSÉPTIMO

Se empieza como en la pág.

Jesús te llama, hijo mío. Óyele

María a sus hijos. Dos son, hijo mío, las figuras más bellas con que se te representa mi Hijo Jesús en los Libros Sagrados: Como pastor y como vigilante o llamador a las puertas de tu corazón. Como pastor, Jesús, mi Hijo, da silbos amorosos de continuo a sus ovejas, y las llama a su redil, y una vez reunidas en él las acaricia y regala. Como vigilante está mi Jesús a las puertas de tu corazón y te llama: “Yo estoy a la puerta y llamo”, dice el buen Jesús... ¡Y cuánto tiempo ha que te llama, hijo mío, y de cuántos modos te llama!... ¡Cuántos años que te pide que dejes aquel vicio, que abandones aquella compañía, que huyas de aquella casa, de aquel lugar, de aquella ocasión peligrosa, que no leas aquel libro, que no asistas a aquellas diversiones!... ¡Cuántos años, cuántas veces te ha hecho sentir su voz, ya terrible, ya suave, pero siempre conmovedora para un corazón que quiere enmendarse!... Unas veces te llama mi Jesús con la lectura de un buen libro, con un aviso de un buen amigo, con la audición de un sermón, con la eficacia de un buen ejemplo... Otras te llama por remordimientos terribles, por temores de castigo, por recuerdos de tu mala vida, de la muerte, del juicio, del infierno... ¿No es verdad, hijo mío, que en medio de los placeres y del mundanal ruido y diversiones peligrosas, se han cruzado por tu mente recuerdos terribles, ideas siniestras que te han llenado de terror y espanto al iluminar las tinieblas horribles de tu corazón pecador y las sombras de muerte del vicio en que estás sentado?... ¿Cuántas veces mi Hijo Jesús te llama a mejor vida diciéndote: Muda de vida, confiésate de aquel pecado que callas tantos años, deja aquella ocasión peligrosa, abandona aquel vicio, hazte santo?... Y tú, ¿qué respondes a mi Jesús?... ¿Acaso, descomedido y descortés, le vuelves las espaldas, o te haces el sordo, o le vas engañando con dilaciones perniciosas?... ¿Acaso le repites: Mañana me convertiré, más adelante emprenderé mejor vida, vida más cristiana, más perfecta, más fervorosa?... Si alguna vez has de convertirte de veras a Dios, hijo mío, dime por tu alma, ¿por qué no lo haces ahora?... ¿Por ventura no merece tu Señor y Dios este servicio? ¿Por ventura no interesa sobremanera a tu alma?... ¿Crees tal vez que más adelante será más fácil seguir las inspiraciones del cielo? ¿No ves que rechazándolas o ahogándolas endureces más tu corazón?... Además, dime, hijo mío, si mi Hijo Jesús cansado y ronco de llamarte, cesa de hacerte oír su voz, ¿qué será de ti?... ¿No te dormirás en una falsa y estólida seguridad, y la impenitencia final será tu herencia?... Hoy, hijo mío, hoy que oyes la voz de mi Hijo Jesús y mía debes convertirte de veras al Señor... En este mes de Mayo, que es la Cuaresma de María, debes hacer una buena confesión... ¡Oh, qué paz, qué alegría, qué gozo inundará tu corazón! Jesús te llama,

María te llama... Oye, pues, su dulce voz, y conviértete de veras a tu Señor y tu Dios, que te espera con los brazos abiertos para darte un ósculo de paz.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Jesús me llama, es verdad, Madre mía María, Jesús me llama y me espera con indecible paciencia y misericordia y amor ha muchos años, pero yo hago el sordo y odio a tan amoroso Padre y vigilante pastor de mi alma: “Espera y vuelve a esperar. No ahora, más adelante me convertiré, o mudaré de vida. En tal día me confesaré, saldré de mi flojedad y tibieza, y empezaré una vida fervorosa y santa...” Con este descomedimiento he tratado a mi Jesús, rey de cielos y tierra, y le he hecho servir a mis caprichos, y a mis pasiones su paciencia, como si yo fuese el amo y Él el criado y siervo... Yo le pido perdón, Virgen María, por vuestra intercesión por este mi pecado a vuestro Hijo Jesús, y os ruego interpongáis vuestro poderoso y eficaz valimiento con Él para que me perdone... Entre tanto voy a convencer a mi extraviado juicio de proceder tan insensato... Dime, alma mía, si algún día piensas oír la voz de tu Señor y Dios y seguir su llamamiento, ¿por qué no ahora?... ¿No merece el Señor, que es el dueño de todos los tiempos, que le consagres todos los momentos de tu vida?... Además, ¿crees tú tener en tu mano más adelante ese tiempo precioso que hoy desprecias?... ¿No crees tú que los malos hábitos con el tiempo envejecerán y serán más fuertes, y por lo mismo se te hará más difícil romperlos para seguir el llamamiento del Señor, que te exige ante todo que te niegues a ti mismo, tomes tu cruz y le sigas?... Si algún día te has de resolver a seguir la voz de tu Padre, ¿por qué no ahora?... Nunca, alma mía, tendrás tal vez ocasión más propicia. Este hermoso mes de Mayo, que es la Cuaresma de la Virgen, y durante el cual tantas almas siguen el llamamiento del Señor, te convida a emprender nueva vida: vida santa, vida penitente, vida perfecta... Si has tenido el descomedimiento de desoír el silbo amoroso del buen pastor, estoy seguro que no tendrás valor para no seguir el silbo suave, tierno y cariñoso de la mejor de las pastoras y de la más agraciada de las zagalas que es María, refugio de pecadores... Oye su voz, alma mía, que te llama a mejor vida. Sigue el llamamiento de su Hijo Jesús, porque te llama cabalmente para apartarte de los pastos venenosos e introducirte en los pastos de salud, y después de pasar una vida feliz en su servicio, te introducirá en aquellos campos de flor eterna vestidos, donde Pastor y pasto serán la felicidad perfecta de todos los escogidos... Jesús te llama, María te llama, alma mía, síguelos con docilidad, y serás siempre feliz.

Para mañana

Flor espiritual. Quiero ser de las ovejas más dóciles y amadas de Jesús y María.

Fruto. No resistiré a la voz de Dios, ni haré pecado con advertencia.

Aspiración. ¡Oh Jesús!, ¡oh María! hacedme oír vuestra voz, y seguiré su dulzura.

Acordaos, etc., pág.

EJEMPLO

Refiere san Gregorio de una doncella llamada Musa, hermana de san Probo, que siendo no más de doce años de edad era muy devota de la Virgen y muy inocente. Apareciósele la Reina de los cielos

acompañada de santa Inés, santa Cecilia y otras santas que en su tierna edad habían sellado con el martirio su virginidad intacta. Así las santas vírgenes como su celestial Princesa, estaban radiantes de hermosura e iban vestidas con unos trajes los más ricos y preciosos. A vista de tanta belleza y de tanta gloria la dichosa niña no sabía qué decirse. Entonces la tierna Madre del divino amor con un acento que rebosaba dulzura le dijo: “Niña, ¿quieres ser como estas y venirte con nosotras? -¡Cómo no! exclamó llorando de alegría la virtuosa Musa, ahora mismo, mi buena Señora; ahora mismo, que luego es tarde. – Pues bien, la replicó la Virgen, si quieres hacer coro con estas tus compañeras has de guardar mucha pureza en tus obras, palabras y pensamientos; has de rechazar todo aquello que pueda empañar tu modestia y tu candor, evitando todo lo que sepa a vanidad y lisonja. Si así lo hicieses, te prometo que dentro de treinta días volveremos por ti, y yo te vestiré y adornaré como lo están las vírgenes que me acompañan, y te llevaré en nuestra compañía”. Desapareció la visión, y no descuidó Musa de la promesa de María. Desde aquel día aumentó su modestia y candor hasta el extremo de llamar la atención de sus padres, quienes preguntándole la causa, les contestó con toda la ingenuidad de su sencillo corazón lo que le había pasado. Fue un verdadero ejemplar de modestia, y aún de las más rígidas, mortificación y penitencia. Transcurridos los veinticinco días diole una gran calentura, y después de los cinco días, habiendo recibido con fervor los santos sacramentos, se llenó el aposento donde estaba de una claridad y olor celestial, y volvióse a aparecer la Reina de los ángeles acompañada de las mismas vírgenes de antes. Dirigióse a su cama, y con una voz llena de encantos, llamola por su nombre diciéndole: “Musa, ven, que ya es tiempo”. A estas palabras respondió ella: “Allá voy, Señora mía: Señora mía, ya voy”; y diciendo esto expiró en los brazos de María.

Oración final, pág.

DÍA DECIMOCTAVO

Se empieza como en la pág.

El Amor de los amores

María a sus hijos. He ahí, hijo mío, al Amado de tu alma, al Amor de los amores, al máximo milagro del amor infinito de Dios, el don de los dones, la invención más delicada y tierna de su amor al agotar las riquezas de su misericordia en favor del hombre. ¿Quieres saber cuál es este memorial de las maravillas del Señor?... Pues es Jesús Sacramentado, Jesús en el Sacramento del altar, manjar divino y celestial de todos los cristianos, último extremo del amor de Jesús, Sacramento de amor, Amor de los amores. Si quieres ser mi devoto y probar que me amas, no dejes, hijo mío, de comulgar con frecuencia, porque recibiendo el Cuerpo y la Sangre de mi Hijo Jesucristo, recibes en cierto modo mi cuerpo y sangre, y te haces corpóreo conmigo, ya que su Cuerpo y Sangre Jesucristo, Hijo de mis entrañas, de mí lo tomó, y lo que una vez tomó jamás lo dejó. Así es, hijo mío, que si deseas estrechar tu parentesco y amor conmigo, comulga lo más a menudo que puedas, porque te unes a mí y sobre todo a mi Hijo Jesús con la unión más íntima y perfecta que puedes desear en este mundo... Aprecia tan gran don, y da gracias todos los días por él y sobre todo después de haberlo recibido, porque mientras duran las especies sacramentales en tu pecho está allí realmente Jesús, y te puede y quiere enriquecerte con todos sus dones, porque si te da a sí mismo, ¿cuánto más te dará todas sus cosas?... ¡Oh, hijo mío! cuando aplicas tu boca, para comulgar, al cuerpo de mi Hijo Jesucristo, haz cuenta que aplicas tus labios a la llaga de su costado, y gustas la dulzura infinita del cielo en su misma fuente... Cuantas veces comulgues, hijo mío, cierra tus ojos exteriores y contempla real

y verdaderamente a mi Hijo Jesús, presente en tu pecho, prisionero por tu amor, y que tú te hallas rico con todas las riquezas de Dios, y que nada puedes desear más del cielo y de la tierra... ¡Oh si conocieras, hijo mío, el don de Dios! ¡Cómo te engolosinarías con este manjar de los ángeles, y día y noche estarías a la presencia de Jesús Sacramentado, y le recibirías todos los días y todo lo enderezarías para recibir dignamente y dar gracias a Jesús Sacramentado!... ¿Es posible encerrar una brasa grande de fuego en tu pecho y no quemarte ni sentir ardor siquiera? Pues este es milagro diabólico, que dice un santo, que se ve todos los días o con harta frecuencia al contemplar a muchas almas que se acercan a la fragua de inmenso amor, la Sagrada Eucaristía, y no obstante, permanecen fríos, helados, indiferentes. ¡Qué desgracia!... no contristes a lo menos tú, hijo mío, al Corazón ardiente de Cristo y a su amor infinito con este desamor: ámale y abrázate en su amor... Dile de corazón: ¡Oh fuego que siempre ardes! abrázame.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Oh María, Madre del hermoso amor! Comunicadme una centella siquiera del incendio de amor y de gratitud que arde en vuestro amantísimo pecho, para inflamar mi corazón en el amor de vuestro Hijo Jesucristo, y así hacerme digno de recibirle Sacramentado muy a menudo. Este es el medio más eficaz para santificarme, porque recibo en la Comunión al mismo autor de la gracia. Porque la Sagrada Eucaristía no solo quita los pecados, sino hasta el afecto de la voluntad a pecar. Jesús Sacramentado me da gracia para vencer las pasiones, para aterrar al demonio, para desapegarme del mundo. Este manjar de ángeles engendra las vírgenes, fortalece a los mártires, hace a los santos. Toda mi debilidad, mis caídas, mis males reconocen por causa el no acercarme a recibir este Pan de vida; porque solo los que comen este Pan tienen la vida, y vida eterna. Los primeros cristianos todos eran santos, porque casi todos comulgaban todos los días... A medida que se olvidaron de comer de este Pan del cielo, perdieron la pureza de sus costumbres y la firmeza en la fe. ¡Oh qué gravísimo daño causan a los intereses de Jesús los que apartan de la Comunión frecuente a las almas! Es uno de los mayores desprecios que se hace al Amor de los amores. Es el odio satánico, alma mía, el que trabaja tanto para impedir que se comulgue, o si se comulga que se comulgue indignamente como el traidor Judas... ¡Qué horrendo sacrilegio! ¡Juntar en un mismo pecho a Jesucristo, la misma pureza, amor y santidad, con el demonio, la misma maldad, odio y suciedad! ¡Oh Madre del Verbo encarnado! ¡Cuánto he injuriado y contristado al Amor, vuestro Hijo Santísimo, y a Vos, si no comulgando en pecado grave, a lo menos comulgando con tanta frialdad, sin darle apenas gracias después de recibirle, o no visitándole en sus altares, o reír y estar inmodesto en su presencia, o no arrodillarme con devoción, o no adorándole con profunda reverencia!... ¡Oh Jesús adorado! Por cierto no merecía esta mi fea correspondencia vuestro delicadísimo amor en el Sacramento del Altar, donde os hacéis no solo mi amigo, mi huésped y esposo, sino mi alimento transformándome en Vos... ¿Vos a mí, Señor de infinita grandeza? ¿Vos en mi pecho?... ¡Oh corazón mío más sagrado y precioso que las iglesias, altares y cálices y que todos los vasos sagrados! No peques jamás y guárdate en gran pureza y amor, porque tú eres el paraíso de Dios, porque en él habita el Rey de la gloria. No lo profanes, pues, jamás con el pecado.

Para mañana

Flor espiritual. Amor de mis amores sois, Jesús Sacramentado.

Fruto. Comulgaré con devoción todos los meses, o semanas, o más a menudo si me lo permite mi confesor, para probar mi amor a Jesús y María, y unirme mejor a su Corazón.

Aspiración. Yo creo, Jesús mío, que estáis en el Sacramento del Altar: os amo, y deseo mucho recibirlos: venid a mi alma, y abrasadla con vuestro amor.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Dulce cuanto cabe es el siguiente ejemplo que cuenta san Anselmo de una doncella muy candorosa y enamorada sobremanera de Jesús y María. Entre otras devociones con que obsequiaba ella a la Sacratísima Virgen, era saludarla con el *Ave María* siempre que pasaba por delante de alguna imagen suya, añadiendo al despedirse: “Adiós, Reina mía”. Esta su fervorosa afición la mereció oír un día por boca de la imagen, después de su acostumbrada salutación: “Querida mía, así mi Hijo como yo te queremos mucho y te haremos una visita de aquí a quince días; cuéntalos bien, y disponte con muchos actos de amor”. Fácil es figurarse a qué afectos se entregaría desde entonces aquel tierno corazón, enardecido ya en amor divino, a fin de merecer la dicha que le había prometido la Santísima Virgen. No había aún transcurrido el plazo señalado; solamente habían pasado ocho días cuando se le apareció la Reina de los cielos y le dijo, radiante de majestad y belleza y vestida con un muy rico traje, si la amaba mucho, a lo que le contestó la enamorada doncella que la amaba más que a todas las preciosidades que hay en el mundo, más que a su propia vida y alma. “Pero, añadió la candorosa joven con toda su santa sencillez; Vos me prometisteis, Señora mía, que veníais con vuestro Hijo, y venís sola: dejadme ver, Madre mía, dejadme ver a mi Jesús, que yo muero de amor por Él. —Ten paciencia, le replicó la Sacratísima Virgen, que ya cumpliré mi promesa; mas antes conviene que te prepares con más fervor durante los días que faltan”. Así lo hizo la fervorosa doncella, inflamándose más y más en el amor de Jesús y María, quienes al fin se le aparecieron en el día señalado. La Divina Madre le puso en sus brazos al Niño Jesús, quien la acarició como una hermanita querida, dispensándole las finezas más tiernas, mientras que ella daba expansión al ardiente amor que para con Él abrigaba su puro corazón. Duró por algunos ratos la visita, hasta que la Virgen le dijo: “Amada mía, vuélveme a mi Hijo”; a lo que contestó Jesús con agradable sonrisa: “Déjanos decir a los dos una *Ave María*”. Empezola la doncella, y después que los dos hubieron pronunciado aquellas palabras, *bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*, elevándose de los brazos de su enamorada el Divino Niño, y rodeándola aureola de gloria, dijo: “Este soy Yo”; y desapareció la visión. Cuál quedaría en un océano de dulzura y de felicidad la venturosa doncella, es difícil de explicarlo la pluma del hombre... ¡Qué ejemplos hijas de la inmaculada Concepción!, ¡que ejemplo, doncellas de corazón candoroso y que no ha maleado todavía ningún amor profano!

Oración final, pag.

DÍA DECIMONOVENO

Se empieza como en la *pág.*

Una limosnita de amor para mi Jesús.

María a sus hijos. Jesús, hijo mío, a pesar de ser rey de cielos y tierra y Señor absoluto de todo lo criado, es tan atento y cortés con el hombre, le dispone con tan gran

reverencia, que ante su voluntad se presenta como un necesitado mendigo, como un pobre pordiosero, pidiendo una limosnita de amor... ¿No oíste por ventura resonar alguna vez su dulcísima voz en tu corazón, hijo mío? ¿No escuchaste alguna vez una plegaria amorosa en lo secreto de tu alma?... ¿No? pues óyela de mi boca, que si no bastó su voz amorosa a conmover tus entrañas, no podrá ser que no lo logre la voz cariñosa de una Madre que te pide: Una limosnita de tu amor para mi Hijo Jesús... Mi Jesús de continuo te repite: “Hijo, dame tu corazón” Si a mi Hijo se la has negado, no la negarás a mí que soy su Madre y tu Madre... ¡Oh! no es posible desairar con una negativa de desamor a una Madre que lo pide a un hijo por otro su Hijo... Debes hacer esta limosnita de amor con mayor motivo, hijo mío, si reflexionas que no la pide tanto para sí como para ti, para tu bien y provecho, porque al fin y al cabo no dejará mi Hijo Jesús de ser Dios y pasar una eternidad feliz aunque no le des esa limosnita de amor que te pide. Eternamente fue feliz sin ella, y eternamente lo será también... Por esto reflexiona que la pide para ti, porque te ama con inmenso amor, y porque sabe perfectamente, pues ha creado tu corazón, que no puedes tú ser feliz, no puedes tener descanso ni paz en tu corazón, si no es amándole sobre todas las cosas, porque tu corazón está hecho expresamente para amar a Jesús, por ser Él el centro de todos los corazones, el único manantial de felicidad, porque lo es de bondad, de amor. Te pide, pues, esa limosnita, no porque tenga necesidad alguna de ti ni de tus cosas, sino para enriquecerte con sus dones infinitos. Te pide tu corazón pobrecito, frío y mezquino, para devolvértelo rico, ardoroso, magnánimo, endiosado. Tú le darás la tierra a mi Jesús, y él en cambio te dará el cielo. Tú le darás tu pobre corazón, y Él en cambio te dará el suyo divino. Tú le darás tu voluntad, tu amor, y Él te dará su voluntad santísima, te hará particionero de su inmenso amor... Da, pues, hijo mío, y se te dará centuplicado: da y recibe, y sé feliz con esta donación divina... ¿Quieres mayor dicha, hijo mío, que serte deudor el mismo Dios? ¿Quieres más dignación que ver a tus plantas al mismo Dios hecho un pordiosero, pidiéndote por favor el mismo don que Él te ha dado?... Mas, atiende, por fin, hijo mío, que si no le das esa limosnita de tu amor a mi Jesús, se enojará contigo con sumo enojo, tanto y tan grande, que si no le amas sobre todas las cosas, te amenaza con eternas miserias, castigos y penas. ¡Oh, hijo mío! recapacítalo bien. ¿Por ventura no te parece ser la mayor miseria el no amar a mi Jesús, tu Dios, el Dios de tu corazón?... Dale, pues, esa limosnita de tu amor a mi hijito Jesús. Nadie la merece tanto como Él, porque nadie es tan amable y tan amante de ti como Él. No le irrites negándole esa limosnita de tu amor, pues también a mí me disgustarías, que soy su Madre, y nada deseo tanto como ver amado a mi Jesús... Dale a mi Jesús tu corazón pronto, sin reserva ni excusas, porque lo quiere hacer feliz llenándolo de su amor y de sus dones... ¡Hijo mío! una limosnita de amor por mi hijito Jesús y por bien de tu alma ¿Me la negarás a mí, tu Madre?... No me la puedes negar.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Madre mía de mi alma. Madre mía de mi corazón, nada puedo negaros, oh María, porque sois mi Madre, y porque os lo he ofrecido y entregado todo, pues no cese de repetiros: Os ofrezco desde este día, alma, vida y corazón... Tomad, pues, y recibid, oh gran Señora, mi memoria, entendimiento y voluntad, mi alma y mi cuerpo, mi poder y libertad. Es vuestro ya: pero yo os vuelvo a hacer completa e irrevocable donación; y ya que en especial vuestro Hijo y mi Señor Jesucristo me pide particularmente el corazón, yo os lo doy. Permitidme le cante con mi enamorada Madre santa Teresa de Jesús:

Veis aquí mi corazón,
Yo le pongo en vuestra palma,
Mi cuerpo, mi vida y alma,
Mis entrañas y afición.

Y os suplico, además, oh María, seáis tan buena de presentarlo a vuestro Hijo Jesús, para que con mayor agrado lo reciba viniendo por vuestras manos, pues las mías sucias están y no merecen presentárselo. Solo os ruego, Señora y Madre mía, que me excuséis con vuestro Hijo Jesús, porque ¡ay de mí! ese corazón que Él formó con sus manos, y con su sangre rescató, y con su gracia hermoseó y enriqueció, yo lo vendí a Satanás, lo afeé con mis pecados, lo profané con falsos amores... Lavadlo otra vez con su sangre, después de haberlo lavado yo con mis lágrimas de dolor, y así quedará más blanco que la nieve, y será digna ofrenda de mi pobreza a un tan gran Dios y Rey y Señor... Pues ya que Él lo pide, y no es justicia el poderlo negar, yo se lo entrego por vuestras benditas y purísimas manos, oh María, y al dárselo a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, rogadle que como Niño que se hizo por mi amor, lo reciba como un juguete con que pueda recrearse en su cuna, en su infancia y sobre todo en su destierro a Egipto, y como allí en tierra idólatra tan pocos corazones halló que le amasen, acepte el mío, que no teniendo otro, con él se entretendrá, y en su pobreza se contentará con este pobrecito y vil mendrugo de mi corazón. Y pues ya que tanto me ama y parece que no puede ser feliz sin mi corazón, desde hoy se lo entrego sin reserva y para siempre, para que disponga de él a su completa voluntad, y que no me lo devuelva jamás, aunque las pasiones o el mundo o el demonio se lo pidan, pues es donación completa, absolutamente libre e irrevocable la que le hago a vuestro Hijo Jesús de mi corazón por vuestras manos... ¡Oh María, Madre mía! No os fiéis más de mí, porque soy chiquillo travieso, y malo, y poco firme en la virtud, y poco conocedor y apreciador de mi bien eterno... No me dejéis en las manos de mi propio consejo, porque otra vez os seré traidor... ¡Oh cuán feliz soy al hacer esta limosnita de mi corazón, de todo mi amor, a mi amado Jesús!... ¡Qué gozo siente mi alma después de haber socorrido y hecho esta limosnita de felicidad de mi pobre corazón al Divino Corazón de Jesús!... ¡Oh Jesús!, ¡oh María! únicos amores de mi alma, yo os doy irrevocablemente mi corazón y el alma mía. Miradme siempre con amor y compasión. No me dejes, Madre mía... Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Vuestra soy, para Vos nací. ¿Qué queréis, Señor, de mí?

Fruto. No consentiré sea esclava de nadie mi alma, sino de Jesús que la compró con su sangre.

Aspiración. Me hiciste, Dios mío, para Ti, y solo descansaré amándote a Ti.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Ved ahí un hermoso ejemplo en prueba de cuán agradable sea a la Reina de los cielos, y con qué tiernas finezas paga la caridad que se hace a favor de los pobres. Se lee en la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el dominicano P. Ignacio del Niente, que desde niña empezó esta doncellita, nacida de pobres padres, a servir a la Madre de Dios y a ser caritativa en obsequio suyo. Ayunaba, para honrarla todos los días de la semana, y el sábado repartía a los pobres la comida que había negado a su propio sustento. Tenía también la amorosa devoción de ir al huerto de su casa y a los campos vecinos a recoger todas las flores que podía, colocándolas después delante de una imagen de la Santísima Virgen con el Niño en sus brazos que poseía en su casa. Un día, cuando solo contaba diez años de edad, vio en la calle, desde la ventana donde se hallaba, a una mujer de hermoso aspecto, que llevaba consigo a un niño, extendiendo entre ambos las manos en señal de pedir limosna. Corre Dominica a buscar pan, cuando, sin saber cómo, ve que han subido ya y se hallan delante de ella la mujer y el niño, y advierte que este tiene lastimadas las manos, los pies y el pecho. “¿Quién ha herido a este niño?” pregunta llena de compasión la virtuosa doncella. “Le ha herido el amor”, le dice la mujer. Entonces Dominica pregunta al niño con marcado interés si le duelen aquellas heridas, a lo que él no contesta sino con una dulce sonrisa. Entre tanto habiéndose acercado todos frente a la imagen de Jesús y María, la dice la desconsolada mujer: “Dime, hija, ¿quién te mueve a coronar de flores a estas imágenes?” –Me mueve el amor que tengo a Jesús y a María. –¿Les amas mucho? –Les amo cuanto puedo. –¿Y cuánto puedes? –Cuanto ellos me ayudan. –Prosigue en amarlos, replicó por fin la mujer, que bien te lo pagarán ellos en el cielo”. En aquel instante percibió la doncella un olor celestial que salía de las llagas del niño, y en su santa sencillez no pudo menos que preguntar a la mujer con qué ungüento se las ungía, y si aquel ungüento podía comprarse. “Sí, respondió ella; se compra con la fe y con las buenas obras”. Dominica les ofreció entonces pan. “La comida de mi hijo, dijo la madre, es el amor: dile que amas a Jesús, y le colmarás de gozo”. El niño apenas oyó pronunciar el nombre de amor empezó a regocijarse, y vuelto a la doncella, le preguntó si amaba mucho a Jesús, a lo que contestando ella que lo amaba tanto, que día y noche siempre pensaba en Él, y no deseaba más que darle gusto en cuanto podía, añadió él que le amase, que el amor le enseñaría lo que debía hacerle para darle gusto. Interín el olor que exhalaban las llagas del niño iba de un modo extraordinario creciendo; por manera que, embriagando santamente a Dominica, la hizo exclamar: “¡Oh Dios mío, esta fragancia me hace perecer de amor! Si el olor de un niño es tan suave, ¡qué será el olor del paraíso! Apenas había pronunciado estas palabras, ve cambiada completamente la escena. La madre se le presenta vestida de Reina y cercada de luz, y el niño hermoso y lleno de resplandores como el sol. Atónita estaba Dominica, cuando tomando el niño las flores que había delante de la imagen, las esparce cariñoso sobre su cabeza y la ilumina en su interior, para que reconozca en él y a su madre, a Jesús y a María. Postrose la dichosa doncella para adorarle, y desaparece la visión. Dominica tomó después el hábito de santo Domingo, y murió en olor de santidad.

Oración final, pág.

DÍA VIGÉSIMO

Se empieza como en la pág.

¿Por qué no eres santo, hijo mío?

María a sus hijos. Has visto, hijo mío, cuánto te importa, o que lo que más te importa es ser santo y salvar tu alma, porque esto es lo más esencial para el cristiano; lo único que le importa al hombre racional. Por eso te pregunto con el más vivo interés, porque te amo con toda mi alma: ¿Por qué no eres santo, hijo mío? ¿Qué respondes a esta pregunta? Mas responde con verdad y no con excusas... Si a tu amor propio le repugna, yo responderé por ti, hijo mío, y diré que *no eres santo porque tú no quieres...* Atiende bien. Dos cosas se requieren para ser santo: una de parte de Dios, que es su gracia, porque sin Dios nada bueno puedes hacer; y otra de tu parte, que es el querer

de todas veras, correspondiendo a la gracia de Dios. Que Dios quiere que seas santo y te salves, no lo puedes dudar, hijo mío, pues además de certificarlo con sus palabras, lo ha rubricado con su sangre y muerte de cruz... ¿Qué falta, pues, para que tú seas santo?... Solo falta que tú lo quieras, pero que lo quieras de veras, de todas veras... Hay tres grados de querer, hijo mío: uno es el querer *del perezoso*, que quiere y no quiere, si le ha de costar algún sacrificio; otro querer es el querer *del cicatero*, que quiere y no quiere de algún modo, esto es, si le ha de costar los sacrificios que a él no le gustan; y otro querer es el querer *del generoso*, que quiere de todas veras y no repara en sacrificios. ¿Quieres, pues, tú ser santo, hijo mío? ¿Con qué voluntad? ¿Con el querer del perezoso, del cicatero o del corazón generoso?... No quiero me lo digas con tus palabras, hijo mío, sino con tus obras, porque obras son amores y no buenas razones. La prueba verdadera del amor son las obras. Mira, pues, hijo mío, y considera atentamente *qué haces para ser santo*, y en esto verás el grado de voluntad que tienes para serlo... Si huyes del vencimiento de ti mismo, si descuidas sobre todo el cumplimiento de tus obligaciones, si no tienes celo de los intereses de Jesucristo en tu alma y en la de tus prójimos, especialmente en las que te están encomendadas, claro es que no tienes voluntad verdadera de hacerte santo... Si buscas por otro lado tu comodidad y regalo, los intereses mundanos, la gloria de los hombres, tu medro personal; si haces algo por Dios y algo o algos por el mundo; si enciendes una vela a san Miguel y otra al diablo; si regateas tu amor y servicio al buen Jesús; si obras por respetos humanos y no por respetos divinos; si vas, en una palabra, cojeando en el camino del cielo y das muchos pasos fuera del recto camino, tu voluntad de ser santo es la voluntad del perezoso, o cuando más la del cicatero, mas no la del generoso... ¿Y qué sacarás, hijo mío, a la postre de este proceder villano y tan injurioso a tu Dios?... No otra cosa que grandes pérdidas de méritos para la otra vida, grande peligro de perder el cielo, remordimiento cruel en esta vida, y tal vez desesperación en la hora de la muerte... Ya, pues, hijo mío, que nada te importa tanto como ser santo y salvar tu alma, resuelve ahora, ahora de todas veras, el ser santo, cueste lo que costare, murmure quien murmurare, trabájese lo que se trabajare, siquiera llegues a ser santo, más que se hunda el mundo... Yo te ayudaré, hijo mío, en esta divina empresa... ten confianza, ten verdadera voluntad, y santo serás. De carne y huesos eran como tú los santos. ¿No podrás tú lo que ellos pudieron con la divina gracia?

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¿Cómo os pagaré esta grandísima gracia, cual es la de haberme sacado de un craso error, el más perjudicial a mi alma y a mi felicidad eterna? Yo creía, Reina de todos los santos, que no podía ser santo, y se encontraban muy bien mi pereza y amor propio adormecidos en la tibieza y descuido de adquirir la santidad, porque decía: El ser santo no es para mí, eso solo es para almas privilegiadas. Yo no puedo ser santo... Mas desde hoy, Madre querida, al verme tan ruin y malo, al ver que no soy santo diré: ¿Por qué no soy santo? Porque no quiero serlo. Sí, porque no quiero de veras, de todas veras... Porque sé de cierto que Dios lo quiere, que esta es su voluntad santísima, que me convida a más que a ser santo, a ser perfecto como lo es su Padre celestial. Y como Dios, mi Padre, ya sabe que nada puedo sin su auxilio, como es fiel y verdadero, queriendo el fin debe dar los medios. Luego todo el mal y toda la culpa están en mi rebelde voluntad, en mi voluntad perezosa, cicatera... Confieso de pleno esta verdad, Madre querida, por más que repugne a mi amor propio, a mi cobardía y a mi pereza. Yo no soy santo, porque no quiero de todas

veras serlo... Porque si es una verdad de fe que sin Dios nada de bueno puedo ni pensar, ni obrar, también es de fe que con Dios todo lo puedo, y que Dios ha dicho: “Pedid y recibiréis: todo lo que me pediréis os lo concederé...” ¿Cuándo, pues, serás santa, alma mía? responde con sinceridad y convicción profunda ante tu excelsa y Santísima Madre María y di: Santísima Virgen, seré santa cuando yo querré de todas veras. Y como lo que más me importa, o lo único que me importa es el ser santo y salvar mi alma, de ahí es, Madre querida, que delante del cielo protesto en este momento que quiero ser santo, y que lo quiero de veras, de todas veras. Y al despertar de este error gravísimo en que he vivido tantos años, Madre mía, quiero contemplar la serie innumerable de santos que reinan con Vos en el cielo de todos sexos, edades y condiciones, y que me invitan a ser su compañero, y me reconviene diciéndome: ¿No podrás tú, hermano mío, hijo de Dios e hijo de María, lo que nosotros pudimos? ¿Por ventura el camino del cielo es diferente ahora para ti de lo que fue para nosotros?... Más padecimos que tú, más tuvimos que luchar que tú, mayores trabajos y tentaciones superamos que tú, más peligros y dificultades vencimos que tú con la gracia de Dios y la protección de María... ¿Por qué, pues, tú no eres santo, hermano nuestro? ¿Por qué no quieres?... ¡Oh!, ¡qué cobardía, qué vergüenza! Mira tu trono, mira tu palma y tu corona... Solo se da al vencedor de sí mismo, del mundo y del infierno... ¿Consentirás que otro te la arrebate, y te quedes excluido del reino de Dios?

Para mañana

Flor espiritual. Quiero ser santo de todas veras, Madre mía.

Fruto. Trabajaré con todo ahínco en mi propia salvación y perfección.

Aspiración. ¿No podré yo, oh María, reina de todos los santos, lo que ellos pudieron con la gracia?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

San Vicente Ferrer, el apóstol de su tiempo, se distinguió casi desde la cuna por su devoción especial a la Reina del cielo. Deseando agradarle, y leyendo un día en su celda el hermoso tratado que san Jerónimo compuso sobre la virginidad perpetua de María, enamorado de esta virtud, interrumpe su lectura, y postrado en tierra pide a la Reina de las Vírgenes que le conceda la gracia de conservarla siempre. Apenas hubo acabado su plegaria, cuando percibió una voz desalentándole y tachando como de presuntuosa tan santa pretensión. A pesar de la sorpresa, no pudo convencerse de que la Madre de la pureza rehusase jamás su protección para con Dios a aquellos que le piden una virtud que tanto estima; y continuando su oración con más fervor, mereció que la Virgen santísima se le apareciese rodeada de una luz celestial, y le dijese estas palabras: “No te espantes, hijo mío, porque lo que acabas de oír es un ardid del maligno espíritu, que busca medios para acobardarte; ten buen ánimo, y continúa en la resolución que has tomado y en la promesa con que te has obligado; pon tu confianza en la bondad de mi Hijo y en mi protección, y aunque el enemigo tienda sus lazos a tus pies y te prepare mil combates, fortalecido con la gracia, saldrás siempre victorioso”. Dicho esto desapareció la Virgen Santísima, dejando al Santo lleno del mayor consuelo y animado de un nuevo valor. (*Vida del Santo*).

Oración final, pág.

DÍA VIGESIMOPRIMERO

Se empieza como en la pág.

¿Me amas, hijo mío?

María a sus hijos. ¿Me amas, hijo mío?... ¿Me amas más que todos?... ¿Qué respondes con verdad a estas preguntas?... Estamos ya a más de la mitad de mi mes de Mayo, y con razón y fundamento puedo preguntarte: ¿Me amas? porque todo el fruto principal que has de sacar de este mes es con mi amor, el amor de Dios y del prójimo, porque en esto está la perfección y la plenitud de la ley de mi Hijo y Señor Jesucristo. Examina, pues, tus obras, hijo mío, y comprenderás el amor que me tienes. Dime: ¿trabajas cada día en cultivar en tu corazón alguna flor espiritual en mi obsequio?... ¿Aspiras a menudo su celestial perfume?... Pero, sobre todo, ¿procuras que esas flores den frutos de virtud?... Porque en esto está todo el bien de tu alma... ¿Con qué espíritu de fervor me tributas cada día estos obsequios? ¿Eres puntual, constante en darme esas pruebas de tu amor? ¿Cómo cumples las cuatro P que necesitas para ser santo, esto es, *pensar, proponer, pedir, practicar*?... Si en algo, hijo mío, te hubieses descuidado o aflojado, es menester que lo *pienses* seriamente, *propongas* la enmienda, *pidas* la gracia, y *practiques* tus santos propósitos. Ya sabes, hijo mío, lo que se dice vulgarmente y con verdad: Que el infierno está empedrado de buenos pensamientos, de buenas palabras y propósitos, porque no son estos los que prueban el amor, sino las obras. Fíjate bien, hijo mío, en aquella sentencia tan consoladora que dice: “Yo amo a los que me aman”, y que en mi devoción está cifrada una de las más bellas y eficaces señales de salvación. Medita, pues, hijo mío, si tu amor es operativo, esto es, qué interés tienes en honrarme y que otros me honren; si te gusta cantar mis alabanzas, pregonar mis excelencias, y lo que es mejor que todo, si pones cuidado en imitar mis virtudes, especialmente mi humildad, mi pureza, mi modestia y mi caridad... Cuanto más cuidado tengas en practicar estas hermosas virtudes, mejor me probarás tu amor. Trabaja, pues, con todo ahínco por ser humilde, casto, modesto, caritativo, y verdaderamente me amarás y yo te amaré; y de este amor mutuo, hijo querido, nacerá en tu pecho un río de felicidad, de paz y de gozo en el Espíritu Santo, y entonces me dirás con verdad: “Yo te amo, Madre mía”, que es el único gozo cumplido que puedes dar a mi Corazón maternal. Y como tú, hijo mío, has recibido mayores gracias de mi amor, y te he alcanzado el perdón de mayor número de pecados, debes amarme más que todos, porque escrito está: Aquel ama más a quien más se le ha perdonado, porque es más deudor.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Madre mía de mi alma, Madre mía de mi vida y de mi corazón, Vos lo sabéis todo, Vos sabéis que yo os amo... Es verdad que no os amo cuanto merecéis ni cuanto debo, pero mi corazón me protesta que os amo. ¿Y cómo es posible que un hijo no ame a su Madre queridísima, si esa Madre se llama, como Vos, María, toda bondad, toda ternura, toda clemencia y amor para con sus hijos?... Si no ama mi corazón a Vos, decidme, os ruego, ¿a quién podría amar?... ¿Qué madre atesora en su corazón las gracias, bondades, clemencia y amores que el vuestro?... Ninguna. ¡Oh! no es posible, porque Vos sois, oh Madre mía dulcísima, la

más amable, la más amada y amante de Dios y de los hombres. Os amo, pues, Madre mía, amor de mi alma, imán de mis amores, hechizo y encanto de mi corazón... Os amo, oh María, robadora de corazones, paraíso de delicias de todo un Dios, y alegría y descanso de mi pobre corazón, y solo tengo una pena, y es de no amaros más y no haberos amado siempre... Aunque no fueseis Vos toda amabilidad y bondad como lo sois, no podría yo negaros mi amor, porque nadie me ha probado mayor amor que Vos después de Jesucristo, vuestro Hijo y mi Redentor. ¿No debo yo por ventura a vuestro amor todas las gracias que el cielo me ha dispensado hasta el día de hoy?... ¿No estaría ya en el infierno?... ¿Estaría haciéndoos ahora el mes de Mayo, si Vos no hubieseis intercedido por mí?... ¿No sois Vos, Madre mía, la dispensadora de todas las gracias que del Corazón de Cristo Jesús descienden sobre todos los mortales?... ¡Oh vida, dulzura y esperanza mía! ¡Oh María clementísima, piadosa, dulce y amantísima! Yo quiero probaros desde hoy mejor mi amor, profesándoos una verdadera y filial devoción. Vuestra devoción es efficacísima, porque se dirige a Vos, que sois la Madre de Dios, y Dios nada puede negaros. Vuestra devoción es dulcísima, porque es la devoción de mi propia Madre, que es a la vez Madre de Dios. Vuestra devoción es tiernísima y suavísima, porque sois la Madre de pecadores... Yo, pues, gran pecador, pero pecador arrepentido, desde este momento me postro a vuestros pies, oh María, y os reconozco por mi Madre, refugio y abogada de pecadores. A vuestros pies depongo las armas homicidas con que desgarré vuestro pecho inocente y traspasé el Corazón de vuestro Santísimo Hijo: estas armas son mis pecados, oh Señora, que detesto con toda mi alma, y os digo con todo mi corazón verdaderamente arrepentido: ¡Oh Madre de pecadores! yo os amo, yo os amo, yo quiero amaros más que todos, porque mayores pecados que a todos me habéis perdonado, y mayores mercedes me habéis hecho, oh Madre mía. En cambio, rogad a Jesús por mí: alcanzadme la perseverancia y aumento en vuestro amor y en el amor de Jesucristo, vuestro Hijo y mi Señor. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Deseo amaros, oh María, como Vos me amáis.

Fruto. Me esmeraré en obras de misericordia por amor a María, dando hoy una limosna a un pobrecito por su amor.

Aspiración. ¡Quién me separará de vuestro amor, oh María! Vos sabéis que os amo... aumentad mi amor.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

En 1683 los ejércitos del turco se iban complaciendo en los triunfos que acababan de conseguir por todo el mundo, cuando resolvieron extender sus conquistas más allá del Danubio y del Rhin. Dirigiéronse hacia Viena para ponerla sitio. Todos se alejaban a medida que se iban aproximando, y el mismo emperador Leopoldo I, sintiendo su debilidad y su impotencia, había abandonado con precipitación su capital huyendo por una de sus puertas, cuando los bárbaros entraban por la opuesta. Poco tardó en estar todo dispuesto: la campiña convertida en un formidable campo de batalla, y la ciudad presa del más triste pavor, aumentó su amargura por el incendio de una iglesia que próxima al arsenal amenazaba comunicar el fuego a este depósito, causando una espantosa explosión. Pero, ¿qué no conseguirá María

invocada con fervor? Viena, baluarte de la cristiandad, oraba de continuo a la Virgen Santísima: y cuando en el día de la Natividad redoblaba aún sus esfuerzos, vio bien presto aparecer sobre ella la señal de alegría. Sobieski aparece por las cimas de las montañas ondeando sus banderas; y el día 12 por la mañana asiste al santo sacrificio de la Misa, y la sirve por sí mismo de rodillas y los brazos extendidos en forma de cruz. Después de comulgar se pone con sus tropas bajo la protección de la Inmaculada Virgen, recibe con ellas una bendición solemne dada en nombre del sumo Pontífice, y lleno de ardor y confianza les dice: “Marchemos bajo la protección todopoderosa de la Madre de Dios”. No ignoraban los poloneses que su pequeño ejército no podía triunfar sino por un favor del cielo; pero habíanorado con fe, y bajo el amparo de María nada podían temer. En efecto: aturdido al primer choque el Kan de los tártaros, huye precipitadamente; arrastra en pos de sí al gran Visir, que le sigue pateando de coraje; bien pronto la pérdida es completa, el campo cubierto de cadáveres y el Danubio engulle a los fugitivos; y las municiones, la artillería, el estandarte mismo de Mahomet quedan hechos presos del vencedor. Sobieski hizo su entrada en Viena con Leopoldo, y lleno de reconocimiento por la gracia que acababa de alcanzar, entonó por sí mismo el *Te Deum*. Desde entonces el religioso monarca mandó llevar consigo una imagen de Nuestra Señora de Loreto, sobre la cual revoloteaban dos ángeles sosteniendo una corona con esta inscripción: “Por esta imagen de María, Juan será vencedor”.

(*Historia de Polonia*).

Oración final, pág.

DÍA VIGESIMOSEGUNDO

Se empieza como en la pág.

Grandezas de María

María a sus hijos. Solo Dios es grande, hijo mío, solo Dios es santo, solo Dios es altísimo... Las criaturas en su presencia no somos otra cosa que nada, o un átomo de polvillo que lo disipa el viento... No obstante, hijo mío, su infinita Majestad y grandeza, Dios nos ama tanto, que parece no puede ser feliz sin el hombre: y de este amor provienen todos los bienes preciosos que se encuentran en las criaturas. Mira la grandeza de los cielos, la variedad de las plantas, la hermosura de las aves, la multitud de los peces, y todo el concierto admirable del universo... ¿No es verdad que todo esto cautiva y arrebatatú consideración? Pues sabe, hijo mío, que todas estas cosas no son más que limosnitas de amor que nuestro Dios y Señor os ha hecho a los hijos de Adán... Sube luego a ponderar la hermosura y grandeza del mundo espiritual, o de la gracia, y crecerá inmensamente tu admiración; la sabiduría de todos los doctores, la luz de los profetas, el celo de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la pureza de las vírgenes, la virtud de los confesores, la gracia y gloria de todos los ángeles y santos que fueron son y serán... ¡Oh, hijo mío! ¿No es verdad que te confunde tanta riqueza y tanta gracia?... Pues finge ahora en tu interior una criatura que ella sola reúna todas las armonías y gracias y perfecciones derramadas en el mundo de la naturaleza y de la gracia, ¿no es cierto que esta criatura sería la más grande y la que mejor reflejaría todos los atributos y perfecciones del Criador?... Pues sábetelo, hijo mío, que existe esta criatura, obra maestra del poder, sabiduría y amor de Dios. ¿No conoces a tan privilegiada criatura? ¿No has oído su nombre excelso?... ¿Quieres oírlo?... Pues... es María Inmaculada; soy yo, tu Madre, trofeo y medida de la omnipotencia de Dios. Yo soy María, hijo mío, más grande que los cielos, más inmensa que el mar, más fecunda que toda la tierra, más perfecta que todos los santos, más encumbrada que todos los

serafines... dios me crió como un mundo especialísimo para Sí, como su paraíso de delicias, toda hermosa, toda inmaculada, toda perfecta, porque yo soy María, Madre de Dios, pues de mí nació Jesús, Hijo de Dios... Puede criar el Señor un mundo más hermoso, unos ángeles más bellos; mas ¡ay! no, no puede criar una Madre suya más perfecta... ¡Oh, hijo mío! concibe, si te es posible, lo que es ser Hijo de Dios, y entonces concebirás lo que es ser Madre de Dios; porque la excelencia de lo uno te hará conocer la excelencia del otro, y si la dignidad del Hijo es incomprensible, lo es también la de la Madre... Ni yo misma, hijo mío, puedo comprender toda mi grandeza, porque es un abismo sin fondo, que solo Dios, que me crió, puede medir y sondear. Soy Madre de Dios... de mí nació Jesús, Hijo de Dios... He ahí el timbre de todas mis grandezas. Medítalas y adóralas y admíralas en silencio, hijo mío, y da gracias conmigo al Señor por todas ellas.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Oh María, Madre de Dios y mía! Solo Vos sois grande, solo Vos santa, solo Vos altísima después de Dios... Con razón nos previenen vuestros santos admiradores que toda criatura calle y tiemble y no se atreva a levantar sus ojos hacia la inmensidad de vuestra grandeza y de vuestra gloria... Verdaderamente confieso que no puedo yo comprender lo que solo puede ser comprendido por el mismo Dios. Es verdad, Madre querida, que no sois Dios, pero también es cierto que todo es divino en Vos, menos Vos misma. Vuestros privilegios y vuestras relaciones con la Trinidad Beatísima son divinas, y no podemos mirarlas ni examinarlas sin vernos envueltos y como perdidos en los resplandores de la divinidad. Vuestra fecundidad es divina: vuestro Hijo Jesús, carne de vuestra carne, y hueso de vuestros huesos, es divino... Lo que vuestro Hijo posee por naturaleza, Vos lo poseéis por gracia. ¡Oh Madre querida de mi corazón! permitidme desahogar mi alma contemplando vuestras soberanas grandezas que tan en honra son de Dios, de Vos y nuestras, porque la gloria de una Madre se refleja y redunde en gloria de sus hijos. Jesús es mi Padre y María es mi Madre... Jesús es mi Rey y mediador, María es mi Reina y mediadora... Jesús es la Sabiduría eterna, María es su trono, su asiento... Jesús es Padre de misericordia, María es Madre de misericordia... Jesús es todopoderoso por Sí, María lo es por su Hijo... Jesús es el autor de la gracia, María es la Madre de ella... Jesús es el dueño de los tesoros del cielo, María es su dispensadora... Jesús es el camino del cielo, María es la puerta... Jesús está sentado a la derecha de Dios su Padre, María a la derecha de Dios su Hijo... Jesús es Rey de cielos y tierra, María es la Reina... Al nombre de Jesús doblan su rodilla los ángeles, los hombres y los demonios; lo mismo hacen al oír el nombre de María... Jesús es Hijo Unigénito del Padre, Jesús es hijo unigénito de María; y si el Padre Eterno dice a Jesús: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en los resplandores de mi gloria eternamente; María dice a Jesús: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en el tiempo en los resplandores de mi grandeza... ¿Mas dónde me lleva mi entusiasmo, Madre querida? Todo esto y muchísimo más merecen vuestras grandezas... Mas en la imposibilidad de celebrarlas dignamente, y temiendo desdorarlas con mi rudeza, me callaré y las contemplaré en silencio con el más profundo respeto, amor y gratitud hacia Dios y hacia Vos, suplicándoos os dignéis obtenerme la gracia de contemplarlas un día con Vos en los esplendores de la eterna gloria.

Para mañana

Flor espiritual. ¡Cuándo subiré al cielo a contemplar vuestra gloria, oh María!

Fruto. Sufriré callando los trabajos de esta vida, para merecer así contemplar las grandezas de María en la gloria. Rezaré la Coronilla de las doce estrellas.

Aspiración. Solo Vos sois grande, oh María, después de Dios, obra maestra de su magnificencia... Alabada por todos seáis.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

No solo en las necesidades particulares y en las calamidades públicas se manifiesta diariamente la benigna intercesión de María: en los campos de batalla, donde se decide la suerte de los imperios, ha brillado repetidas veces su poderosa mano, ciñendo con el laurel a los soldados que la invocaban. Descuella entre todas la victoria de Lepanto, que le mereció el título de *Auxilio de los cristianos*. Los turcos, dueños del Asia y del imperio de Constantinopla, amenazaban invadir la Italia y acabar con el cristianismo: los españoles y venecianos trataron de oponer un dique a su pujanza; y el santo papa Pío V, favoreciéndoles con naves y tropas, les ayudó, sobre todo, con sus oraciones, y con las rogativas generales que ordenó. Oraba la Europa entera, y rebosaban en suplicantes los santuarios de la Virgen. En 7 de octubre de 1571 las dos armadas se encontraron en las aguas de Lepanto; los cristianos, inferiores en fuerza, imploraron a la *Estrella de los mares*, desplegóse el estandarte pontificio con la imagen del Crucificado, y envueltas en humo ambas escuadras, combatieron tres horas sin inclinarse de ningún lado la ventaja. Reiteraron los nuestros sus esfuerzos y oraciones; los turcos cejaron, huyeron, hundiéndose sus naves bajo las olas; treinta mil cadáveres las tiñeron con su sangre; quince mil cautivos libertados fueron el botín más precioso de la jornada, y su resultado la salvación de la Europa cristiana. A la misma hora el papa tuvo revelación del feliz suceso; y no dudando atribuirlo a la Virgen, instituyó la festividad de Nuestra Señora de la Victoria.

Oración final, pag.

DÍA VIGESIMOTERCERO

Se empieza como en la *pág.*

Bondades de María

María a sus hijos. De nada te serviría, hijo mío, creer, ponderar y admirar la incomparable grandeza de mi poder y de mi gloria, si yo no tuviese lleno el Corazón de bondad y no la emplease a favor de los míseros mortales. ¿Cuántos hay que nadan en la opulencia del poder y de las riquezas y no socorren al pobre y desvalido? Mas esto no puede suceder en mí, hijo mío, porque no solo soy Madre de Dios, sino que también soy Madre de los hombres, soy Madre tuya, y es imposible que una buena madre no quiera socorrer y no socorra al hijo de sus entrañas pudiendo hacerlo... Pues yo puedo, hijo mío, socorrerte en todo peligro y necesidad, porque soy todopoderosa; y quiero socorrerte, porque soy tu Madre bondadosa que te ama con inmenso amor... Si hubieses de dudar de alguna de mis prerrogativas, hijo mío, mayor injuria me harías dudando de mi bondad que de mi poder; y si yo hubiese de renunciar a alguno de

estos dos atributos, con mayor gusto renunciaría al poder que a la misericordia... Yo puedo y quiero alcanzarte mayores gracias para tu salvación que todos los otros santos, hijo mío, porque no me puede faltar el poder, porque soy Madre de Dios; y no me puede faltar el querer, porque soy Madre de los hombres. Sí, hijo mío, primero debes dudar de mi poder que de mi amor... Si, pues, mi poder no conoce límites, tampoco los conoce mi bondad. Ella se extiende a todos los siglos y a todos los hombres, y toda la tierra y todo el cielo están llenos de mis misericordias, de mis bondades... ¿Dudas todavía de mi amor, hijo mío?... Pues sube con la consideración al Calvario. ¿Qué ves allí, hijo de mis entrañas? A mi Hijo Jesús sobre la cruz derramando la sangre de su cuerpo, y a mí, su Madre, al pie de la cruz vertiendo la sangre de mi Corazón, y ofreciendo ambos un mismo sacrificio por amor del hombre, por tu amor, al eterno Padre. ¿Podía darte ni tú exigirme mayor prueba de mi verdadero amor?... Pues ahora, hijo mío, aún te amo en el cielo con más regalado y fuerte amor, porque la gracia se perfecciona en el reino del amor, de la caridad; y porque el amor de Dios y del prójimo son un mismo amor... Yo soy la procuradora del paraíso, hijo mío, que me he hecho toda para todos, y les abro el seno de la misericordia y bondad para que todos saquen lo que necesitan: el pecador perdón, el justo perseverancia, el afligido consuelo, el enfermo salud, los ángeles alegría, el género humano redención, la Trinidad su gloria, y el hijo de Dios su humanidad... Nadie hay, hijo mío, que no reciba de mi Corazón los beneficios de mi amor. La voluntad de Dios es que recibáis los hijos de Adán todas las gracias de mis manos... Lee los libros que tratan de mi bondad, los títulos de mis imágenes que la pregonan, los milagros obrados que la testifican, las conversiones que la demuestran... y si esto no te basta, sube con la consideración al cielo, y pregunta a todos los santos y justos y te responderán: Por la bondad de María somos salvos. A María debemos la gracia de santificación y perseverancia: María nos mostró después de ese destierro a Jesús, fruto bendito de su vientre... ¿Puedes dudar de mis bondades, hijo mío?... ¡oh! no es posible.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María, Madre de misericordia, toda bondad, toda ternura! Nada en Vos hallamos, oh María, que pueda retraernos de acercarnos con confianza a solicitar vuestro amparo maternal, porque la única cosa que acaso pudiera retraerme son mis miserias y mis pecados, y en verdad estos son los títulos más eficaces que puedo alegar para ser socorrido por vuestro Corazón maternal. Porque ¿quiénes son y pueden ser los vasallos de la Reina de la misericordia sino los miserables? y ¿quién más miserable que yo, infeliz pecador?... luego yo soy, cuanto más miserable, vasallo más valido de vuestro reino y por lo mismo más digno de ser atendido... y así espero, oh Madre querida, me recibiréis con bondad, me oiréis con benignidad, me obtendréis el perdón, y me alcanzaréis la paz y amistad de los hijos de Dios... Cuanto más pecador soy, oh Madre compasiva, soy objeto más digno y merecedor de vuestra ternura, y con tal que implore vuestra protección estoy seguro que alcanzaré misericordia... ¡Oh! no, no quiero caer en la tentación de desaliento y desesperación con que me tienta el demonio, mientras pueda pronunciar vuestro dulce nombre, ¡oh María!... No, no permitáis que caiga jamás en esta *tentación de desconfianza, la más peligrosa de todas*, porque con ella pretende el demonio inutilizar todos los tesoros de la misericordia de Dios y de Vos, oh Jesús y María... No, no, antes perderé la vida que la esperanza de salvarme, invocándoos a Vos, oh María, vida, dulzura y esperanza mía.

¿No es de fe, Madre mía María, que el Señor no desechará jamás un corazón contrito y humillado?... ¿No es de fe que solo los condenados que están ya en el infierno tienen motivo de desesperación?... ¿Por ventura el Señor no recibe al hijo pródigo y le abraza, acaricia y regala, llámese Magdalena, o María Egipciaca, o Tais, o Pelagia, o Agustín?... ¿No es cierto que la mayor complacencia y gozo que podemos dar al Corazón de Jesús y de María, es volver convertidos a sus brazos pidiendo misericordia?... ¡Oh, alma mía! si por ventura por tus grandes pecados temes invocar al Padre de las misericordias, porque también es tu juez, no temas invocar a María, acudir a María, que es Refugio y Abogada de los pecadores; porque es María tierna Madre que respira toda bondad, dulzura, compasión, misericordia y amor... Yo sé, Madre mía, que Vos tenéis más deseos de concederme gracias que yo de recibirlas. No quiero, pues, perder jamás la confianza, el ánimo de salvarme, invocando vuestra misericordia y bondad, oh María... Yo oigo, Madre dulcísima, la queja que me dirigís porque no acudo como el polluelo bajo la sombra de vuestro manto maternal para librarme de las iras de Dios... Abridme, pues, el seno de vuestra misericordia, refugio de pecadores, y recibid allí a mi alma, y encerradla en él para que no salga ya jamás sino para engolfarse en el océano de las misericordias infinitas, para cantarlas con Vos eternamente en el seno de la bondad increada. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Primero morir que pecar; mas si por desgracia pecare, morir mil veces quiero antes que desconfiar de recobrar la gracia de Dios por vuestra intercesión, oh María.

Fruto. Rezaré tres veces la *Salve*, repitiendo con pausa y fervor: Ea, pues, Señora, Madre de misericordia, vuelve a nosotros esos tus ojos tan misericordiosos.

Aspiración. Oh Madre compasiva, María, robadora de corazones, establezco desde hoy mi morada perpetua en el seno de vuestra misericordia.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Montserrat

En el Principado de Cataluña, y enclavado en la diócesis de Barcelona, se conserva, si bien rodeado de ruinas, un célebre y magnífico santuario, en donde desde el año 880 se venera una imagen de María, bajo el título de nuestra Señora de Montserrat. Es hermosa sobre toda comparación: está sentada con majestad en una silla, su rostro es moreno, pero agraciado y encantador; su mirada es viva y penetrante, de manera que infunde devoción y temor al que la mira con alguna detención. Sobre las rodillas tiene al infante Jesús, que parece ser un niño de tres o cuatro meses. Su Santísima Madre tiene puesta la mano izquierda sobre su espalda, al mismo tiempo que por debajo de su brazo derecho saca la mano derecha, como quien la alarga para enseñarle alguna cosa. ¡Cuántas consagraciones no se han verificado en presencia de esta soberana imagen! ¡Cuántas lágrimas de filial ternura no se han derramado en su silencioso tabernáculo! ¡Cuántos pecadores han dejado entre aquellas solitarias rocas un corazón endurecido por las culpas, porque María Santísima de Montserrat les había alcanzado la gracia de la contrición!... El ilustrísimo D. Beltrán de Guevara, obispo de Mondoñedo, y muy conocido de los

literatos por sus apreciables escritos, había ido a consagrarse a Montserrat, y no obstante de que en sus viajes había visitado los santuarios más célebres de Europa, en ninguno de ellos había experimentado tan dulces emociones como experimentó en este. Al verse en presencia de la hermosísima imagen de Montserrat, se sintió tan poseído de devoción, que después escribía en una de sus cartas: “¡Oh!, ¡quién me diera que yo fuese lo que en Montserrat prometí que sería!”

La infanta D^a. Margarita de Austria, nieta del gran emperador Carlos V, quiso permanecer algunos días en Montserrat, y según la relación que nos dejó escrita el venerable Palafox, un día en un transporte de filial devoción se abrió una vena, y con su propia sangre quiso escribir la papeleta de consagración a María, la que se conservaba en el monasterio antes de la guerra de la Independencia, y estaba concebida en estos términos: “Con la sangre de mi corazón me ofrezco y entrego por esposa de Jesús, y pongo por medianera a la Virgen María. En fe de lo cual lo firmo. –*Margarita*”. Cumplió tan al pie de la letra su fervoroso compromiso que, renunciando al matrimonio de Felipe II, monarca entonces de España, fue a encerrarse en el convento de Descalzas reales de Madrid, donde murió en olor de santidad.

Pero las dos consagraciones más memorables que se han pronunciado en Montserrat, y que han quedado escritas allí en dos lápidas de mármol, son las de san Pedro Nolasco y de san Ignacio de Loyola. El primero de estos insignes fundadores, al entrar en España, procedente del Languedoc, se dirigió a Montserrat, entró de rodillas en la iglesia, y continuó por espacio de nueve días, ocupado la mayor parte del día y de la noche en regalarle con su amada Madre, y pedirle el modo de consagrarse con mayor fruto al servicio del Señor. El otro, san Ignacio de Loyola, al llegar a Montserrat hizo una confesión general, colgó la espada y la daga en el altar de María, se desnudó de sus vestidos de militar, y se puso una vestidura grosera que podía muy bien servir de cilicio, y se estuvo toda la noche velando a las plantas de la soberana Imagen, consagrándose al servicio de su Santísimo Hijo de una manera tan solemne y formal como lo acreditaron después sus obras. Y ¿no sería bien grande nuestra dicha, si en este mes de Mayo nos consagrásemos al amor de María, teniendo en nuestros corazones unos sentimientos semejantes a los de estos gloriosos santos?...

Oración final, pág.

DÍA VIGESIMOCUARTO

Se empieza como en la pág.

Gracia y gracias de María

María a sus hijos. Te habrás maravillado, hijo mío, de las cosas grandes que hizo en mí, su humilde sierva, el Señor, que es poderoso y santo su nombre; pero aún te faltan otras maravillas que ver y admirar en mi alma. Porque toda la gloria de la hija del rey de los cielos está en su interior, y esto es lo que debes meditar este día, a saber, la gracia que el Señor depositó en mi alma, y las otras gracias con que me adornó. Representate, hijo mío, para que mejor comprendas de algún modo la inmensidad y el abismo insondable de mi gracia santificante, que es la que hermosea el alma y la torna graciosa y amable a los ojos de Dios: considera, digo, que nuestro Señor y Dios, queriendo hacer ostentación de su poder y magnificencia, ha ido derramando por espacio de muchos siglos sobre los ángeles y los hombres miles de gracias o grados de gracia a cual más preciosos... Figúrate, para mejor comprenderlo, que todas estas gracias las escribe en la pizarra de los siglos, y que tantas son, que si se grabasen en la bóveda del firmamento no habría bastante espacio para escribir las cantidades de

gracias derramadas por Dios en sus ángeles y santos... Mira después cómo el Señor de las ciencias suma todas estas cantidades de gracias, y esta suma total de gracia elevada a la mayor potencia imaginable y aún posible, la coloca en mi alma... y entonces podrás tener alguna idea de la gracia y de las gracias que mi alma atesora... Sí, hijo mío, a los otros santos y ángeles, como a siervos suyos, el Señor les ha comunicado su gracia por partes; a mi alma, que soy su Madre y la Reina de sus siervos, la ha comunicado en toda su plenitud... Por esto el arcángel me saludó, para distinguirme de todas las criaturas y como con mi propio nombre: *Llena de gracia*... ¿No es verdad que asombra y pasma tanta gracia, hijo mío?... Pues aún hay más que maravillar en el abismo de gracias que mi Corazón encierra, y es el acrecentamiento que en él se obró durante toda mi vida... Ya en el primer instante de mi Inmaculada Concepción con el uso de razón se me comunicó por mi Dios una gracia tan grande, que ningún santo ni serafín pudo llegar jamás a poseerla, porque mis fundamentos, hijo mío, se echaron sobre los montes santos, y el Señor amó más las puertas de Sión que todos los edificios más acabados de Jacob; esto es, la gracia primera fue en mí desde el principio, en el grado donde la perfección de los otros santos puede acabar... Con la Encarnación de mi Hijo Jesús en mi seno, con los castos abrazos y besos y comunicación por treinta y tres años, con el Bautismo y Confirmación, y sobre todo con la recepción diaria de la santa Eucaristía, en los veinticuatro años que sobreviví a mi Hijo Jesús, conservando de un día para otro las especies sacramentales en mi pecho, que era como una custodia o tabernáculo vivo, ¿quién puede calcular el aumento de mi primera gracia?... Si el hábito de la caridad, hijo mío, crecía en mí a medida de los actos, y los actos se conformaban con la intención del hábito, y no había en mi alma cosa que retardase o impidiese esta multiplicación de la gracia, y por otra parte mi Dios es tan largo en dispensar sus tesoros, que los redobla a proporción de la correspondencia, y por setenta y dos años, aún durmiendo, mi alma negociaba con suma fidelidad este caudal... ¡oh! no puede calcularse por nadie el abismo inmenso de gracia y caridad que atesoró mi alma en toda su vida... Solo Dios, hijo mío, puede medir este caudal de gracias, porque lo crió... Admira, pues, y reverencia, hijo mío, este abismo de gracias, y aprovéchate de él con tu devoción y confianza.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Oh Reina de la gracia y Madre del rey de la gloria!, confuso y humillado me postro ante Vos para admirar y reverenciar en silencio vuestra incomparable belleza y gracia... Estáis elevada, oh María, en gracia y gloria sobre todos los ángeles y santos, y vuestro resplandor eclipsa toda su claridad y belleza... Yo venero vuestro Corazón inmaculado como un abismo de gracia, de perfecciones y de méritos, donde nadie puede hallar el fondo, ni Vos misma, sino solo Dios que ha hecho en Vos cosas grandes... Yo glorifico por este caudal de gracias a mi Dios y a Vos, porque se complació en derramarlas tan largamente, y Vos las multiplicasteis tan maravillosamente... Yo os ofrezco como mías todas las alabanzas que os han ofrecido y os ofrecerán los ángeles y los hombres, oh Madre de la divina gracia; y yo me glorío en tal grado de ser vuestro hijo y siervo, que no trocaría este título por los más pomposos del mundo... Mirad a mi poquedad y a la pobreza de mi corazón, y por lo tanto, Vos, oh gran Señora, que tenéis la llave de los tesoros de la gracia y de la gloria, no seáis escasa, os ruego, en derramarlos sobre mi pobre corazón... Desde el colmo y plenitud de vuestra gracia y gloria, mirad con amorosos y piadosos ojos a vuestro pobrecito y esclavito, que en Vos tiene puesta toda su

confianza, y espera que no será jamás confundido... Yo no os pido ni honores, ni riquezas, ni bienes temporales; solo os pido la gracia y amistad de vuestro Hijo y de Vos, que vale más que todos los bienes de la tierra y millares de mundos... No podéis negarme esta gracia, Madre de la eterna vida, porque tan inmenso caudal de gracias lo ha puesto en Vos Jesucristo, para que repartáis de ella a todos los mortales y sobre todo a los hijos de vuestro Corazón, que os invocan por su Madre, y que tienen puesta en Vos toda su confianza después de Dios... Si no, decidme, Madre querida: ¿para qué habíais de tener tan gran tesoro, si habíais de ser avara o escasa en comunicarlo a los necesitados?... ¿Podéis negar las riquezas y poder de vuestra intercesión a quien no ha negado la sangre de vuestro Hijo, ni el poder y amor de vuestro patrocinio?... esta es, pues, toda mi confianza, Madre querida, y ya que estáis llena de gracia, derramadla sobre mi alma, vacía y sedienta de la divina misericordia... Si Vos no quisierais concedérmela, decidme, Madre de misericordia, ¿a qué corazón puedo ir yo a llamar más generoso, más compasivo, clemente y dadivoso que el vuestro?... Pues no lo hay ni puede haber, oh María, más que el de vuestro santísimo Hijo Jesucristo, por eso os ruego me lo mostréis en el cielo por ser fruto de vuestro vientre, después de haber sabido conservar y multiplicar en la tierra su gracia y amor en el mayor grado posible para mi alma. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Ya que tú derramaste los ríos de la gracia, oh María, y eres su cacera o acueducto, riega, te ruego, las flores de mi árido corazón para que den fruto.

Fruto. Rezaré tres veces el *Magnificat*, para ayudar a la Virgen a dar gracias a la Beatísima Trinidad por todas las que le dispensó en su vida.

Aspiración. Oh María, canal y abismo de gracia del cielo, riega mi huerto y harta de agua el fruto de mi prado, de mi corazón.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

El P. Auriemma cuenta la historia de una pobre pastora, la cual tenía tan grande amor a la Santísima Virgen, que fundaba toda su dicha en retirarse a una pequeña capilla de Nuestra Señora, situada sobre una montaña, y mientras que sus ganados pacían alrededor de la ermita, ella permanecía horas enteras en dulces entretenimientos con su buena Madre. La imagen de la Santísima Virgen era de relieve y sin adorno alguno; viendo lo cual la pastora, hizo un manto de un pedazo de tela, lo mejor que pudo hallar. Esto no lo creyó bastante; cogía además flores en los campos, con las que formaba una corona; después, subiendo sobre el altar ponía la corona en la cabeza de la Imagen, diciendo a María: "Mi buena Madre, yo desearía colocar sobre vuestra frente una corona de oro y de piedras preciosas; pero como yo no soy sino una pobre pastora, no puedo presentaros sino una corona de flores: recibidla al menos como una prenda de mi amor". Con semejantes homenajes se esforzaba esta joven en honrar a su amable Señora. Veamos cómo la Santísima Virgen le recompensó sus visitas y su amor.

La pastora cayó enferma: se hallaba en el último extremo, y sucedió que dos religiosos pasando por este lugar y fatigados del camino se sentaron bajo un árbol para descansar. El uno se durmió, y el otro permaneció en vela: pero ambos tuvieron una misma visión. Vieron una multitud de vírgenes, todas sobremanera hermosas, pero una de ellas que estaba en medio de las otras sobrepujaba a las demás en belleza y majestad. Uno de los religiosos, dirigiéndose a esta, le preguntó quién era y a dónde iba. "Yo

soy, le respondió, la Madre de Dios, y voy con estas vírgenes que me siguen a visitar a una pobre pastora moribunda, la cual durante su vida me visitaba con frecuencia. Dicho esto desapareció la visión. Los religiosos se dijeron el uno al otro: Vamos también nosotros a ver esa pastora. Se pusieron en camino, y Dios les condujo a la pobre choza de esta joven. Habiendo entrado, la hallaron recostada sobre un poco de paja. Después que la saludaron, les manifestó ella su agradecimiento, y les dijo: “Hermanos míos, pedid a Dios que os deje ver la compañía que tengo”. Al momento se arrodillaron, y abriéndoles el Señor los ojos, vieron a María que estaba a la cabecera de la cama de la moribunda con una corona en la mano: al punto la Madre de Dios y las vírgenes que le seguían entonaron un cántico divino; después de este canto celestial, la pastora se arrojó en los brazos de María, la cual le puso en la cabeza la corona que llevaba en su mano, y al mismo tiempo expiró. María recibió su dichosa alma y la llevó al cielo.

¡Por coronas de flores que se marchitan ofrecidas a María, una corona de gloria inmortal! ¿Quién no desearía imitar la piedad de esta pobre pastora para con María, a fin de recibir las mismas gracias en la hora de la muerte, y la misma recompensa en la eternidad?

Oración final, pág.

DÍA VIGESIMOQUINTO

Se empieza como en la pág.

Humildad de María

María a sus hijos. Es la humildad, hijo mío, una flor preciosísima que no se cría en la tierra del pecado, y solo puede brotar, crecer y arraigarse en el paraíso de la gracia del cielo... Es la humildad flor de tan exquisito perfume, hijo mío, que al aspirarla en mi Corazón el rey de los cielos se hizo esclavo tomando la naturaleza humana en mis entrañas virginales... ¿Y sabes por qué, hijo mío, Dios Altísimo ama tanto a la humildad?... Es porque Dios es Dios de verdad, y la humildad es la verdad, puesto que atribuye a Dios lo que es de Dios, esto es, todo lo bueno, y da al hombre todo lo que es suyo, esto es, la miseria y el pecado... Por eso Dios mira con amorosos ojos a los humildes, y no puede sufrir cerca de Sí a los soberbios mentirosos... Mi alma, hijo mío, como había de ser la más ensalzada, también fue la más humilde. Contempla toda mi vida. Abismada estaba en los pensamientos de mi nada cuando el ángel me llamó llena de gracia y escogida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios. ¡Yo Madre de Dios, que me creía sobradamente honrada con ser su esclava! Por esto me puso en sobresalto esta embajada celestial, porque no podía comprender cómo el Dios de infinita grandeza había puesto sus miradas en mi bajeza y abyección... Por esto me confesé esclava del Señor al consentir a su demanda, y declaré luego que si algo había en mí digno de admiración, debía atribuirse a Dios, que se dignó poner sus amorosas miradas de misericordia sobre su sierva. Esta virtud, la más necesaria para ti, hijo mío, porque es el fundamento de todas, la practiqué todos los días de mi vida. La humildad me impulsó a servir a mi prima Isabel en la visita que le hice después de ser elegida Madre de Dios... La humildad me movió a ocultar a mi virginal esposo san José este privilegio del cielo... La humildad me sujetó a la ley de la purificación a pesar de que no me obligaba, porque el nacimiento de mi Hijo me hizo más pura, pues su concepción fue por obra del Espíritu Santo. La humildad me hacía declinar los honores que mi Hijo recibió en su entrada triunfante en Jerusalén, y la misma humildad me condujo al pie

de la cruz para declararme Madre de Jesús crucificado cuando estaba cubierto de oprobios. ¿Qué más? Buscaba siempre, hijo mío, en todas las cosas ser ignorada de los hombres y tenida por nada, engrandeciendo mi alma solamente a Dios y a su nombre santo que tantas gracias me había otorgado por un efecto de su infinita bondad. ¡Oh, hijo mío! de todas las lecciones de vida eterna que puedo darte, ninguna te es tan necesaria como esta de la humildad... Por eso te repito en este día y te lo recordaré toda tu vida con mi Hijo Jesús: “Aprende de mí, que soy mansa y humilde de corazón, y hallará reposo tu alma, y serás eternamente feliz”. Aprende, hijo mío, de mí a ser humilde en la tierra, y serás exaltado en el cielo. Óyeme...

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Cuán necio he sido, Madre querida, al querer y pretender levantar el edificio de mi salvación y perfección sin cuidarme ante todo de poner el fundamento!... Una casa sin cimientos no puede subsistir ni siquiera levantarse; un alma sin humildad no puede ni siquiera pensar en ser santa; porque Dios resiste a los soberbios, y solamente a los humildes da su gracia... He aquí porque, Madre mía, tantos años ha que trabajo queriendo alcanzar la virtud y no lo consigo, porque quería fundar mi santidad en el aire. ¡Qué locura!... Mas desde hoy os prometo, maestra mía, aprender vuestra lección soberana, y trabajar con todo ahínco por ser hijo vuestro humilde, que es lo mismo que decir *verdadero*, para serlo a la vez de vuestro Hijo Jesucristo... Pero estoy cansado de palabras y de promesas, por lo mismo quiero ofreceros obras. Estas se dirigirán a combatir la presunción interior, porque basta su olor o resabio para no dejar jamás llegar a nadie a la perfección, y lleva por otro lado al desamparo del Señor, que abate a los que presumen de sí mismos... ¡Oh madre de verdad! ¿Cómo puedo presumir de mí, sabiendo que nada tengo que no lo haya recibido de mi Dios por vuestras manos?... Quiero además, Madre de la eterna Sabiduría, desterrar de mí toda vanidad exterior en mi vestir y trato; porque no solo es indicio de la soberbia interior, sino su fomento... Quiero, por fin, Madre humilísima, imitaros a Vos, sintiendo bajamente de mí mismo, y no hablar sin justa necesidad de mí mismo ni de mis cosas; escogeré el lugar último y huiré de las alabanzas; no contenderé por preferencias o mayorías, elegiré en lo indiferente lo que más me asemeje a Vos; y más que todo no quiero ocupar el pensamiento ni el corazón de nadie sino de Vos y de Dios, porque quien a Dios tiene nada le falta, y solo Dios me basta... ¡Oh Madre humilísima! estas son las resoluciones que hago en vista de vuestras lecciones de humildad que he aprendido en vuestra escuela; mas confieso que todas se las llevará el viento, y no llegarán a dar fruto si no me dispensáis gracia eficaz para ponerlas por obra... No puedo tener por mí mismo un buen pensamiento, ¿cuánto menos poner una buena acción de humildad que importa el vencimiento de mí mismo en lo más difícil y repugnante?... ¡Oh Virgen soberana! todo me predica la humildad: vuestro ejemplo y el de vuestro Hijo sobre todos, y mi propia debilidad: miseria y vileza... Pues ¿por qué no soy humilde?, ¿por qué no soy verdadero?... Porque presumo de mis fuerzas. Pero desde este momento ya protesto que soy polvo, ceniza, nada, peor que nada, pues he pecado contra mi Dios... Esforzadme contra mí mismo, Madre querida, y dadme el divino amor: hacedme manso y humilde de corazón.

Para mañana

Flor espiritual. Dadme deseos a lo menos de ser humillado y despreciado por Vos, oh santa Madre de Dios.

Fruto. Callaré, sufriré y obraré en unión con Jesús y María y por su amor, cuando me culpen sin culpas.

Aspiración. ¡Oh violeta humildísima, María! muévame vuestro olor de virtud a ser humilde de corazón.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Es tanta la bondad de nuestra buena Madre, que aun en medio de los mayores crímenes procura ganarnos con sus beneficios. Cuando la herejía de los albigenses estaba en su mayor furor por los años de 1208, Domingo, descendiente de la noble familia española de Guzmán, pasó a Tolosa a fin de reducir a aquellos infelices a que abandonasen sus errores y se dejasen conducir por el camino del bien. Vanos fueron los discursos y los argumentos para convencer la obstinación de los herejes, por lo que resolvió Domingo buscar el remedio a tan gran calamidad a los pies de la Virgen Santísima. Tres días y tres noches pasó encerrado en la capilla de Nuestra Señora de la Pulla, haciendo rigurosa penitencia, y rogando a Dios, con suspiros y con lágrimas, que abatiese el orgullo de sus enemigos, hasta que, vencido por los ayunos y por los azotes, cayó desmayado sobre el pavimento. En tal estado se le apareció la Reina de los cielos acompañada de tres graciosas vírgenes, a cada una de las cuales seguían otras cincuenta doncellas no menos agraciadas. Levantole, comunícale su fortaleza, y le explicó la manera cómo quería dividiere el Rosario en tres partes, representadas por las tres doncellas, en memoria de la Trinidad Santísima, y que en cada parte le rezaren cincuenta *Ave Marías*, figuradas por las demás doncellas. Diole otras instrucciones, y desapareció diciéndole: “Anda, ve a Tolosa, predica mi Rosario como te lo he enseñado, pues para esto te escogió mi Hijo; y de esta manera extinguirás las herejías y renovarás el mundo”. Obedeciola el Santo, subió al púlpito en una iglesia de Tolosa, y comenzando a predicar el santísimo Rosario cedieron los herejes; la gracia se derramó en sus corazones, y la paz borró bien pronto los disgustos de las calamidades pasadas. (*Crónicas de los Padres predicadores*).

Oración final, pag.

DÍA VIGESIMOSEXTO

Se empieza como en la *pág.*

Pureza de María

María a sus hijos. La virtud angelical de la pureza tiene tantos encantos y fuertes atractivos, arrebatada las miradas y el Corazón de Dios con tan dulce violencia, hijo mío, que tiene a las almas puras como a sus esposas predilectas, las colma de sus favores, y las reserva sus más tiernas caricias e íntimas comunicaciones aquí en la tierra, y en el cielo le siguen de cerca cantando un cántico que nadie puede cantar más que ellas... Llámase el Señor flor del campo y lirio de los valles que se apacienta entre azucenas, y la primera Virgen es la Beatísima Trinidad... Por esto comprenderás, hijo mío, cuánto había de amar yo esta virtud, y cómo me había de enamorar del sumo grado de ella que es la virginidad. Comprendí, hijo mío, desde mis primeros años, que cuánto más

pura fuese de alma y de cuerpo más me asemejaría a Dios, mi Señor, que es la pureza por esencia, y desde entonces cobré tan grande estimación por ella, que quise hacerla el más bello ornato de mi alma... Consagré al Señor desde el apuntar de mi razón la virginidad de mi corazón, esto es, el puro amor y todos los afectos de mi alma, y a los tres años le consagré la virginidad de mi cuerpo por voto perpetuo... Tanto amé esta celestial virtud, que gustosa hubiera renunciado a la altísima dignidad de madre de Dios, si por ella hubiese tenido que perder la gloria de mi virginidad... Es la virginidad una participación de la naturaleza angélica, la morada digna de Jesucristo, el escudo del corazón, la calma de las pasiones, un cielo en la tierra... ¿qué cosa más bella, hijo mío, que la castidad, que vuelve puro al que ha sido concebido en pecado, y hace de un hombre un ángel? ¡Oh, hijo mío!, ¡prefiere el tesoro de tu virginidad a todos los tesoros y glorias del mundo! ¡Si conocieras su hermosura, su gloria, su mérito y su premio en el cielo! De seguro que nadie la perdería, y todos conservarían tan inestimable joya con el más exquisito cuidado... ¡Mas de cuán pocas almas es el gozar de este privilegio porque no saben conservarla!... Por esto, hijo mío, te prevengo que si quieres ser puro, si quieres ser casto, es necesario de todo punto que sigas mi ejemplo y los avisos que te doy: 1º. Vigila constantemente sobre tu corazón, sobre sus afectos y movimientos, y no presumas de tu virtud. 2º. Huye de las ocasiones peligrosas, cuales son el trato con personas de distinto sexo, o poco honestas. 3º. Ama el retiro y la soledad. 4º. Practica la mortificación de tus sentidos; y sobre todo, hijo mío, ora, ora, ora... Debes orar si quieres conservar inmaculado el lirio de la pureza, pues solo la gracia de Dios puede hacerlo. Así lo hice yo, hijo mío, a pesar de no tener pecado ni inclinación a él: oré, vigilé, ayuné, viví retirada para tu ejemplo. Huye de los peligros, invócame con confianza, y yo te ayudaré... Feliz serás si sabes imitarme; porque te conservarás puro de alma y de cuerpo. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Ante vuestra angélica pureza, Madre querida, y contemplando su celestial hermosura, comprendo yo la desgracia que he experimentado perdiendo mi pureza virginal... No puedo hacer otra cosa ya a vista de esta flor marchita más que clamar ante Vos compungido: Cread en mí, oh Madre de pureza, un corazón puro y limpio, y renovad mi espíritu, purificadlo... Reina de las vírgenes y Madre purísima, Madre castísima, rogad a Jesús por mí... Bienaventurados son los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: mas, ¡oh desdichado de mí! yo no soy puro de corazón, ni de alma, ni de cuerpo... Desprecié tan preciosísimo tesoro, y me expuse voluntariamente a perderlo, y lo perdí. ¡Infeliz de mí!... solo me resta abrazarme con la penitencia, y con mis lágrimas lavar las manchas impuras de mi alma, y con la sangre de vuestro Hijo, oh Madre purísima, quedaré blanco como la nieve... Reconozco, Madre Inmaculada, que no hay vicio que más contrario sea a vuestra devoción que la impureza... Por ella profané sacrílegamente mi corazón, templo del Espíritu Santo, y lo arrojé con ignominia de él para dar lugar al espíritu inmundo... Mas no quiero desconfiar de mi perdón. Porque si el hijo pródigo al volver a la casa de su padre fue recibido con amor por este a pesar de que no tenía madre, ¡cuánto más puedo confiar yo de mi perdón teniendo en la casa de mi Padre celestial a mi Madre, y Madre tan tierna y compasiva como sois Vos, oh María!... Sí, Madre purísima, purificad mi corazón y ofrecedlo a vuestro Hijo Jesús para que derrame sobre él una gota de su sangre divina, y obtendrá otra vez la gracia, la hermosura y el perdón... Hoy se pierde la fe y la religión y todo sentimiento noble, Madre mía, porque toda carne ha

corrompido su camino, y el hombre se hace peor que las bestias por su ceguera y degradación... ¡A cuántas almas el mundo con sus escándalos arroja al infierno manchadas con este pecado!... No hay allí una sola alma que no esté con algún pecado deshonesto. Libradme, Madre purísima, de ser anegado en las aguas de este diluvio universal... Por vuestra Inmaculada Concepción, oh Virgen María, haced puro mi cuerpo y santa el alma mía... Yo os prometo huir de las ocasiones, de las malas compañías, mortificar mis sentidos, amar el retiro, invocar vuestra protección, orar, confesar y comulgar a menudo para conservarme casto y venir a gozar de Dios en el cielo en vuestra compañía. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Flor delicada es la pureza: por ello yo deposito la de mi alma en el seno de vuestro Corazón inmaculado, oh María.

Fruto. Rezaré todos los días tres *Ave Marías* y el *Bendita sea tu pureza*, para conservar la pureza de mi alma.

Aspiración. Tú eres lirio, oh María, que te apacientas entre azucenas... ¿Te agrada la pobre azucena de mi corazón?... Ven, y purifícala, y acéptala, Madre querida, y guárdala en tu seno virginal.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Afecta fue de todo corazón a la divina Señora sor María de la Cruz, religiosa de santo Domingo en Sevilla. En su celestial Reina ponía ella todas sus esperanzas, de modo que cuando por razón del cargo de priora que ejercía en el monasterio de Nuestra Señora de Gracia, se encontraba en alguna necesidad o apurado lance, acudía en seguida a la Santísima Virgen a exponerle lo que pasaba y a pedirle consejo y amparo. Sucedióle muchas veces carecer de lo suficiente para dar de comer a sus súbditas, y entonces se iba al coro, y allí postrada dirigía sus palabras a María, diciéndola: “Madre mía, ya sabes que yo no soy priora, sino que lo es vuestra Majestad. Con estos pactos admití las llaves de este convento: yo no soy más que administradora: ved si queréis que vuestras monjas no coman y se quejen de la priora, pues en este caso no hay sino dejarlas sin remedio. Pero si ellas me dicen algo diré que se quejen a quien es priora”. A estas deprecaciones, salidas de un corazón sencillo e hijas de una amorosa confianza, no se hacía el sordo la Reina de los cielos; sino que enviaba luego el socorro según la necesidad, efectuándolo muchas veces por medios extraordinarios y maravillosos. Al fin la venerable sor María llegó al término de su peregrinación en este mundo, y hallándose en los últimos días de su existencia en esta vida mortal, la dieron tan grandes temores, que la pobre se veía abrumada sobremanera. La muerte se le presentó en todo su espanto, y el porvenir en toda su incertidumbre; pero he aquí que cuanto más acongojada se hallaba, se llenó su aposento de luces, y vio entrar a su Madre, la Virgen, acompañada de san José, de quien era muy devota. Entrambos la consolaron con dulcísimos coloquios, y por último la dulcísima Señora tomándola de la mano se la llevó al descanso eterno.

Oración final, pag.

DÍA VIGESIMOSÉPTIMO

Se empieza como en la pág.

Caridad de María

María a sus hijos. Yo soy, hijo mío, la Madre del hermoso amor, y por esto, por cualquier lado que me mires, no verás ni hallarás en mí otra cosa que amor. Yo soy, hijo mío, la criatura más amada de Dios, su única, su paloma, su hermosa, su perfecta... El Padre me dio a su Hijo para que fuese yo en el tiempo el principio de su ser creado, así como Él lo era de su ser increado, y compartiese con Él la gloria exclusiva de llamarle Hijo... El Hijo de Dios pidió mi consentimiento antes de hacerse hombre en mi seno virginal, y con este consentimiento yo le di, y Él me es deudor de su ser creado... Todos son deudores a Dios, y a nadie Él es deudor más que a mí... El Espíritu Santo al desposarse conmigo quiso que adquiriese un dominio nuevo e inefable sobre todos sus tesoros y distribución de la gracia. Y la Beatísima Trinidad me ama más que a toda la Iglesia, y si por imposible se pudiese perder, prefería mi conservación a todos los ángeles y santos... Porque fui más amada de Dios que todas las criaturas. Yo le amé y amo más que todas juntas. Mi amor a Dios fue purísimo, constantísimo, intensísimo. Nada hallaba en mí el fuego del divino amor que se opusiese a sus operaciones ni a su crecimiento, pues nunca pequé, ni le contristé, ni aún durmiendo le interrumpí ni resfrié. Mejor que el hierro sale de la fragua todo fuego, mi alma se caldeó, se transformó y se hizo toda fuego en la fragua de amor inmenso del Espíritu Santo... Yo sola cumplí, hijo mío, el precepto de amar a Dios con todo el corazón. Hasta el cuerpo de mi Hijo Jesús se formó al principio de la sangre purísima de mi Corazón, exprimida a fuerza de un afecto vehementísimo de amor al dar mi consentimiento a la obra de la Encarnación, o del Amor eterno encarnado... Este amor, hijo mío, me ha hecho la criatura más amable para tu corazón, ya por tener en mí la plenitud de las gracias que están repartidas entre todos, ya porque las empleo todas en favorecer vuestra miseria e indigencia. Yo soy Madre de clemencia. Yo soy abogada universal de toda la Iglesia... Como la azucena, hijo mío, el peso de mi cabeza coronada sirve para inclinarme benignamente hacia la tierra de vuestros corazones, y todas mis prerrogativas las considero como otros tantos títulos que me obligan a haceros bien... Yo miro, hijo mío de mi corazón, a tu alma y a todas, redimidas con la sangre de mi Hijo Jesús, como conquista suya y mía; yo aprecio a tu alma y a toda alma, a medida del precio infinito que mi Hijo ha dado para comprarlas... Por eso te amo y os amo más que os pueden amar todos los santos juntos, porque me habéis costado más que todos ellos, pues aunque tengáis muchos maestros y valedores, no tenéis más que una sola Madre, que soy yo, y que te he comprado con el precio de la sangre de mi Hijo divino al daros a luz en el monte Calvario con los más indecibles dolores... ¡Oh, hijo querido! si hallares una Madre más amada y amante de Dios y que sea más amable y te ame más que yo, ya te doy permiso para que la ames más que a mí, María, tu Madre. Mas no la hallarás, porque no la puede haber...

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Vos sois, oh María, en verdad la más amable y amante y amada de todas las criaturas. ¿Cómo no amaros sin cesar?... Vos amasteis a Dios con amor perfectísimo. Jamás amor alguno igualó a vuestro amor. Todos podemos aprender a amar a Dios y a los hombres en vuestro Corazón... Y ¡cómo no, si el fuego llevó al Fuego divino nueve meses en vuestro seno hecho hombre por

amor!... ¡Si vuestra vida y vuestra muerte fue consumida por una intolerable avenida y llamarada de divino amor!... Pues con ese amor, oh María, con que amasteis a Dios, nos amáis a nosotros, hijos de Dios, porque no puede subsistir en el alma cristiana el amor de Dios sin el amor del prójimo, que es criatura de Dios, formada a su imagen y semejanza, y redimida con su sangre. ¡Oh cuán tiernamente me amasteis, amada de mi alma, cuán compasivamente, cuán constantemente, cuán generosamente, cuán fuertemente!... ¡Mas yo, cuán mal correspondo a vuestro amor!... Mejor que Agustín, vuestro siervo, debo llorar con amargura los años que no os amé, ni a vuestro Hijo Jesús, el más hermoso entre los hijos de los hombres. Permitidme que exclame: ¡Oh hermosura y bondad infinitas de mi Jesús, siempre antiguas y siempre nuevas, cuán tarde os conocí, cuán tarde os amé! ¡Oh hermosura y bondad incomparables de María, cuán tarde os conocí, cuán tarde os amé! ¿Qué hice de mi corazón ardoroso? ¿En qué empleé mi amor?... ¡Ay dolor! En los charquillos turbios del bien limitado de las criaturas, en eso lo empleé. ¡Desdichado de mí!... Por esto me encuentro cansado, fatigado, atormentado por los desengaños que experimenté amando las vanidades, las miserias, la nada... Desengañado está ya mi corazón, porque solo en el amor de Dios y vuestro puede hallar la paz y felicidad. Me hiciste, Dios mío, para Ti, e inquieto está mi pobre corazón hasta que descanse en Ti... Yo no quiero amar más que a Dios y a Vos, oh Madre del hermoso amor, y a todas las otras cosas en Vos y por Vos, porque nada merece el nombre de amor sino el que de Vos nace, a Vos conduce y a Vos une con indisoluble lazo... Os amo, pues, oh Jesús y María, y a todas las otras cosas y personas por amor vuestro. Dadme la perseverancia y el aumento en vuestro santo amor. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Quisiera, María, Madre amable, amaros como Jesús os ama.

Fruto. Sufriré y socorreré a mi prójimo por amor de Vos ¡oh María!

Aspiración. ¡Oh amor de María, que siempre ardes y nunca te apagas! enciéndeme, abrásame, consúmeme en tu amor.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Covadonga

Se lee en la historia de España que, a causa de las prevaricaciones a que desenfrenadamente se habían entregado los últimos monarcas godos, y con ellos la mayor parte de la nación, Dios Nuestro Señor permitió que los moros de África, acaudillados por Tarif, viniesen a apoderarse de nuestro territorio, después de haber batido y dispersado al ejército de D. Rodrigo en la desgraciada batalla del Guadalete. De resultas de aquella funesta jornada no quedó a los españoles otro recurso sino entregarse en manos de los bárbaros sectarios de Mahoma, o refugiarse en lo más oculto e inaccesible de las montañas. Pero como la providencia del Señor suele manifestarse con tanta mayor ostentación, cuando son mayores las desgracias de los que en Él confían, apenas acababa de enviar a los españoles el castigo de la invasión musulmana, quiso luego darnos una prueba de que oía sus clamores, y quería salvarlos por la intercesión de María. El inmortal Pelayo, soldado no menos valeroso que piadoso, se había retirado con un puñado de hombres a una de las montañas de Asturias llamada Auseva, en donde encontrando una cueva, muy capaz y situada en un lugar casi inaccesible, imaginó que allí podría más fácilmente

resguardarse de las correrías y expediciones de sus enemigos, y hasta defenderse de ellos en caso necesario. Habiendo sabido los moros el paradero de D. Pelayo, trataron de sorprenderlo dentro de la misma cueva, y para asegurarse mejor del golpe destacaron un ejército de ochenta mil hombres. Antes de atacar, y como si ya temiesen las consecuencias de la jornada que iban a emprender, probaron hacerlo rendir por parlamento; pero el esforzado y piadoso campeón respondió siempre que tenía puesta la confianza en la Madre de los españoles, y que, seguro de su patrocinio, esperaba dar una completa batida a sus enemigos. Retirado, en efecto, Pelayo en lo interior de la cueva, no cesaba de animar a su reducido ejército que constaba de unos mil hombres, en la protección de María.

Entre tanto los moros, persuadidos de que a viva fuerza habían de rendir a los españoles, empezaron a atacar con gran furia las trincheras que estos habían construido para guardar la entrada de la cueva. Pero ¿qué puede el orgullo y la fuerza contra el poder de María?, ¿qué ejército, por más numeroso que sea, podrá resistir a la que es terrible como un ejército puesto en orden de batalla? Lo cierto es que las flechas de los bárbaros musulmanes, en lugar de dirigirse contra nuestros valerosos soldados, comenzaron a volverse contra los mismos que las tiraban, los cuales espantados y llenos de confusión echaron a huir con el mayor desorden, mientras que las tropas de D. Pelayo, saliendo animosas de la cueva, los persiguieron a gran distancia, alcanzando sobre ellos una señalada victoria. No paró aquí el prodigio: pues una parte del ejército vencido, al tiempo de atravesar un río fue arrastrado por la corriente, y otra fue aplastada por las rocas de una montaña que sobre ellos se desprendieron. El rey Pelayo quedó tan profundamente agradecido al beneficio que María Santísima acababa de dispensarle, que convirtió la célebre cueva en una iglesia magnífica, en donde siempre ha estado venerada con el título de Covadonga.

Oración final, pág.

DÍA VIGESIMOCTAVO

Se empieza como en la pág.

Modestia de María

María a sus hijos. Antes que se acabe este mes de bendición y de gracias, hijo mío, quiero darte una meditación de mi modestia. Si la copias en ti, hijo mío, será uno de los frutos más preciosos que habrás cogido en el jardín de mi Corazón durante este mes, pues trasplantada en tu alma le hará dar preciosos y abundantísimos frutos de santidad para ti y para el prójimo. Óyeme y mírame, hijo mío, con toda atención... La modestia es una virtud de las más edificantes, la cual, aunque tiene su principio en el interior del hombre, compone no obstante todo su exterior, y es el fruto y ornato de todas las virtudes, la admiración y edificación de todos, y el medio más seguro para perseverar en la presencia de Dios, la que a la vez ayuda admirablemente a la conservación de la modestia.

Mi exterior, hijo mío, era grave sin orgullo, modesto sin afectación: los que me trataban me contemplaban como un prodigio del cielo. Mis ojos se comparan por su dulzura a los de la paloma. En mis labios estaba derramada la gracia, y todas las palabras que salían de mi boca eran ascuas de fuego que mostraban la humildad, pureza, caridad y modestia de mi Corazón. Mis vestidos sencillos, sin afectación ni superfluidad; todos mis pasos y movimientos, agraciados y bellos como hija del príncipe. Era en todo mi exterior perfecta imagen de mi Señor y Dios e Hijo mío

Jesucristo, y tal mi atractivo, que se reunían a millares los cristianos en donde yo habitaba para admirar mi modestia... Nadie, hijo mío, se acercó a mi persona que no se hiciese mejor, porque todos los que me veían se sentían inclinados a la práctica de la virtud... Oye, hijo mío, lo que os ha dejado escrito uno de los obispos, discípulo de los apóstoles, que tuvo la dicha de visitarme, y aplícate a ti mismo tan divinas enseñanzas. Era el glorioso san Dionisio. “Yo he visto, escribe el Santo, y observado con mis propios ojos a la Santísima Madre de Jesucristo Nuestro Señor: Ella es una expresión perfecta de la divinidad. Estando en la presencia de esta Santa Virgen me sentía rodeado de un tan gran brillo de luz, penetrado de tantos rayos de la divinidad, y embalsamado de un olor tan nuevo y extraordinario, dentro y fuera de mí, que mi cuerpo miserable y mi espíritu no podían soportar tan gran felicidad... y si la fe no me hubiese atestiguado, yo hubiera adorado a María como a una diosa...” Mas tú dirás: Yo no tengo la dicha de veros, Madre mía. ¿Cómo imitaré vuestra modestia? Es verdad, hijo mío, que no me ves en mi propia persona, pero me ves en mis imágenes, me ves en los libros que tratan de mis virtudes, y me puedes ver en espíritu, si con los ojos de la fe consideras la rara modestia de que estaba adornada toda mi persona y la circundaba con una aureola de gracia y de gloria... Si a menudo, hijo mío, te representas mi modestia, yo te prometo que te sentirás maravillosamente mejorado, y te moverás a revestirte de la más encantadora de las virtudes, y que debe ser una de las que adornen con más brillo a todos mis hijos y devotos. De este modo repararás con tu modestia los escándalos que tal vez has dado, y moverás muy eficazmente los corazones al amor de la virtud... Si me amas, hijo mío, imita mi modestia. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Espectáculo estoy hecho a Dios, a los ángeles y a los hombres. Mas ¡cuán olvidada he tenido esta verdad!... Por eso he tenido poco cuidado de practicar la virtud de la modestia, que conserva y hermosea a todas las virtudes, porque facilita todas las virtudes cuya práctica encierra. Debo ser modesto en mi cuerpo, en mi semblante, en mi lenguaje, en mi vestido, en mi entendimiento y en mi voluntad... Mas, ¡ay de mí! que ni por el nombre conozco tan hermosa, universal y necesaria virtud... por eso soy tan desemejante a Vos, Madre querida, y por lo mismo prometo estudiar y practicar desde hoy esta virtud con todo esmero. Quiero, sobre todo, observar la modestia en mi alma, apartando de mi entendimiento la presunción, precipitación, negligencia o curiosidad excesivas... Quiero ser modesto en mi voluntad, observando con todo cuidado la firmeza y la condescendencia. No quiero dejarme llevar de mis caprichos y veleidades, ni tampoco ser obstinado en mi parecer. Solo quiero lo que debo querer y nada más; y solo no quiero lo que no es conveniente que quiera... Seré condescendiente cuanto pueda sin ofender a Dios. Dios me ve, Dios me oye, Dios me ha de juzgar. No haré, pues, cosa, ni pensaré, ni desearé, que pueda desagradar a Dios, que tiene siempre fijos sus ojos sobre mí... Quiero que mi modestia sea manifiesta a todos así como lo ha sido mi inmodestia, y ser causa de edificación a los que tal vez he sido hasta hoy causa de ruina... La modestia, Madre querida, ya sé que siempre ha excitado la admiración de los hombres, aún de los más pervertidos, que a los modestos les llamas ángeles, y que es más persuasiva que todos los sermones... por esto quiero ser en todo tiempo y lugar modesto. Yo quiero exhalar el buen olor de Jesucristo y vuestro; yo quiero embalsamar el mundo con el olor de mi modestia cristiana, para atraeros miles de almas a Vos, y reparar todo el daño que he hecho con mis malos ejemplos... ¡Oh modestísima María!

Es sin duda la modestia la mejor señal para probaros que se os ama. No quiero, pues, hacer jamás cosa alguna contra tan preciosa virtud... Quiero ser, oh María, uno de los hijos más amados de vuestro Corazón, por esto quiero esmerarme por ser uno de los más modestos en mis vestidos y exterior y en mi compostura interior. Ayudadme con vuestro auxilio, y seré un ejemplo de modestia digno de Vos.

Para mañana

Flor espiritual. Propongo ser modesto en todo lo que hiciere y tratare.

Fruto. Observaré las reglas de modestia, en especial en el vestir y mirar, por complacer a Dios, que siempre me ve.

Aspiración. Reina de la modestia cristiana sois, oh María. ¿Cuándo seré modesto como Vos?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Con ocasión bien leve y de un modo bien patente manifestó la Virgen a una sierva suya cuánto aprecia la virtud de la humildad.

Tiernísima era la devoción con que la honró desde su infancia María Amada de Blonay; quería como a una hija, y como hija mereció ser dulcemente reprendida. Un día, cuando contaba quince años, asistiendo a los oficios divinos en su parroquia, se agitó y turbó el corazón de la doncella por verse obligada a ceder el puesto a una señora más rica, pero de condición inferior a la suya. Resolvió salir del templo la última por no rendirle ningún género de homenaje; adormeciose un instante, y vio en sueños a la Santísima Virgen subiendo al santuario seguida de un sinnúmero de doncellas. María Amada quiso agregarse a la comitiva, pero la Virgen la rechazó diciéndole: “Eres demasiado alta para mí, que escogí ser la ínfima y más abyecta en la mansión del Señor”. Viola en seguida subir quince gradas, en cada una de las cuales estaba grabado el nombre de una virtud, pero la primera y el fundamento de todas era la humildad. Despertó la joven avergonzada de su vanidad, y no olvidó en toda su vida semejante lección. Dos años después, llamada por María a la soledad del claustro, abjuró las vanidades del mundo, y fue lustre y ornamento de la Orden de la Visitación.

Oración final, pag.

DÍA VIGESIMONOVENO

Se empieza como en la *pág.*

Jesús y María te aman muy mucho, hijo mío. Y tú les amas muy poco.

María a sus hijos. Jesús y María te aman muy mucho, hijo mío. ¿Puedes dudar de esta verdad, la más consoladora y provechosa para tu alma?... Mas aunque no dudes del amor de mi Hijo Jesús y mío, no obstante no te paras, no reflexionas en la intensidad y grandeza de este amor, y por esto tú nos amas muy poco... Para que te detengas, hijo mío, en considerar muy a menudo este amor incomparable que te tenemos, pues en

este amor, repito, está todo tu bien, voy a darte antes de finir este mes de mi amor esta meditación, que la harás además con frecuencia la mayor parte de los días de tu vida. Siéntate, pues, hijo mío, a la sombra de mi amado y tu amado Jesús, y gusta con pausa y fervor los frutos de sus beneficios, porque son hartos dulces a tu paladar, más que la miel a tu boca... Antes, hijo mío, que tuvieses tu ser y existieras, mi Jesús ya te amaba. El amor perpetuo te amó, y te sacó de la nada, y te dio el ser racional, y después te hizo cristiano, te hizo nacer de padres católicos, en una nación católica, y rodeó de cuidados tu cuna, de solicitud tu infancia, y de buenos maestros y amigos y ejemplos tu juventud... fundó su Iglesia para que fuese tu segunda Madre, tu Madre espiritual que te asistiese con su doctrina, con su gracia y con sus sacramentos en todo el curso de tu vida... Te dio un ángel que desde la cuna al sepulcro te acompaña, te guarda de todo mal, y te defiende de todos tus enemigos visibles e invisibles y de todas sus maquinaciones... Pero quiero que consideres, hijo mío, y te fijas con mayor detención en los beneficios más particulares, o digamos íntimos y más personales, que son aquellos que pasan entre Dios y tu alma, y de los cuales solo es testigo tu conciencia y tu ángel bueno. Dime, pues, con sinceridad, hijo mío: ¿no es cierto que entre Dios y tu alma, desde que tienes uso de razón, ha habido una comunicación no interrumpida de luces, de inspiraciones, buenos pensamientos, deseos, propósitos, toques interiores que nadie puede contar?... ¿No es verdad que miles de miles de veces has sentido la presencia del Señor en tu alma, su visita amorosa de Padre y Pastor, que unas veces con requiebros y gozo y paz, y otras con remordimientos y silbos espantosos te ha llamado si dejaste el buen camino, o te ha regalado y sostenido en tus luchas y desmayos?... ¡Oh hijo querido! más fácil es contar las estrellas del firmamento que estas gracias secretas, regaladas, tiernas, o de temor y espanto... En aquella ocasión, aquel día, en aquel peligro, ¿recuerdas, hijo mío, cuánto te ayudó tu buen Dios?... Pues ama a quien tanto te ama, y si no le amas por sus gracias, ámale a lo menos porque se te ha dado, y se te da no solo en precio y en premio, sino en alimento, regalándote con su cuerpo y sangre, dándote su cuerpo, alma y divinidad por la sagrada Eucaristía. ¡Cuántos beneficios en uno!... O mejor, todos los beneficios y muestras más patentes del amor divino los tienes en el sacramento del altar, pues recibéndole te haces rico con todas las riquezas de Dios que tienes en tu pecho. Ama, pues, hijo mío, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas a quien tanto te ama... Y por fin, si por todas estas finezas de beneficios no amas a mi Hijo Jesús, ámale a lo menos porque ha querido que yo, su Madre, fuese también tu Madre, porque te dio a mí por Madre tuya equiparándote con Él. A una Madre que tanto te ama, que dio a su Hijo que más amaba para el sacrificio de la cruz para tu salvación, nada se le puede negar... Ama, pues, muchísimo, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas a mi Jesús y a mí, tu Madre, porque si recuerdas los inmensos e innumerables favores que de su mano has recibido y continuamente todos los días recibes, no se la puedes en cambio negar esa limosnita de amor, que siempre será hartos escasa y corta comparada con la inmensidad de sus beneficios y amor. Óyeme.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Verdaderamente Jesús y María me amáis muy mucho, y me lo habéis probado por todas las maneras con los beneficios y sacrificios que el amante más exigente pudiera pedir. No puedo dudar de ningún modo de vuestro amor inmenso y de los innumerables beneficios que me habéis hecho. Yo lo

reconozco y lo confieso y os doy por ellos gracias infinitas, y quisiera que todos me ayudasen a dároslas continuamente, eternamente. Y por ser verdad también confieso con la mayor confusión y dolor que yo en cambio os he amado muy poco, y que aún ahora os amo muy poco, porque no os amo cuanto puedo y cuanto debo... pero yo os prometo la enmienda con la ayuda de vuestra gracia, y quiero que nadie me gane en el agradecimiento y en el amor, porque si aquel es más deudor a quien no solo se le ha dado más, sino también más se le ha perdonado, siendo yo el mayor pecador del mundo a quien más habéis perdonado y por otra parte más beneficios me habéis hecho, os debo amar más que todos, y así lo haré con vuestra ayuda, oh Madre del hermoso amor y de la santa esperanza... Yo quiero imitar a los arbolitos, que cuanto más cargados se hallan de frutos más inclinan a la tierra sus ramas, como protestando de su reconocimiento a la madre común que les sustenta y les da la savia para fructificar. ¿Cómo, Madre mía, pudiera dar mi alma ningún fruto de buenos deseos y santas obras, si no me sustentase vuestro Hijo con su gracia, y Vos con vuestra intercesión no me comunicaseis la savia divina que necesito no solo para vivir, sino para fructificar?... Agradezco con toda mi alma vuestra fineza, oh Madre querida, y os ruego rendidamente, que como corona espléndida de este mes de Mayo, me otorguéis la gracia de la perseverancia y del aumento en el divino amor hasta veros en el cielo: porque todas las gracias, por grandes e innumerables que fuesen, Madre querida, sin esta gran gracia y la más necesaria de todas, ¿de qué me servirán?... ¡Ay! solamente de terrible recuerdo y de eterno remordimiento en el infierno... No consintáis me acontezca esta irreparable desgracia, la mayor de todas, Madre amable, porque ya no os podría amar jamás, ni a Jesús, vuestro Hijo... Quitadme os pido, quitadme antes la vida que caer en desgracia de Vos... Dadme la muerte antes que perder el amor de vuestro Hijo. Sea este beneficio, repito, Madre querida, el último y más perfecto de todos los beneficios que me habéis dispensado, la perseverancia final; poned como remate de este mes, poned, Madre de la santa perseverancia, esta corona, corona la más gloriosa y amorosa, sobre mi alma diciéndole: “Hijo mío, he oído tus súplicas, estás confirmado en gracia; nadie podrá borrar tu nombre del libro de la vida; nadie podrá arrancarte ni privarte del amor de mi Corazón”... ¡Oh Jesús y María, amores supremos y soberanos del alma mía!... Yo siempre os amaré... Vosotros siempre me amaréis... Espero, Jesús y María, amaros siempre y por toda la eternidad. Amén.

Para mañana

Flor espiritual. Quisiera amaros como vosotros me amáis, oh Jesús y María.

Fruto. Todo por Jesús y María y a su mayor honra y gloria, repetiré en mis alegrías y pesares.

Aspiración. ¡Oh Jesús, oh María!, ¿por qué me amáis tanto? Y yo ¿por qué os amo tan poco?

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

En los montes de Trento vivía un famoso ladrón, el cual habiendo sido amonestado cierto día por un religioso para que mudase de vida, contestó que era inútil lo que le recomendaba, pues para él no había salvación. El religioso le dijo entonces que a lo menos ayunase el sábado en honra de María, y que en este día no molestase a nadie, que Ella le alcanzaría la gracia de no morir enemistado con Dios. El ladrón siguió aquel buen consejo, e hizo voto de cumplirlo; y a fin de no faltar a él en lo sucesivo, en el sábado salía sin armas. Sucedió que en este día se halló en la Corte, y para no infringir al voto, se dejó prender sin hacer resistencia. Viéndole el juez viejo y lleno de canas, quería librarle de la muerte; pero hallándose él ya arrepentido por gracia de María, dijo que quería morir en pena de sus pecados. Después, en la misma sala del tribunal, confesó públicamente todas las culpas de su vida, derramando tantas lágrimas, que todos lloraron de ternura. Fue decapitado y enterrado sin ninguna ostentación; pero después se vio a la Madre de Dios, que hizo exhumar el cadáver de aquel sitio por cuatro vírgenes, y envolverlo con rico paño bordado de oro; y habiéndole llevado la misma Virgen a la puerta de la ciudad, dijo a la guardia: “Decid de mi parte al obispo, que dé honorífica sepultura en tal iglesia a este difunto, porque fue mi fiel siervo”; lo que se practicó exactamente, habiendo concurrido todo el pueblo, en donde ya encontraron el cadáver envuelto según se ha dicho. Y desde entonces en adelante, como dijo Cesario, todos los habitantes de aquel país empezaron a ayunar el sábado.

Oración final, pág.

DÍA TRIGÉSIMO

Se empieza como en la pág.

Gloria de María en el cielo.

María a sus hijos. ¡Cuánto te gusta, hijo mío el contemplar una gran parada, la entrada triunfal de un ejército vencedor con sus reyes al frente que reciben las aclamaciones de todo un pueblo!

Pues hoy te convido a que presencies mi gloria en el reino eterno como triunfadora del mundo y del infierno, como emperatriz soberana de todos los reinos del mundo, como Reina gloriosa e inmortal de cielos y tierra. Medita, admira y ensalza conmigo al Señor Dios de los ejércitos, pues jamás se vio triunfo mayor... Destinada para ser Madre de Dios desde la eternidad, primogénita entre todas las criaturas, fui concebida sin pecado, siendo objeto eterno de las enemistades de la serpiente infernal, que al ver magullada su soberbia cabeza por mi planta inmaculada desde el primer instante de mi Concepción purísima, no cesó, aunque en vano, de armar asechanzas a mi calcañal. Elevada a la augusta dignidad de Madre del Hijo de Dios, que concebí en mi seno virginal por obra del Espíritu Santo, jamás cometí pecado alguno, no solo original, sino ni siquiera venial, por un privilegio singular, venciendo siempre al mundo y sus halagos pecaminosos... Sin ninguna inclinación al mal viví siempre, sin que el amor propio o el orgullo me venciesen con sus mañas ni marañas... Siempre hermosa, siempre pura, siempre santa y grata a los ojos de Dios, recibí en la tierra toda la plenitud de las gracias que pueden caber en una pura criatura, y llena de ellas y de méritos subí a los cielos en cuerpo y alma acompañada por mi Hijo el Rey de la gloria e innumerables coros de ángeles y santos. Redobla tu atención, hijo mío. Mírame volar al cielo en cuerpo y alma en brazos de mi Divino Hijo, acompañada de innumerables coros de ángeles que hacen música dulcísima tañendo sus cítaras y vihuelas y arpas de oro con

cantares de gloria... Abrid, príncipes, vuestras puertas, claman, y elevaos, puertas eternas, porque va a entrar la Reina de la gloria, la emperatriz soberana y vencedora de cielos y tierra y de los abismos. ¿Quién es esta tan gloriosa, exclaman, que sube del desierto de la vida recostada sobre su Amado?... Es María, repetían los ángeles; la señora de las virtudes; la Reina de la gloria. Al entrar en el cielo todos los celestes espíritus y justos se levantan de sus tronos, y rinden a mis pies sus cetros y coronas...

¡Contempla, hijo mío, cómo me adelanto al trono del Eterno por entre las filas de los santos, aclamada por todos los innumerables ejércitos de ángeles y bienaventurados por su Reina, Madre y Señora!... ¡Qué explosión de entusiasmo!, ¡qué vítores! ¡Qué aclamaciones!... Al llegar al trono del Eterno me abraza, acaricia y regala coronándome con el Hijo y el Espíritu Santo con la corona de su infinito poder, sabiduría y amor, y me hace sentar a su derecha cabe el trono de su Hijo Jesucristo, sobre todos los ángeles y santos... Contempla, hijo mío, como todos los del cielo, hincadas sus rodillas, a una señal del Anciano de días, me prestan reverencia, obediencia y vasallaje, y me aclaman otra vez por su Reina, y su Madre, y su Amor en los siglos de los siglos... Oye el eco de sus cantares de triunfo: "Gloria, bendición, honor, claridad, reverencia y acción de gracias a la hija más amada de Dios Padre, a la Madre más ensalzada de Dios Hijo, a la esposa más privilegiada de Dios Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén". Y este canto resuena eternamente en la gloria mientras vosotros, hijo mío, me ofrecéis vuestros pobres cultos, alabanzas y obsequios... Y viendo, amando, gozando y dando gracias a la Beatísima Trinidad, recibo las preces y bendiciones de todos mis hijos y desterrados en este valle de lágrimas, y negocio sin tregua ni descanso vuestra eterna felicidad... Siempre estoy con mi Hijo interpellando por vosotros, alcanzando al pecador conversión, al justo perseverancia, al triste consuelo, al enfermo salud, y a todos los que me invocan socorro en todas las necesidades. Porque yo soy, hijo mío, en medio de los resplandores de mi gloria la dispensadora de todas las gracias, pues mi Hijo no ha querido bajarse ninguna a la tierra sino por mis manos.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. ¡Oh Reina de los cielos y de todos los ángeles y santos transportada en alas de los querubes al empíreo, objeto de sus más suaves cánticos y profundos homenajes!... ¿Cómo podré yo, Madre mía, rehusar ningún obsequio ni alabanza, pues vuestra gloria, vuestra dicha, es gloria y dicha mía, pues sois mi Madre? ¡Cuánto me gozo, Señora, solo con la esperanza de que al pisar los umbrales no explorados de la eternidad, mi alma ha de encontrarse con Vos, Madre cariñosa, cercada de resplandores de gloria, que me dará un amoroso abrazo al presentarme ante el trono del Eterno!... ¡Yo deseo ver vuestra gloria, oh María!... Yo deseo unir mis cánticos a los de los bienaventurados... No me olvidéis, pues, oh gran Señora, en los resplandores de vuestra gloria. Es verdad que Vos resplandecéis en gloria y santidad sobre todos los santos, reuniendo en Vos sus merecimientos, sus palmas y coronas, y todos os deben auxilios, pues sois la puerta del cielo, ¿mas rehusaréis recibir en el cielo por siervo a mí que ya aquí en la tierra me reconocéis por hijo?... ¿Por ventura se perderán en la eternidad las gracias, y favores, y desvelos que me habéis prodigado en el tiempo?... Vos me abris los brazos de vuestra misericordia, oh María, y yo me lanzo en ellos, para que me guiéis con seguridad al paraíso que se me ha prometido... Yo me gozo sobremanera en concebir vuestro hermoso cuerpo cercado en el cielo de inmensos resplandores de gloria. Mas ¿cuándo tendré la dicha

de veros?... Amparadme benigna mientras cruzo por este valle de lágrimas, donde tantos enemigos me combaten para estorbarme el veros en el cielo gloriosa, y recibir de Vos un abrazo maternal... Volved, volved a mí esos vuestros ojos tan misericordiosos; ayudadme a conseguir la eterna bienaventuranza... ¿Qué la haréis vuestro Hijo Jesús y Vos esa herencia de la gloria, Madre querida, si no la dais a vuestros pobrecitos hijos?... ¿Quién la necesita más que nosotros, que nada bueno tenemos, que somos pobrecitos de solemnidad? Mas ¡ay! que mi flaqueza, mi ignorancia, mi dureza son muy grandes, Madre de la eterna gloria, pero en vuestras manos está todo el poder y toda la eficacia de la gracia, como árbitra que sois y dispensadora de los tesoros del cielo. Medianera sois entre Dios y el hombre. Refugio de pecadores, abogad, defended mi pequeñez y mi miseria ante la Trinidad Beatísima... ¡Oh María, oh Madre mía!, ¡qué cosa tan dulce será descansar en vuestra compañía cabe el trono del Altísimo! ¡Qué glorioso haber cumplido con mis deberes y alcanzar mi último fin con vuestra ayuda! ¡Qué inefable consuelo y felicidad inundará los senos inmensos de mi corazón al amar y verme amado por Jesús y por Vos con un amor sin medida! ¿Cuándo será esto?... ¡oh cuánto tarda!... ¡cuánto se prolonga mi destierro!... ¡Oh María, Reina de los cielos! yo deseo ver vuestra gloria, yo deseo ver vuestra gloria y juntar mi voz con la de todos los ángeles y santos, aumentándola si es posible con mis cantares de acción de gracias, de bendición y de alabanza por toda la eternidad... ¡Viva María Inmaculada, Reina de la eterna gloria! Viva.

Para mañana

Flor espiritual. ¡Oh cielo, hermoso cielo!, ¿cuándo te poseeré con Jesús y María?

Fruto. Todo lo sufriré con resignación para ganar el cielo, yo que merecía por mis pecados el infierno.

Aspiración. Si Jesús es el cielo, María es la puerta. Abríos, pues, puerta del cielo, y no neguéis la entrada a vuestro hijo que os llama.

Acordaos, etc., pág.

EJEMPLO

Complacida la Santísima Virgen de su devotísimo siervo san Ildefonso, arzobispo de Toledo, quiso manifestarle su gratitud al apreciable obsequio que le hizo en la defensa de su perpetua virginidad contra los blasfemos herejes, impugnadores de tan singular prerrogativa. Llegada la víspera de la festividad de la Expectación, pasó el santo prelado a la media noche acompañado de su familia y algunos de su clero y pueblo a cantar los maitines de aquella solemnidad; y advirtiéndose al tiempo de entrar en la iglesia un inmenso resplandor, cuya excesiva luz no podían resistir los ojos corporales de la comitiva, huyeron asustados, dejando solo al Santo. Entró Ildefonso al templo lleno de confianza en el Señor, y puesto de rodillas ante el altar en que acostumbraba a orar, vio sentada en su cátedra a la Santísima Virgen entre una multitud innumerable de espíritus celestiales. Atónito por la novedad, y turbado por la reverencia que le causaba la soberana presencia de la Reina de los ángeles, luchaba consigo mismo sin atreverse a mirar ni a explicarse. Pero viendo la Señora la congoja en que se hallaba su siervo, le alentó con benignidad, y le dijo: “No temas, Ildefonso: porque aunque soy Madre de Dios, no me desdeño en descender de los cielos para honrarte, para consagrar tu iglesia y eternizar en todo el mundo tu memoria. Sabe que porque defendiste con tanto brío y celo mi virginal pureza contra los blasfemos enemigos, que procuraron negarme esta gracia singular, y por el amor y afecto que me profesas, quiero honrarte con este don del cielo, y darte por mi mano esta vestidura gloriosa de la que usarás en mis

festividades”; y poniéndole una casulla sobre los hombros desapareció en seguida, quedando el templo lleno de inexplicable fragancia. Entraron los clérigos en la iglesia después de algún tiempo, deseosos de saber lo acaecido, y hallaron al Santo anegado en lágrimas de gozo, tan distraído con la dulzura que le ocasionó el prodigio, que no acertaba a explicarles el suceso; mas refiriéndoles, después de reparado, lo ocurrido en aquella extraordinaria fineza, pasmados y asombrados todos, le veneraron en lo sucesivo como a privado de la Reina de los ángeles. Este segundo descenso de la Virgen Santísima a España aconteció hacia la segunda mitad del siglo VII.

Oración final, pág.

DÍA TRIGESIMOPRIMERO

Se empieza como en la pág.

El cielo en la tierra.

María a sus hijos. El cielo es cielo, hijo mío, porque Dios reina en la voluntad de sus escogidos completamente, sin resistencia ni dificultad. Es cielo hacer en todas las cosas la voluntad de Dios, buena, santa, perfecta. Es cielo hacer lo que Dios quiere y como Él quiere, sin oponerle resistencia. Es cielo el conformar todos los justos perfectamente su voluntad con la divina. Es cielo no saber pecar, no querer pecar, no poder pecar... Pues el alma que conforma su voluntad con la divina no sabe pecar, hijo mío, porque está unida a la regla de toda santidad; no quiere pecar, porque ama la regla de toda santidad; no puede pecar, porque no quiere sino lo que Dios quiere. ¿Es así tu voluntad, hijo mío?... Si, pues, en la tierra haces en todo la voluntad de Dios, eres impecable, y Dios reinará en tu alma por la conformidad de su querer santísimo. ¿Por qué, pues, no quieres tanta dicha? ¿Qué es más conforme a razón y justicia, hijo mío, que Dios haga tu voluntad, o que tú hagas la suya? ¿Eres más sabio que la sabiduría infinita, y más poderoso que el omnipotente, o más bueno que la infinita bondad?... ¿Pretendes, por ventura, enseñar a Dios a gobernar el mundo? ¿Quieres arrebatárle su cetro y su corona al omnipotente, y como Lucifer, subir y sentarte en su trono y hacerte independiente? ¡Qué locura! ¡Qué frenesí!... ¡Déjate en manos de Dios, tu Padre, y vive en paz, hijo mío, sabiendo que Dios te ama, y todo lo dispone para tu bien, porque el dejarte en las manos de Dios es lo más acertado y provechoso en todo para tu alma. Tu Padre, infinitamente bueno, poderoso y sabio, te ama con infinito amor... sírvele, pues, siempre, según su voluntad, y déjale que haga en ti lo que quisiere...

Es estar en el cielo querer solo lo que Dios quiere y como Dios lo quiere, hijo mío, y no querer lo que Dios no quiere... Para el alma que así tiene ordenada su voluntad todo es paz, todo felicidad, y no conoce los pesares, los desasosiegos, vaivenes y cuidados molestos de este mundo. Dios toma a su cuidado los negocios del alma que se conforma en todo con su voluntad, y la lleva en el seno de su providencia paternal, porque el Señor ama a los que le aman, y hace la voluntad de los que le temen, sirve a los que le sirven, obedece a los que le obedecen, y oye siempre su deprecación... Nada puede contristarle a semejante alma, y si cayere, por desgracia, pone el Señor la mano debajo para que no se dañe al caer... ¡Qué providencia tan amorosa, tan tierna, tan

solícita, tan paternal! Oh, hijo mío, ¿no estás aún desengañado? Dime ¿qué provecho has sacado de oponerte a la voluntad santa de Dios?... ¿No es verdad que cuando así has obrado no has tenido un momento de paz? ¿No es cierto que no has tenido un instante de gusto mientras has disgustado a tu Padre celestial?... La voluntad de Dios, hijo mío, quieras que no, se ha de cumplir. Es como roca inmóvil; si chocas contra ella, te estrellarás: si te apoyas en ella, no te conmoverás. Es como impetuoso río que arrastra todo lo que se le opone; mas si te dejas llevar de sus corrientes llegarás suavemente al centro de tu reposo, que es el mismo Dios. Haz, pues, de la necesidad virtud. Óyeme, y cumple en todas tus cosas la santísima voluntad de Dios, tu Padre.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Abdico mi voluntad, Madre mía, y no quiero que sea jamás sino instrumento de la voluntad divina. Dios exige de mí que le haga entrega total de mi voluntad para conformarme con sus santas disposiciones. ¿Qué soy yo, vil gusanillo e ignorancia suma, para decir a la infinita sabiduría: por qué hiciste esto? Yo quiero dejarme conducir por la mano del Señor, mi Padre, como Vos, y entregarle de una vez para siempre mi voluntad, para evitar el dolor que se siente al experimentar contradicción, y prevenir el peligro de caer en impaciencia. Si me busco a mí en mis cosas me hallaré, es cierto; pero será para mi perdición: y si busco hacer la voluntad de Dios, la hallaré, mas será para mi salvación. No quiero apegarme a mis decisiones, porque yo no sé si en el cielo están aceptadas o rechazadas... Con esta santa conformidad ningún obstáculo ni dificultad me desconcertará ni inquietará. ¿He de querer yo lo que Dios no quiere?... No quiero agravar mi mal con mi impaciencia, ni quiero forcejear contra el yugo suave del Señor, que no puedo por otra parte quebrantar. No quiero murmurar como esclavo de las pruebas que mi Padre celestial me envía, sino bendecir como hijo sumiso su paternal amonestación... Las penas y trabajos de la vida, que duran un momento, quiero me sirvan de expiación y de medios para conseguir eternos merecimientos. Todo se pasa, menos el mérito de las buenas obras y la voluntad de Dios, que permanece eternamente... nadie ni nada me puede hacer infeliz ni arrebatarme la paz de la conciencia si no acepto la turbación o no me opongo a la divina voluntad, porque en esta insensata lucha forzosamente yo deberé sucumbir sin provecho y sin gloria. Quiero, pues, Madre mía, hacer de la necesidad virtud. Quiero ser alma sumisa y pacífica, y aceptar los bienes como los males de la mano de vuestro Hijo, porque de esta suerte todo cooperará a mi bien... Todo, Madre mía: las calumnias e ingratitudes, el abandono de los hombres, los dolores más acerbos, la pérdida de las cosas y personas muy queridas, la vida y la muerte, todo es obra o permisión de Dios... Todo en la creación obedece a su voluntad santísima, ¿acaso yo solo la resistiría?... Yo os bendeciré en todo, Dios mío, pues quiero que mi corazón sea vuestro cielo en la tierra. Yo no buscaré otra cosa que contentaros o agradaros, pues en teneros a Vos contento está mi suma felicidad. Mi único deseo, mi única voluntad es hacer la vuestra buena, santa y perfecta. No lo que yo quiero, Jesús mío, sino lo que Tú quieres y cómo lo quieres. No se haga mi voluntad sino la tuya... Solo una cosa os pido, y es que en todas las cosas haga siempre vuestra santa voluntad, y haced de mí y de mis cosas lo que quisierais... ¡Oh Madre querida! ya que en todo hiciste perfectamente la voluntad divina, yo te pido, no la felicidad de este mundo, sino la paz y conformidad con la voluntad divina, que es más dulce y meritoria que todas las dichas mundanales. Dame tu bendición y tu amor, y nunca jamás me desampares, y bástame la esperanza de verte y el saber que tú me amas para vivir feliz

en este valle de lágrimas, gimiendo y llorando y clamando a ti, Madre de misericordia, oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María. Sírvote yo siempre, oh Madre querida, y haz de mí lo que quisieres, porque está todo mi bien en contentaros.

Para mañana

Flor espiritual. Vuestro soy, para Vos nací; ¿qué queréis Jesús de mí?

Fruto. Nada quiero ni no quiero de este mundo, Jesús y María, si no es hacer vuestra voluntad santísima en todas las cosas.

Aspiración. Tu voluntad esté siempre en medio de mi corazón, Dios mío, buena, santa y perfecta. Dame, Señor, que empiece a hacer aquí en la tierra lo que siempre he de hacer en el cielo.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

Nuestra augusta Reina apareció un día a santa Gertrudis con su manto abierto; y bajo de este manto se refugiaban en multitud los animales más feroces, como son leones, osos, tigres y leopardos. María, en vez de ahuyentarlos, al contrario, los acariciaba, y los acogía con admirable dulzura. Un poco después, María abrió su manto, y la Santa vio que estos animales, habiendo perdido su natural ferocidad, se habían convertido en corderos. Ella no tuvo dificultad en comprender que estos animales figuraban a los pecadores, los cuales se encuentran del todo mudados desde que se ponen bajo la protección de esta clementísima Virgen. El ejemplo siguiente, sucedido poco hace, nos confirma esta verdad, y nos manifiesta cuán útil es a los pecadores, que desean salir de su deplorable estado, la intercesión de la Santísima Virgen. Un joven, que había recibido de sus padres una educación muy cristiana, tuvo la desgracia de contraer un hábito criminal, que llegó a ser para él el origen de una infinidad de pecados. Como tenía aún temor de Dios, deseaba renunciar a sus desórdenes, y hacía de vez en cuando algunos esfuerzos para romper la dura y penosa cadena con que el demonio le tenía ligado; sin embargo, su maldita costumbre le entretenía siempre en su pecado, que parecía detestaba por otra parte. Fatigado de combatir, se dejó llevar de la desesperación; y creyendo que no podría jamás corregirse, resolvió no confesarse más. Su confesor, echándole de menos en el tiempo señalado, quiso hacer un nuevo esfuerzo para recoger esta oveja descarriada: le halló en hora que se ocupaba solo en su trabajo. Apenas le descubrió, el joven se puso a dar gritos espantosos. “¿Qué tienes, hijo mío? le preguntó el confesor. - ¡Ay de mí! ¡Padre mío, yo estoy condenado! ya conozco muy bien que la enmienda me es imposible, y por lo mismo he resuelto abandonarme del todo. -¿Qué dices, hijo mío? replicó el confesor; yo te aseguro que si quieres hacer lo que te diga, triunfarás de la malicia del demonio, que quiere perderte, y que tendrás la dicha de reconciliarte con Dios. Ve ahora mismo a la iglesia, póstrate a los pies de la Santísima Virgen, pídele tu conversión, y ven en seguida a buscarme”. Obedeció el joven: fue a postrarse delante del altar de la misericordiosa María, y le dirigió esta súplica: “Yo os ruego ¡oh amable Virgen! que tengáis piedad de una alma que ha costado a Jesucristo, vuestro Hijo, toda su sangre, y el demonio quiere sepultar en el infierno”. En seguida, lleno de confianza en la poderosa protección de María, seguro refugio de pecadores, se levantó, fue a buscar a su confesor, y le descubrió el deplorable estado de su conciencia: socorrido con eficacia por la protección de María, tuvo la dicha de convertirse a Dios sinceramente, y fue en lo sucesivo un modelo de piedad y de fervor. ¿Quién, pues, no acudirá a María? ¿Qué pecador puede desconfiar de su bondad?

*Oración final, *pág.**

DÍA ÚLTIMO

Se empieza como en la pág.

El Corazón inmaculado de María.

María a sus hijos. Han terminado ya, hijo mío, los días del mes de Mayo, y con ellos estos ejercicios especiales que me consagró tu devoción... Pero, ¿terminará tu amor y el probármelo con tus obras?... ¡Oh hijo mío! eso sería el mayor agravio que pudieras hacer a mi Corazón... ¿Por ventura solo merezco tu veneración y tu amor por algunos días?... ¿No soy yo siempre la misma para ti, esto es, tu Madre, tu mejor Madre, tu vida, dulzura y esperanza?... ¿Acaso no necesitas todos los instantes de tu vida de mi protección y amparo?... Si yo no puedo olvidarme de ti, hijo mío, porque soy tu Madre, ¿podrás tú olvidarte de mí, que eres mi hijo?... Pero ¡ay dolor! tanta y tan grande es la inconstancia y flaqueza del corazón humano, que por más fervoroso que esté unos días siempre se puede temer de él.

Por eso, hijo mío, voy a descubrirete en este último día las riquezas de mi Corazón, más aún, voy a encerrarte en él para que no te me escapes y te fugues de mi servicio y de mi amor. Mi Corazón es inmaculado, hijo mío, y esta es su más noble prerrogativa... Más puro que los ángeles fue tálamo y lugar de delicias y de descanso del mismo Dios... Huerto cerrado y jardín florido para el Dios que le crió, y que solo se apacienta entre azucenas... Mi Corazón es la fuente celestial del amor, la fragua inmensa del amor divino, que no supo amar más que a la bondad infinita, a la hermosura infinita, y todo quedó transformado por el divino amor. Entra, hijo mío, en esta fragua del más puro amor, y admira la longitud, latitud y profundidad de su amor. Espaciate en esta región del purísimo amor... ¿Te gusta estar aquí y hacer tu morada? Pues huélgate en él, y no salgas de este lugar de refugio, de luz, de amor y de paz, porque te expones a perderte y morir en las garras del gavián infernal o del león rugiente. Yo te ataré con los fuertes y triples cordeles de mis beneficios para que no puedas romperlos: en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Mira cuánto te ha amado y ama mi Corazón maternal, y no le disgustes más con la ingratitud y el pecado. Y sábetelo, hijo mío, para tu consuelo y confusión, que aunque tú te olvidares de mí, yo jamás me olvidaré de ti: aunque tú no me invoces, yo no cesaré de rogar por ti; aunque tú no me amares, más aún, me ofendieres desnaturalizado, yo no dejaré de amarte y de compadecerme de ti, porque eres mi hijo y yo soy tu Madre, y esto basta... Para no salir de mi Corazón te ruego que comulgues con frecuencia, hijo mío. Sí, pon a mi Hijo como un sello sobre tu corazón para que no ame más que a Él y por Él. En ninguna cosa me darás más gusto, ni de ninguna sacarás más provecho que de la ferviente Comunión, porque allí te unes lo más fuertemente e íntimamente con Jesús y con mi Corazón... No te olvides, hijo mío, que al fin de los siglos, al consumarse todas las cosas, los ángeles tomarán la última Hostia consagrada, la subirán al cielo, y la depositarán sobre mi Corazón que será eternamente tabernáculo y custodia viva del cuerpo de mi Hijo, que tomó de la sangre de mi Corazón en el tiempo.

Punto segundo. Los hijos de María a su Madre. Darte mi corazón, ofrecerte mi corazón, darte la llave de mi voluntad y de todos mis afectos, he ahí, oh María, la flor y

el fruto que Vos más codiciáis coger del jardín de mi corazón... ¿Cómo negároslo podré, Madre querida, a Vos que con tanta paciencia me habéis instruido, con tanta bondad me habéis esperado, con tanta dignación me habéis vuelto al buen camino después de tantos pecados, desvíos e ingratitudes?... Vos sois, oh María, robadora de corazones, ¿por qué no robáis el mío?... ¿Por ventura no es buena presa y no vale para atraer las miradas de vuestro amor?... Tomadlo tal cual es, Señora, y recibidlo y guardadlo como cosa y posesión vuestra, y no me lo devolváis jamás; y aunque alguna vez, agitado por las pasiones o solicitado por el mundo o tentado por el demonio, como chiquillo mal criado o como hijo pródigo, quisiera volver a tomarlo, si os lo pidiera con insolencia, yo os ruego, y pido, y suplico, y os conjuro, Madre amantísima, que no me lo devolváis, pues ya perdí todo derecho sobre él, porque mi donación, mi entrega es total, absoluta e irrevocable... Atadlo, aprisionadlo, encerradlo a mi pobre corazón dentro del vuestro, y jamás salga de allí, porque ¿dónde puede vivir y morir mejor que en el seno de su buena Madre?... Si no bastare para tenerlo prisionero de amor el recuerdo amoroso de vuestros beneficios y de los de Jesús vuestro Hijo, emplead las cadenas del temor de las penas del infierno, que el loco con la pena es cuerdo, y la vista del palo levantado en alto para castigarle le fuerza a no desmandarse a lo vedado. ¡Oh Madre del hermoso amor, del temor y de la santa esperanza, María! quisiera preguntaros: ¿por qué me amáis tanto?... ¿por qué me sufrís tanto?... ¿por qué me esperáis tanto tiempo?... ¡Ay! una palabra lo dice todo, lo explica todo: sois mi Madre, mi buena Madre, mi mejor Madre... y pues Madre eres, baste para contigo el ver mi desamparo... Sostenedme vacilante, levantadme caído, consoladme afligido, esforzadme tentado, y dadme vida y muerte de divino amor como la vuestra... No me dejéis, Madre mía, porque si no me perderé. No os fiéis de mis promesas, ni de mis propósitos, porque puedo seros a cada momento traidor, porque es grande mi inconstancia y flaqueza y muy poderosos los enemigos que me combaten y quieren arrebatar me vuestro amor. Os repito de corazón: A ti, celestial Princesa, -Virgen sagrada María, -te ofrezco desde este día -alma, vida y corazón. -Mírame con compasión: -No me dejes, Madre mía, oh clemente, oh pía, oh dulce e inmaculada Virgen María, hasta introducirme en el cielo para consagrar te no solo un mes, sino una eternidad de gloria. Amén.

Para siempre

Flor espiritual. Mírame con compasión: -No me dejes, Madre mía, oh inmaculada María.

Fruto. No pasaré día ni hora sin invocar a María y pedirle la perseverancia y el aumento en el divino amor.

Aspiración. ¡Oh Jesús y María! yo siempre os amaré, vosotros siempre me amaréis... espero amaros siempre y por toda la eternidad. Amén.

Acordaos, etc., *pág.*

EJEMPLO

En París, donde tienen su asistencia la indiferencia y el libertinaje, y en uno de los barrios más populosos, centro de los negocios y de los placeres, existe una parroquia titulada Nuestra Señora de las Victorias, cuyo cura lamentaba la soledad del templo, y el total olvido de Dios en que vivían sus feligreses. A últimos de 1836, mientras celebraba Misa, sintió la inspiración de erigir una Cofradía con el fin de obtener la conversión de los pecadores bajo el patrocinio del Corazón de María: no fue este un prodigio, pero sí el germen de un sinnúmero de prodigios. Al cabo de un año la parroquia había cambiado de aspecto, el templo era estrecho para la multitud que acudía a los ejercicios semanales celebrados con aquel objeto, numerosas y estupendas conversiones señalaban cada reunión, y el número de Comuniones anuales llegó de 720 a 9550. La piadosa Asociación aprobada por el Pontífice y erigida en Archicofradía, se propagó rápidamente por la Francia, por la Europa, por la América, y contó en dieciocho meses cerca de cinco mil afiliados. Los efectos de esta institución son asombrosos portentos en el orden moral, verdaderas resurrecciones obradas por la gracia. Pecadores endurecidos, jóvenes disolutos, incrédulos de todo estado y categoría, hombres de mundo y de ciencia han doblado su frente ante el altar y renacido a la vida del espíritu, inaugurando a veces su conversión con la práctica de heroicas virtudes y de costosos sacrificios.

Oración final, pág.

¡VIVA MARIA INMACULADA!

APÉNDICE

Ofrecimiento del corazón a María.

Soy pobrecito, oh María Reina de los cielos, pero yo sé que tengo una cosa que a Vos y a vuestro Hijo Jesús os place mucho, y que innumerables veces me la habéis pedido y yo no os la he dado, y hoy quiero dárosela de un modo irrevocable, como pequeña muestra de gratitud por los beneficios sin cuento que me habéis otorgado en toda mi vida y especialmente en este mes de Mayo... Hela aquí, Madre querida: he aquí mi pobre corazón con todos sus afectos... Yo os lo presento, yo os lo ofrezco, yo os lo doy... Yo lo consagro todo a Vos, y quiero que sea siempre, siempre, siempre vuestro y de vuestro Hijo y Señor y Dios mío Jesucristo... Vuestro es ya mi corazón, oh María, con sus flores de santos propósitos, con sus frutos de virtud, con sus aspiraciones de buenos deseos... Regad estas flores con nuevas gracias, avivad estas aspiraciones con santos deseos, y multiplicad estos frutos con nuevos frutos de vida eterna... Yo quiero cultivarlos y multiplicarlos toda mi vida, y por vuestras benditas manos presentarlos a Jesús, fruto bendito de vuestro vientre, y Jesús los aceptará con agrado, y por ellos y por vuestra intercesión me dará una corona de los justos en su gloria eterna.

Aceptad, pues, con agrado, esta mi ofrenda, Madre querida, que, aunque tan pobre, tan codiciada es por Vos y vuestro Hijo Jesús... Purificad mi corazón, guardadlo, inflamadlo, abrasadlo, consumidlo en vuestro amor, para que solo viva y muera a impulsos del divino amor. Amén.

Oh Jesús, oh María, viva siempre en vuestros corazones el alma mía. Guardadme como la niña de vuestros ojos en lo más recóndito de vuestro Corazón.

Oh María, Madre mía y Madre del divino Amor, yo os doy mi corazón. Dadme en cambio vuestro amor y eterna bendición.

ORACIÓN A MARÍA

PARA PEDIRLE TENGA LA DIGNACIÓN DE SER NUESTRA MUY QUERIDA MADRE

¡Oh María! augusta Señora del mundo, aunque entre vuestra elevación y mi bajeza hay una distancia infinita, me atrevo sin embargo a elegiros de una manera especial por mi querida Madre: no rehuséis ¡oh María! condescender con mis deseos: dignaos mirarme desde este momento como uno de vuestros hijos de predilección: en nombre de Jesucristo, vuestro Hijo querido, es en el que yo os pido esta gracia. Si para que aceptéis mi petición son necesarias algunas promesas de mi parte, oíd con benignidad las que os hago postrado a vuestros pies. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo evitaré todo lo que pueda desagradaros; y como sea el pecado lo que más contrista vuestro amante Corazón, yo huiré hasta la sombra, no solo de los pecados mortales, sino también de los veniales. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo haré todo lo que pueda servir de complacencia. Interesándome en vuestra gloria, bendeciré a la Santísima Trinidad porque os ha dado una dignidad tan sublime, porque os ha enriquecido con tantas gracias, y porque os ha comunicado tanta gloria. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo contemplaré vuestras grandezas, os rendiré mis justos homenajes, y contribuiré según mis fuerzas a la propagación de vuestro culto. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo me aplicaré con esmero a vivir en una santa unión con Vos, para adquirir vuestro espíritu, y hacer de mi vida una copia exacta de vuestra admirable vida. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo imitaré vuestras virtudes, sobre todo vuestra profunda humildad, vuestra pureza más que de ángel, y vuestra inmensa caridad. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo os haré, en cuanto me sea posible, entera donación de mí mismo; yo pondré en Vos, después de Dios, toda mi confianza; yo os comunicaré todas mis necesidades espirituales y temporales, mis aflicciones y consuelos, el alivio de mis penas y mis sufrimientos, y me conformaré siempre con vuestra santa voluntad. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo amaré a Jesucristo, vuestro querido Hijo, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. ¡Oh María! dignaos ser mi querida Madre, y yo os amaré con un amor tan generoso, que ningún poder será bastante para separarse de vuestro amor. Dignaos, en fin ¡oh María! ser mi querida Madre, y mi alma gozará de una felicidad y de una paz que nada podrá turbarla en lo más mínimo. Tales son ¡oh María! mis promesas; dignaos darme a conocer si habéis aceptado mi demanda, y si yo puedo llamaros desde hoy mi querida, mi única, mi verdadera Madre. ¡Oh María! mostrad que sois mi Madre.

ORACIÓN FILIAL

POR LA QUE SAN FRANCISCO DE SALES ELIGIÓ A MARÍA POR MADRE

Yo os saludo ¡oh dulcísima Virgen María! Madre de Dios; yo os elijo por mi muy querida Madre; yo os suplico que os dignéis admitirme por hijo y siervo vuestro; yo no quiero tener otra madre ni Señora que a Vos. Así, pues, os pido ¡oh mi buena y cariñosa Madre! que tengáis presente que yo soy vuestro hijo, que Vos sois todopoderosa, y que yo soy una débil, pobre y vil criatura. También os ruego, dulcísima y amantísima Madre, que me dirijáis y protejáis en todas mis acciones: porque ¡ay de mí! soy el mayor de los pobres, y un mendigo que tiene mucha necesidad de vuestra protección y auxilio. Pues bien, Virgen Santísima, mi dulce Madre, por gracia hacedme participante de vuestros bienes y de vuestras virtudes; sobre todo de vuestra santa humildad, de vuestra pureza eminente y de vuestra ardiente caridad. No diréis, ¡oh Virgen bondadosa! que no podéis hacerme esta gracia, porque vuestro Hijo os ha dado todo poder en el cielo y en la tierra: no podréis alegar que no debéis hacerlo, puesto que sois la Madre común de todos los hombres, y singularmente la mía; luego si rehusáis prestarme vuestra asistencia, no tendréis para ello una excusa legítima que dar. Ved, pues, mi querida Madre, cuan obligada estáis a concederme lo que os pido y a rendiros a mis gemidos.

DESAGRAVIO

al Sagrado Corazón de María, por las injurias que esta amable Virgen ha recibido y recibe cada día de los herejes y de los malos cristianos.

¡Oh María! dignísima Madre de mi Criador y de mi Salvador, desde el momento que aplastasteis con vuestra planta virginal la cabeza del infierno, vinisteis a ser el objeto del odio y del furor del demonio, como igualmente de los herejes, sus hijos, los cuales, poseídos del espíritu de su padre, no han cesado de combatir vuestro culto desde el establecimiento de la Iglesia. ¿Qué no han hecho para oscurecer y aún para destruir vuestra gloria? ¡Con cuánta malignidad no han negado vuestros más inconcusos privilegios, vuestra pureza sin mancha, vuestra maternidad divina, vuestra perpetua virginidad! Ellos os han disputado vuestro poder, vuestro valimiento para con Dios; ellos no han querido reconocer en Vos los títulos más gloriosos con que os honra la Iglesia, y (lo que no puede nombrarse sin llenarse de horror) han hecho mil ultrajes a vuestras imágenes y a vuestro nombre sagrado. ¡Oh María! ¿Cómo es posible hallar corazones tan desnaturalizados, que tengan la osadía de despreciaros, siendo Vos, por vuestros innumerables beneficios, tan digna de la veneración más profunda, y del más inflamado amor de los ángeles y de los hombres? ¡Oh angustiada Señora mía! yo estoy vivamente penetrado de dolor por tantos ultrajes como habéis recibido hasta este día. Abismado en mi propia nada ante vuestros sagrados pies, y con el objeto de dar a vuestro Corazón maternal una reparación la más justa que sea posible a mi debilidad, concibo para con Vos, y os ofrezco los sentimientos de respeto, de amor, y de reconocimiento que os son debidos; dignaos recibir con mis servicios mis homenajes y mis alabanzas. Deseando con ardor veros glorificada, hago públicamente profesión de creer ¡oh Madre de mi Dios! todo cuanto los impíos y los herejes han tenido la osadía de negaros. Yo creo vuestra maternidad divina, vuestra perpetua virginidad, vuestra pureza sin mancha y vuestra gloria superior a la de todas las criaturas: yo creo que vuestro poder, vuestra bondad y vuestra misericordia y todas vuestras perfecciones son proporcionadas a vuestra incomprensible dignidad de Madre de Dios y a vuestra calidad de reina de todo lo criado: yo considero vuestra protección como el medio inefable para obtener de la misericordia de vuestro Hijo todos los bienes que espero conseguir en esta y en la otra vida. Amable Madre mía, mi corazón me reprende también a mí de haber sido culpable, con respecto a Vos, por mi poco celo en honraros, y por mis negligencias y frialdad en vuestro servicio. Yo os ofrezco, para reparar cuanto os debo, todas las alabanzas que os tributan los santos que están en el cielo, y todas las almas justas que viven aún sobre la tierra. ¡Oh María!, ¡dignaos recibir con agrado estos diversos sentimientos que mi corazón expresa a vuestros pies: dignaos abrirme el vuestro santísimo; darme en él un lugar con vuestros verdaderos siervos, y conservarme allí hasta el momento en que salga de este mundo para ir al cielo, donde bendeciré el infinito poder de Dios que os ha hecho tan grande, tan santa, tan amable, tan admirable, tan misericordiosa!... Amén.

CORONA DE LAS DOCE ESTRELLAS

V. Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Alabémosle y ensalcémosle por todos los siglos.

V. Porque puso los ojos en la humildad de la Virgen María.

R. Y como omnipotente obró en Ella grandes maravillas.

V. Bendíganla por esto todas las naciones.

R. E himnos de loor entonemos a Dios su Salvador.

1. Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor Dios Padre! porque haciendo uso de vuestro infinito poder, tanto ensalzasteis a vuestra amada Hija la humilde y siempre Virgen María.

Padre nuestro, etc.

Dios te salve, María, *Primogénita de Dios*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *Gloria de la tierra*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *Señora del mundo*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *Reina de los cielos*, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

2. Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor Dios Hijo! porque haciendo uso de vuestra infinita sabiduría, tanto adornasteis a vuestra querida Madre y mía también, la Purísima e Inmaculada Virgen María.

Padre nuestro, etc.

Dios te salve, María, *bella como la aurora*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *brillante como el lucero*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *hermosa como la luna*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *escogida como el sol*, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

3. Os bendecimos, alabamos y damos gracias, ¡oh Señor Dios Espíritu Santo! porque haciendo uso de vuestro amor infinito, tanto agraciasteis a vuestra esposa la Santísima Virgen María.

Padre nuestro, etc.

Dios te salve, María, *sola Inmaculada*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *sola predilecta*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *sola perfecta*, llena eres de gracia, etc.

Dios te salve, María, *sola Virgen María*, llena eres de gracia, etc.

Gloria Patri, etc.

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, que por obra del Espíritu Santo preparasteis el cuerpo y alma de la gloriosa Virgen Madre María, para que mereciera ser hecha digna habitación de tu Hijo, concedednos que por intercesión de Aquella, con cuya memoria nos gozamos, seamos libres de los inminentes males, y de la muerte eterna. Por el mismo Jesucristo Señor Nuestro. Amén.

CORONA MARIANA

(DE SAN JOSÉ DE CALASANZ)

In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.

Alabemos y demos gracias a la Santísima Trinidad, que nos manifestó a la Inmaculada Virgen María vestida del sol, con la luna en los pies, y una corona misteriosa de doce estrellas sobre su cabeza.

R. *In saecula saeculorum. Amen.*

Alabemos y demos gracias al Padre Eterno, que escogió a la Virgen María por Hija suya.

R. Amén. *Padre nuestro.*

Alabado sea el Padre Eterno, que predestinó a la Virgen María por Madre de su Divino Hijo.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Padre Eterno, que preservó a la Virgen María de toda culpa en su Concepción.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Padre Eterno, que adornó a la Virgen María con todas las virtudes en su nacimiento.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Padre Eterno, que dio a la Virgen María por compañero y esposo purísimo a san José.

R. Amén. *Ave María.*

Alabemos y demos gracias al Hijo de Dios, que escogió a la Virgen María por su Madre.

R. Amén. *Padre nuestro.*

Alabado sea el Hijo de Dios, que se encarnó en las entrañas de la Virgen María, y en ellas habitó nueve meses.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Hijo de Dios, que nació de la Virgen María, y la proveyó de leche para alimentarle.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Hijo de Dios, que quiso ser educado de la Virgen María en su infancia.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Hijo de Dios, que reveló a la Virgen María los misterios de la redención del mundo.

R. Amén. *Ave María y Gloria Patri.*

Alabemos y demos gracias al Espíritu Santo, que recibió a la Virgen María por su Esposa.

R. Amén. *Padre nuestro.*

Alabado sea el Espíritu Santo, que reveló a la Virgen María antes que a otro el nombre suyo de Espíritu Santo.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Espíritu Santo, por cuya obra fue la Virgen María a un mismo tiempo Virgen y Madre.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Espíritu Santo, por cuya virtud fue la Virgen María templo vivo de la Santísima Trinidad.

R. Amén. *Ave María.*

Alabado sea el Espíritu Santo, por el cual fue la Virgen María ensalzada en el cielo sobre todas las criaturas.

R. Amén. *Ave María y Gloria Patri.*

Por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre la Iglesia, por la conversión de todos los pecadores, perseverancia de los justos, y en sufragio de las almas del purgatorio rezaremos una *Salve*.

Cada vez que devotamente se rezare esta Coronilla ante una imagen de la Madre de Dios se ganan muchísimas indulgencias, concedidas por su santidad Gregorio XVI, y varios ilustrísimos señores arzobispos y obispos de España e Italia.

INDULGENCIAS

El Sumo Pontífice Pío VII concedió indulgencia plenaria perpetua para el día de la Comunión a los fieles que honren diariamente a la Santísima Virgen durante el mes de Mayo con algunas oraciones o práctica devota, y otra de 300 días para cada día del mes en que le tributen algún obsequio público o particular.

PROTESTA DEL AUTOR

Conformándome con los decretos de Urbano VII, de feliz memoria, protesto que a todos los hechos y revelaciones, gracias y milagros citados en esta obrita no les atribuyo sino una autoridad puramente humana, a excepción de las aprobadas y autenticadas por la santa silla apostólica; y lo mismo declaro con relación a los títulos de santo, beato o bienaventurado que se da a algunos siervos de Dios, sometiéndome en todo al juicio y doctrina de la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

LETANÍA DE MARÍA SANTÍSIMA

Kyrie, eleison. Kyrie, eleison.

Christe, eleison. Christe, eleison

Kyrie, eleison. Kyrie, eleison.

Christe, audi nos. Christe, audi nos.

Christe, exaudi nos. Christe, exaudi nos.

Pater de caelis, Deus, Miserere nobis.

Filii, Redemptor mundi, Deus,	Miserere nobis.
Spiritus Sanctae, Deus,	Miserere nobis.
Sancta Trinitas, unus Deus,	Miserere nobis.
Sancta María,	Ora pro nobis.

Sancta Dei Genitrix,
 Sancta Virgo virginum,
 Mater Christi,
 Mater divinae gratiae,
 Mater purissima,
 Mater castissima,
 Mater inviolata,
 Mater intemerata,
 Mater immaculata,
 Mater amabilis,
 Mater admirabilis,
 Mater Creatoris,
 Mater Salvatoris,
 Virgo prudentissima,
 Virgo veneranda,
 Virgo praedicanda,
 Virgo potens,
 Virgo clemens,
 Virgo fidelis,
 Speculum justitiae,
 Sedes sapientiae,
 Causa nostrae letitiae,
 Vas spirituale,
 Vas honorabile,
 Vas insigne devotionis,

ORA PRO NOBIS

ORA PRO NOBIS

Rosa mystica,
Turris Davidica,
Turris eburnea,
Domus aurea,
Foederis arca,
Janua coeli,
Stella matutina,
Salus infirmorum,
Refugium peccatorum,
Consolatrix afflictorum,
Auxilium christianorum,
Regina Angelorum,
Regina Patriarcharum,
Regina Prophetarum,
Regina Martyrum,
Regina Confessorum,
Regina Virginum,
Regina Sanctorum omnium,
Regina sine labe concepta,
Regina sacratissimi Rosarii,

ORA PRO NOBIS

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, parce nobis, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, exaudi nos, Domine.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis.

Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix, nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

V. Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS

Gratiam tuam quaesumus, Domine mentibus nostris infunde: ut qui, angelo nuntiante, Christi Filii tui incarnationem cognovimus, per passionem ejus et crucem ad resurrectionis gloriam perducamur. Per eundem Christum Dominum nostrum.

R. Amen.

Regina coeli laetare, alleluia.

Quia quem meruisti, portare, alleluia.

Resurrexit sicut dixit, alleluia.

Ora pro nobis, Deum, alleluia.

V. Gaude et laetare, Virgo María, alleluia.

R. Quia surrexit Dominus vere, alleluia.

OREMUS

Deus, qui per resurrectionem Filii tui Domini nostri Jesu Christi, mundum laetificare dignatus es: praesta, quaesumus; ut per ejus genitricem Virginem Mariam perpetuae capiamus gaudia vitae. Per eundem Christum Dominum nostrum.

R. Amen.

Alabad al Señor por mí, oh María, en todo momento, y no permitáis que ofenda jamás a un Dios tan bueno.

CANTOS PARA EL MES DE MARÍA

I.

*Venid, y vamos todos,
Con flores a porfía,
Con flores a María,
Que Madre nuestra es.*

De nuevo aquí nos tienes,
Purísima doncella,
Más que la luna bella,
Postrados a tus pies.

A ofrecerte venimos,
Flores del bajo suelo;
¡Con cuánto amor y anhelo,
Señora, tú lo ves!

Por ellas te rogamos,
Si cándidas te placen,
Las que en la gloria nacen

En cambio tú nos des.

También te presentamos
Como más gratos dones,
Rendidos corazones
Que tú ya los posés.

No nos dejes en un punto,
Que el alma pobrecilla,
Cual frágil navecilla,
Sin ti diera al través.

Tu poderosa mano
Defiéndanos, Señora,
Y siempre desde ahora
A nuestro lado estés.

II.

*De místicas flores
Tejed a porfía,
Guirnalda a María,
Que es linda sin par.*

En alas del céfiro
Ya Mayo ha venido,
De viola ceñido
Clavel y azahar.
Tributo a María
Llevó de su mano,
Y el pie soberano
Postrose a besar.

Belleza tan mágica
Dejole hechizado:
En monte y en prado
La intenta copiar.
En vano, que copia
Fiel de este modelo
Ni aún en el cielo
Se puede encontrar.

Por vegas y páramos
Benéfico gira;
Doquier se respira
Placer, suavidad.
Mas si te presentas,
Oh bella Señora,
Al Mayo desdora
Tu gracia y beldad.

La gloria del Líbano,
Del cielo esplendente
La lumbre, en tu frente
Vencidas están.
Tu talle a la palma

Gentil desafía
En soberanía
Y airoso ademán.

Tus labios son púrpura,
Tu tersa mejilla
Por sí sola humilla
Jazmín y coral.
Tu boca es más pura
Que cáliz de rosa,
Tu risa graciosa
De miel es raudal.

Tu voz es un bálsamo
Al ánimo herido;
Destierra el gemido
Tu tierno mirar.
Más gracias y dones
Tu pecho atesora
Que perlas la aurora,
Que arenas el mar.

III.

CORO

*Con dulces acentos,
Feliz lengua mía,
Ensalza a María,
Más bella que el sol,*

Eleva mi alma
Cuan alto es el cielo
Con súbito vuelo
Su ansioso anhelar:
Y en nube celeste
Subido en un punto,
Al ángel me junto
Y empiezo a cantar:

¡Oh dulce María!
El ángel y el hombre
Bendigan tu nombre
Mil veces y mil.
Tu nombre a mi boca
Cual miel regalada,
Con flores labrada
Del plácido abril.

Hechiza, embebece
Tu amable dulzura,
Divina hermosura,
Sonrisa y candor.
Te invocan mis labios,
Y siento una llama
Que el pecho me inflama

Y aviva el ardor.

Y brota del alma
Copiosa alegría,
¡Oh, cuánto daría
Por verte una vez!
Tus ojos convierten,
Si miras propicia,
En gloria y delicia
La triste aridez.

Pues son tan amables,
Oh Virgen divina,
A mí los inclina
Con blando mirar.
Y al ver tanto halago
Derrítame luego
Cual cera que al fuego
Se ve liquidar.

Volemos, volemos
Al cielo, alma mía,
Buscando a María
Que allí se ha de ver.
Allí de sus hijos
Es premio y victoria,
Y júbilo y gloria
Y eterno placer.

INVOCACIÓN

Oh María Inmaculada,
Del mortal dulce consuelo,
Oye amante desde el cielo
De tus hijos la oración:
Y pues, Reina de clemencia,
Eres Virgen toda hermosa,
Sálvanos, Madre amorosa,
Por tu pura Concepción.

S.T.F.

FLORES DEL ALMA

María nos espera,
Volemos a sus pies,
Que Madre cariñosa
De nuestras almas es.

Pedid flores del alma,
A quien del cielo es flor,
Pedid fragantes rosas
De celestial amor.

Junto a su trono brota
Violetas de humildad
Y el lirio inmaculado
De la virginidad.

Claveles y azucenas
Le sirven de escabel,
Y estrellas y luceros
Le forman un dosel.

Las flores de María
Dan vida al corazón,
Su aroma es dulce prenda
De eterna salvación.

Traslada, oh Virgen Santa,
Tus flores del Edén
A mi alma enamorada
Que flor tuya es también.

Y si tu hermosa frente
No puede coronar,
Será feliz si llega
Tus plantas a besar.

S.T.F.

CANTO DE AMOR

Cantemos a María
Un cántico de amores,
Que junto con las flores
Sus sienes vaya a orlar;
Cantemos, que en retorno
De vuestro dulce anhelo,
La Virgen en el cielo
Nos ha de coronar.

Dios rubricó tu nombre
Del cielo en las estrellas,
Por eso te aman ellas
Y cantan tu loor;
Y lo escribió en las flores
Que esmaltan la pradera
Risueña y hechicera
Cual tu sonrís de amor.

Fue un Dios enamorado
Quien enseñó a las aves
En trinos los más suaves
Tu nombre a modular;
Fue Dios que al contemplarte
Hermosa y sonriente
Con voz omnipotente
Dictó tu nombre al mar.

Dios estampó en mi mente
Tu nombre, Madre mía,
Desde el dichoso día
Que pude conocer;
Y te grabó en mi pecho,
Sagrario de cariño
Desde que siendo niño
Gusté lo que es querer.

Acepta con agrado
La voz de mis amores,
Y calma mis dolores
Y ten piedad de mí;
Y cuando a endulzar vengas
Del cielo mi agonía,
Recibe el alma mía
Y ponla junto a ti.

S.T.F.

FLORES A MARÍA

De los prados las flores sonríen
Por venir, Madre mía, a tu altar,
A contarte el amor de tus hijas
Y tus glorias sin fin a ensalzar.

Tú que tienes por plácida alfombra
Del querube las límpidas alas,
Tú que al sol das reflejos y galas
Cuando llega tu sombra a rozar,
Tú, oh María, que lirios y rosas
Brotar haces sonriendo en el cielo,
Nuestras flores humildes del suelo
Dígnate bondadosa aceptar.

Han nacido estas flores, María,
Al calor de tu manto sagrado,
Y han tenido un pensil cultivado
Dentro, dentro de mi corazón;
Aunque pobres de aromas y esencias,
De frescura y gentil lozanía,
No las dejes de amar, Madre mía,
Que con mi alma y mi amor tuyas son.

S.T.F.

LETRILLA

Virgen María,
Madre de Dios,
dulce embeleso
del corazón,
piadosa escucha
nuestro clamor:

*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

La noble Iberia
que Dios te dio
por patrimonio
y joyel de amor
su gloria y lauros
a ti debió:
*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

Bajo este hermoso
cielo español,
en cada vega
la fe te alzó
rico santuario
donde te honró:
*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

Y en cada pecho
noble, cual son
los de mi patria
que tu pie holló,
sagrario tienes
de casto amor:
*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

Hoy la herejía
monstruo feroz,
rasgar pretende
tu pabellón;
quiere del alma
borrar a Dios:
*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

Recuerda, oh Madre,
que España dio
lustre a tus glorias,
y que te amó
cual nunca a amarte
nadie llegó:
*¡Salva a la España,
que es tu nación!*

DESPEDIDA

*Adiós, Reina del cielo,
Imán de nuestro amor,
Defiende a quien implora
Tu santa bendición.*

¡Qué triste es, Madre mía,

Haberte de dejar,
Si el alma no quedase
Cabe tu sacro altar!
Mas que dulce consuelo
Poderte repetir:
“Yo siempre he de quererte,
Tú me has de amar a mí”

Del mundo la tormenta
Rugir siento feroz,
Y temo que naufrague
Mi pobre corazón.
¡Oh encanto de la gloria!
Sé Madre para mí,
No dejes que me aparte
Jamás, jamás de ti.

*Adiós, Virgen querida,
Imán de nuestro amor,
Adiós, Madre adorada,
Adiós, adiós, adiós.*

¡VIVA MARÍA INMACULADA!

ÍNDICE

Dedicatoria.

Advertencia.

Día de preparación.

Día primero. –La Madre de Dios es mi Madre.

Día segundo. –Preciosidad del alma.

Día tercero. –Preciosidad de la divina gracia.

Día cuarto. –Preciosidad del tiempo.

Día quinto. –La única cosa o el único negocio necesario.

Día sexto. –La única cosa temible.

Día séptimo. –La única cosa deseable.

Día octavo. –¿Vendrás al cielo, hijo mío?

Día noveno. –La mayor desgracia.

Día décimo. –Peores que los demonios.

Día undécimo. –El mejor consejero.

Día duodécimo. –Vanidad del mundo. Todo se pasa.

Día decimotercero. –Alerta, hijo mío.

Día decimocuarto. –El mundo y el demonio te llaman: no los oigas, hijo mío.

Día decimoquinto. –El Sacramento de la misericordia.

Día decimosexto. –¿Quién es Jesús?

Día decimoséptimo. –Jesús te llama, hijo mío. Óyele.

Día decimoctavo. –El Amor de los amores.

Día decimonoveno. –Una limosnita de amor para mi Jesús.

Día vigésimo. –¿Por qué no eres santo, hijo mío?

Día vigesimoprimer. –¿Me amas, hijo mío?

Día vigesimosegundo. –Grandezas de María.

Día vigesimotercero. –Bondades de María.

Día vigesimocuarto. –Gracia y gracias de María.

Día vigesimoquinto. –Humildad de María.

Día vigesimosexto. –Pureza de María.

Día vigesimoséptimo. –Caridad de María.

Día vigesimoctavo. –Modestia de María.

Día vigesimonoveno. –Jesús y María te aman muy mucho, hijo mío. Y tú les amas muy poco.

Día trigésimo. –Gloria de María en el cielo.

Día trigesimoprimer. –El cielo en la tierra.

Día último. –El Corazón inmaculado de María.

Apéndice. –Ofrecimiento del corazón a María.

Oración a María para pedirle tenga la dignación de ser nuestra muy querida Madre.

Oración filial por la que san Francisco de Sales eligió a María por Madre.

Desagravio al Sagrado Corazón de María por las injurias que esta amable Virgen ha recibido y recibe cada día de los herejes y de los malos cristianos.

Corona de las doce estrellas.

Corona mariana.

Indulgencias.

Protesta del autor.

Letanía de María Santísima.

Regina coeli.

CANTOS PARA EL MES DE MARÍA

I. –*Venid, y vamos todos.*

II. –*De místicas flores.*

III. –*Con dulces acentos.*

Invocación

Flores del alma.

Canto de amor.

Flores a María.

Letrilla: *Virgen María*

Despedida.